Conversación con Claus Offe / Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología / Reflexiones sobre la violencia / La paradoja constitucional / Debate sobre la izquierda / El sistema previsional argentino / Universidad: en búsqueda de soluciones / La ética católica y el caudillismo / Octubre, la "perestroika" y el socialismo / Los militares ante la sociedad

Abós, Allub, Altamirano, Claudín, Godio, Granados, Schmucler, Slodsky

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula **Número 10, abril de 1988** **₳ 10.**

CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)
Tarifa reducida 3419
Franqueo pagado 3187

CeDInCI

Los militares ante la sociedad

El problema militar azotó el universo otrora sereno de los argentinos en verano. Desde luego, todo ese *crescendo* de acontecimientos que se fue desarrollando desde una quinta en Bella Vista hasta un regimiento de infantería en Monte Caseros, una fugaz ocupación del Aeroparque de la Capital Federal y otras expresiones de disconformidad -explícita o latente- en distintos puntos del país, dio pie tanto a la tensión extrema como a un desenlace muy parecido a la parodia. Como en otras ocasiones, los entredichos internos en las fuerzas armadas alcanzaron una violencia mucho más retórica que verdadera.

Sin embargo, sería engañoso minimizar o subestimar lo ocurrido. Por de pronto, este nuevo pico conflictivo demostró ciertas diferencias con respecto a los días de la Semana Santa de 1987. Si entonces el llamado "grupo Rico" se cuidó mucho de expresar ambiciones de poder o reivindicaciones que fueran más allá de su "Operativo Dignidad", en esta ocasión se deslizó desde ese sector, a través de voces no siempre coincidentes y confusas, un verdadero programa golpista y alternativo a la democracia. También, como signo de la determinación de los sublevados, se debe considerar que tuvieron un apoyo civil; sin duda que se trata de un respaldo marginal y poco significativo, pero el caso es que el mismo existió. Además, el atrevimiento de copar el Aeroparque señala otro nivel cualitativo con respecto de Semana Santa, porque se dirigió a un objetivo estratégico en el sistema de comunicaciones del país y, presuntamente, estaba destinado a apresar al jefe del Estado Mayor Conjunto, comodoro Waldner. Un elemento más para la inquietud fue la participación de un núcleo de aviadores, cosa que involucró a otra rama de la institución castrense aparte del ejército.

Frente a tales agravantes, sin embargo, es preciso mencionar algunas cosas positivas. Sobre todo, que en contrapartida con Semana Santa ahora la jefatura del ejército logró organizar un real aparato dispuesto para enfrentar a los alzados; esta certeza, sumada a una correlación de fuerzas que se fue definiendo como absolutamente desfavorable, constituyeron los factores que terminaron por convencer a Rico y los suyos de que debían rendirse. Y, en definitiva, se rindieron.

Pese a todo, la crisis fue y es verdaderamente severa en el plano militar. La detención del "grupo Rico" no garantiza que no haya en las fuerzas armadas otros grupos, con distintos grados y destinos, convencidos por una ideología fascista o protofascista y con deseos de alcanzar alguna vez una capacidad operativa suficiente como para poner en aprietos al sistema democrático. Al mismo tiempo, en el interior de quienes se impusieron durante en el último episodio surgen también datos para la preocupación: el énfasis puesto en identificar a la Nación con las instituciones armadas, y la demanda concreta de que la sociedad y el gobierno surgido de las urnas reivindiquen la "guerra sucia", son signos de una prepotencia, un espíritu de élite y un encierro intelectual y vital sumamente peligrosos.

El terrorismo de estado de la pasada dictadura pertenece a una inhumanidad inaceptable para los argentinos, porque no es ni puede ser- base para ninguna reconstrucción de nuestra convivencia. Por eso, dicha solicitud, en la que confluyen fascistas y "liberales", plantea una crisis de principios cuyos nubarrones sólo podrán aventarse a partir de políticas que sean tan pacientes como enérgicas, tan sutiles como ajustadas a un cambio en la relación entre los militares y la sociedad.

Desde ya, una cosa es decirlo y otra llevarlo a la práctica. El tema de los desniveles que hay a veces entre la acción y la teoría sale a relucir especialmente en la cuestión de las fuerzas armadas, y hoy vale la pena que lo pensemos a la estricta luz de la memoria. Si en Semana Santa no había uniformados dispuestos a disparar un tiro contra los "cara pintada" que se habían hecho fuertes en la Escuela General Lemos, siendo las palabras y los gestos del general Alais la viva metáfora de ese vacío, en el verano de 1988 algo cambió para que Caridi dispusiera de otras condiciones. ¿Qué fue aquello que cambió? ¿Será, quizás, que la aplicación de la Ley de Obediencia Debida aislaba a Rico reduciéndolo a la escala de un jefe faccional? Los comandos se habían quedado mucho más solos.

Sin duda, su soledad en la política interna del ejército propició que estén actualmente detenidos en Magdalena, pero ello no elimina los problemas de fondo que le plantean al país *estas* fuerzas armadas. Problemas no menos graves para una conciencia de izquierda. En el caso de un pensamiento político que define sus posiciones dentro de una visión del mundo que propone una transformación racional, socialista e igualitaria de la sociedad, la cuestión de la Ley de Obediencia Debida hace a un ejemplo muy particular. ¿Debe la izquierda olvidar la ética -los terribles crímenes del terror de estado- y aceptar servilmente la iniciativa del presidente Alfonsín? ¿Hay acá un dilema entre el confort de la ética y la incomodidad del pragmatismo? No, la clave tal vez consista en no desplazar de ninguna manera los principios, pero también en no dejar de lado el análisis de la realidad tal cual ella se manifiesta. De lo contrario, contribuiremos a una izquierda que conocemos muy bien, heredera del breve paraíso escrito de los dogmas.

Las consecuencias de los últimos acontecimientos en el seno de las fuerzas armadas son entonces contradictorias. Es cierto que se asiste por ahora a la desarticulación del "grupo Rico", una parte del cual amenaza con la clandestinidad y con recuperar formas de operación usadas por los tristemente célebres "grupos de tareas" y sus correlatos delictivos. Pero a la vez se está perfilando en torno del general Caridi un polo de poder en el ejército que se propone, como objetivo político, conseguir que la sociedad acepte la "guerra sucia" y aun la hipotética libertad de los ex comandantes. Las condiciones no están dadas para esas metas, pero sí laten en las ambiciones corporativas de los uniformados. Por otro lado, en medio de la delicada guerra de posiciones que el poder civil libra frente a los militares, la reciente crisis avaló de hecho -no de derecho ni moralmente- la necesidad de que hubiera un instrumento como la discutible Ley de Obediencia Debida. De no ser así, no nos engañemos, se hubiera reeditado el curso de Semana Santa.

Pero tampoco hay muchas certidumbres en este terreno pantanoso. La política de los altos oficiales que dirijen las instituciones armadas coincide hoy en por lo menos dos puntos: resistir sordamente a la subordinación que les cabe ante el poder civil, y preservarlas para el futuro sin hacer autocrítica ni bajar las banderas doctrinarias que las llevaron a intervenir sin límites en la vida del estado y del país. El ascenso en el ejército de los capitanes Alsina y Mones Ruiz -notorios participantes de actos criminales en Córdoba durante los años negros-, o la posición del Almirantazgo de desoír la recomendación presidencial en el sentido de que se le dé el retiro rápidamente a Astiz, son señales de un forcejeo que es casi cotidiano.

¿Cómo puede avanzar sensiblemente sobre ese cuadro el sistema democrático? Creemos que el diagnóstico y las vías generales de corrección que propuso un artículo de *La Ciudad Futura* (Ernesto López, "Ley de Defensa /Fuerzas armadas y democracia", octubre de 1986), son todavía vigentes. "El principal problema que debe enfrentar la redefinición de las relaciones cívico-militares es el de la corporatización castrense", escribió entonces López. Y añadió el autor: "Corporatización e intervencionismo han ido de la mano", afirmando poco después: "El núcleo central del cambio consiste en recuperar el principio de subordinación de las FF.AA. al poder civil y en modificar la función que ellas, hace mucho, eligieron y se autoadjudicaron: el control de las 'fronteras interiores' a partir de hipótesis de conflicto interno".

Ambas premisas son justas y están contenidas en el espíritu del proyecto de Ley de Defensa que, de manera consensual, obtuvo ya media sanción de la Cámara de Diputados y aguarda la sanción definitiva del Senado. Se busca también con este marco legal sentar las bases para la creación de una cultura militar distinta, que incorpore a los uniformados a la sociedad civil sin que sean, como ha ocurrido en los últimos treinta años, miembros de un estamento separado del conjunto, la representación de una alteridad artificial y arrogante que se considera por arte de magia el *todo* de una Nación argentina. Y, especialmente, desterrar de su horizonte la famosa doctrina de la seguridad nacional, que elaboraron los ejércitos latinoamericanos en los años '60 y es un instrumento perverso, porque ha legitimado la intervención ilimitada de los militares en los asuntos internos de nuestros países, a la manera de un tutelaje contra natura sobre la sociedad.

Sin embargo, la realidad del precepto y de las intenciones no siempre concuerda con la situación en que deben aplicarse. De hecho, acostumbrar a los uniformados argentinos a admitir que su tutela sobre la civilidad no sólo es indeseable sino un verdadero error histórico, decirles que deben asumir la responsabilidad institucional y política que les cabe respecto del Proceso y del terrorismo de estado, no será fácil. Pero tampoco queda otro camino, porque los militares no pertenecen a otro país: la Argentina es la que está cambiando y ellos deberán situarse en el compás de este cambio.

Sumario

2 **La Ciudad Futura:** Los militares ante la sociedad

3 **La Ciudad Futura:** El retorno de las negociaciones colectivas

Política nacional

4 **Alvaro Abós:** La paradoja constitucional

5 **Javier Slodsky:** Un sistema previsional literalmente en ruinas

6 **Oscar Grillo:** Pasos perdidos en política municipal

Universidad

7 **Claudia Fernández, Daniel Nieto, Ernesto Semán y Pablo Semán:** Una opción también para la Universidad

8 **Roberto A. Follari:** Universidad, provincias .modernización

Debates sobre la izquierda

9 **Julio Godio:** Izquierda: cero para el copión

11 **Sergio Rodríguez:** ¿Desde donde enunciamos los socialistas?

Política y cultura

12 **Héctor Schmucler:** Miedo y confusión

14 **Carlos Altamirano:** Ideólogo

16 **Francisco Colom González:** Razón y política (conversación con Klauss Offe)

Política internacional

21 **José M. Benegas:** Ante una nueva sociedad

22 **Fernando Claudín:** Octubre la "perestroika" y el socialismo

Política y sociedad

24 **Leopoldo Allub:** La ética católica y el espíritu del caudillismo

25 **Guillermo Ortiz:** Escenas de la vida digital

Libros

27 **Javier Franzé:** ¿Qué es el realismo en política? de Norbert Lechner (comp.)

Ensayo

28 **Manuel Jesús Granado:** El PCP Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología

Memorias

32 **Juan B. Justo:** Un ejemplo de integridad moral

Aclaración

Los artículos sin firma son de exclusiva responsabilidad de los directores

La Ciudad Futura

B. Mitre 2094 - 1º (1039) T.E. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Javier Merino y Guillermo Ortiz.

Comité editorial: Carlos Altamirano, Emilio de Ipola, Jorge Dotti Rafael Filipelli Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelmán, José Nun Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán Hugo Vezzetti y Héctor Leis.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12 Buenos Aires (1412). Tipografía de títulos: Graphic Type Gral. Perón 1457 P.B. 3 Bs As Impresión: Gráfica Integral 'Albarracín 1955, Bs. As. Distribución en kioskos del interior. Distribuidora Río IV California 2587, Bs As Distribución en kioskos de Capital: Sinfin .Saavedra 710, Bs. As Distribuidor en librerías: Punto Sur, Julio A. Roca 751 4°C, Bs As

Nº de Registro de propiedad intelectual: 41.392

Suscripción en el exterior (seis números): uS$ 30.

Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui

El retorno de las negociaciones colectivas

Después de 13 años, el 3 de marzo pasado se puso en marcha nuevamente el mecanismo de las negociaciones directas entre patrones y trabajadores para la discusión de los contratos de trabajo. El hecho tiene una enorme significación para el proceso de transición democrática en que está embarcado el país desde 1983.

En última instancia, dicho proceso no puede implicar otra cosa que una recuperación, por parte de los actores sociales, de los derechos y las responsabilidades que el autoritarismo les expropió en todos los campos. En el caso de los trabajadores se trata, entre otros, de la potestad para discutir sus salarios y sus condiciones de trabajo, que luego de 1975 fueron fijados unilateralmente por los sucesivos gobiernos.

La suspensión de las negociaciones directas tuvo lugar en ese año, cuando era ministro de Economía de Isabel Perón el actual gobernador de la provincia de Buenos Aires. El país vivía entonces las consecuencias del llamado "rodrigazo", que inauguró el trágico ciclo económico de la inflación anual de tres dígitos que, con la sola excepción de 1986, no ha cesado hasta ahora.

A partir de ese dato -utilizado de manera leal o interesada- la discusión entre patrones y obreros fue impedida a escala nacional, con el argumento de que sería un detonante aún mayor de la inflación. Otro derecho tradicional de los trabajadores y los sindicatos era, así, cercenado.

Su restablecimiento era, pues, un compromiso ineludible de la democracia y hay que congratularse de que hayan sido puestos en marcha los mecanismos legales para su satisfacción.

Pero es claro que el problema no termina allí. Y ello es así porque, en las condiciones perversas en que desde hace años funciona la economía argentina, la relación entre paritarias e inflación es un dato que no puede ser ignorado. Como sucedió, por ejemplo, en el recordado 1975.

El dilema es que hay dos bienes que se deben defender y que su presencia conjunta, según cual sea el marco en que ella se dé, puede ser contradictoria. Por un lado, la desestatización de las relaciones sociales que la negociación directa supone y, por el otro, el control de la inflación.

En economías en donde esa plaga no existe, la discusión colectiva es una forma del conflicto social en el que salarios, ganancias y productividad aparecen como elementos centrales para las posibilidades de acuerdo o de disenso. Para acceder a las demandas de los asalariados los empresarios deben restringir sus beneficios -lo que a la larga atenta contra las inversiones y la ocupación- o acordar mejoras en la productividad, lo que coloca a los sindicatos en la necesidad de discusiones complejas. Pero lo que queda fuera de la discusión es la posibilidad de que esos aumentos sean trasladados alegremente a los precios, con la idea de que existe un tercero, el consumidor, que puede pagar el costo de la fiesta.

Eso es lo que no sucede tradicionalmente en la Argentina. Y no sucede por el peso enorme de la mentalidad corporativa que nos acompaña desde hace décadas. Es común escuchar a los dirigentes empresarios decir que ellos no tienen ningún problema en otorgar cualquier aumento... siempre que se les permita trasladarlo a los precios. La idea es aberrante y por eso mismo ilustrativa de la forma en que viene funcionando nuestro capitalismo prebendalista.

Dicho capitalismo, rentístico, de base corporativa y financiado por la inflación, se sostiene sobre acuerdos horizontales para la distribución del ingreso y del poder entre las grandes organizaciones, incluyendo por supuesto a los sindicatos, al menos con su mentalidad actual. No hay que olvidar que así como los patrones se han mostrado siempre generosos para otorgar aumentos salariales que puedan ser trasladados a los precios, muchos dirigentes gremiales han opinado que su tema es el salario nominal y que, en todo caso, el tema del salario real le corresponde al gobierno.

Si esta estrategia de los principales actores no se modifica, es difícil pensar que la libre fijación de los salarios no agregue fuego al incendio inflacionario que, desde luego, no se origina exclusivamente en ese foco. Y el resultado podría ser, otra vez, la suspensión de esa conquista que es el retorno a la discusión horizontal de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo.

La rehabilitación de las paritarias pone a prueba, en la dimensión parcial pero muy significativa que le atañe, la viabilidad de una consolidación de la juridicidad democrática en el campo laboral. Si la negociación se encara como parte de un conflicto distributivo entre patrones y trabajadores que no se traslada a los consumidores, se habrá dado un gran paso adelante.

Pero el sindicalismo debería funcionar, entonces, con la convicción de que no hay peor salida para los asalariados que el mantenimiento de esta forma vigente de capitalismo corporativo. Y debería asumir metas que, aun en las condiciones actuales de la crisis, mejoren el contenido cualitativo de sus demandas reivindicativas y potencien una política imaginativa de reformas, tanto para la empresa como para las relaciones entre el mundo del trabajo y el estado.

CENTRO DE ESTUDIOS DEL CLUB DE CULTURA SOCIALISTA

Un espacio intelectual orientado a la problemática de la transformación social, política y cultural.

El Club de Cultura Socialista organizará, durante 1988, un centro de Estudios específicamente dedicado a la problemática del cambio y la transformación. Esta iniciativa coordinará los esfuerzos de intelectuales, políticos e investigadores nacionales e internacionales a fin de crear un ámbito de estudio y difusión, de enseñanza e investigación, de discusión y diseño de proyectos.

Partimos de la convicción de que es necesario renovar la cultura de izquierda en la Argentina y de que ello será posible sólo si comprometemos a sus mejores intelectuales en una tarea al mismo tiempo académica y política. El Centro de Estudios sistematizará en un currículum orgánico perspectivas que conciernen a la producción y el fotalecimiento de alternativas socialistas en el marco de una dinámica democrática.

El Centro de Estudios incorporará como base de su programa un elenco de cuestiones relacionadas con la economía, la sociedad, el Estado, la cultura, no sólo en sus dimensiones nacionales sino también en lo que resulta de las experiencias internacionales de cambio; no sólo en el análisis de prácticas y propuestas de gobiernos y partidos sino también de los horizontes de transformación emergentes de la dinámica societal; no sólo en un corte sobre el presente, sino en la historia del socialismo, la discusión de nuestras tradiciones ideológicas y el cruce de estas tradiciones con otras líneas de pensamiento científico y filosófico.

El Centro de Estudios se propone como espacio de enseñanza e investigación, regido por los estándares más exigentes, sensible a la experimentación y a la discusión sustantiva de valores, proyectos y políticas; atento a los reclamos de la sociedad en un marco donde sea posible considerarlos con la urgencia de ofrecer proposiciones originales e imaginativas.

Con el Centro de Estudios, el Club de Cultura Socialista inicia una etapa importante de proyección pública. Como el Club, el Centro será un espacio pluralista, abierto al diálogo con todas las perspectivas democráticas sobre el cambio. El Centro reconoce su afinidad con un patrimonio histórico socialista y, actualizando ese legado, se propone incidir sobre la sociedad y la política argentinas que hoy requieren planteos innovadores frente a las cuestiones abiertas de la transformación socio-económica y la profundización de la democracia.

Seminarios 1988

Primer Cuatrimestre
(13 de abril al 7 de julio)

- "Historia del socialismo", por José Aricó
- "Sociedad y política", por Juan Carlos Portantiero

Segundo Cuatrimestre
(3 de agosto al 27 de octubre)

- "Sociedad y economía", por Jorge Schvarzer
- "Sociedad y cultural", por Carlos Altamirano

Inscripción e Informes
De lunes a viernes de 18 a 21
Bartolomé Mitre 2094 Piso 1º
Tel. 953-1581

Control obrero de la producción

La paradoja constitucional

Alvaro Abós

Desde diversos ángulos políticos propugna la reforma de la constitución pero lo cierto es que la innovación más sustancial está ya contenida en el texto de la misma, ante el silencio general.

Las reformas de las que se habla se refieren a la posible reelección presidencial o al término del mandato del primer magistrado o a la introducción de un primer ministro. Es decir, al diseño de los poderes del Estado. Se trata de temas de ingeniería institucional que -por importantes que fueran- difícilmente alterarían la vida concreta de los ciudadanos.

Sin embargo, desde 1957 está incorporado al texto constitucional un derecho cuya plasmación trastocaría decisivamente la vida social. En efecto, en dicho año una Convención Constituyente consagró el derecho de los trabajadores a "*...la participación en las ganancias de las empresas, con control de la producción y colaboración en la dirección*".

Una de las paradojas políticas de la Argentina es que la propia Constitución Nacional -el recitado de cuyo preámbulo fue en1983 la carta decisiva del triunfo electoral- establece, y desde hace nada menos que treinta años, un proyecto de equidad social mucho más avanzado que la plataforma de cualquiera de los partidos de izquierda. Semejante reforma no hay que proyectarla, consensuarla, debatirla ni aprobarla: *ya rige*.

Recientemente, un proyecto de ley sindical establecía determinadas prerrogativas para los representantes sindicales en la empresa: número de delegados, funciones, garantías en el empleo, etc.. Ninguna de esas prerrogativas era excepcional en relación a prácticas habituales en países occidentales ni en relación a la normativa recomendada por la OIT. Sin embargo, el empresariado argentino puso el grito en el cielo y desató una campaña de presión, aduciendo que dicho proyecto era un *avance inadmisible* del poder sindical. El partido gobernante y la principal oposición fueron sensibles a esa prédica: el proyecto fue aprobado el Diputados en una versión muy rebajada y luego se empantanó en el Senado.

Si esas módicas reformas en favor de los trabajadores suscitan semejantes respuestas, ¿qué pasaría si alguien reclamara la vigencia del texto constitucional? Y sin embargo, ¿no incurren en flagrante contradicción los sedicentes liberales argentinos que, en su defensa de la economía de mercado, canonizan la constitución liberal de 1853? Porque esos mismos "liberales" no cuestionaron la Asamblea que introdujo en 1957 el artículo 14 bis. Los únicos que lo hicieron fueron los peronistas porque estuvieron proscriptos en los comicios en los que se eligieron representantes para esa Asamblea. A partir de 1973 el peronismo dejó de sostener la vigencia del texto constitucional de 1949. Hoy nadie dice que la reforma de 1957 sea nula. Lo que hace la clase política en su conjunto es otra cosa: finge que esa reforma no existe. El artículo 14 bis, cuya aplicación alteraría sustancialmente las relaciones de trabajo y la vida entera de la sociedad, es un artículo *desaparecido*.

La historia de la Asamblea Constituyente de 1957 es curiosa. Sólo se explica en función de un malentendido histórico. Derrocado el gobierno peronista en 1955, todo el arco político antiperonista (de izquierda a derecha) creyó que el peronismo se esfumaría como el humo. El error surgió de malentender la naturaleza política de ese movimiento. Se creyó ver en él un fenómeno surgido al influjo exclusivo del poder. El derrumbe del Estado peronista, pensaban los antiperonistas de 1955, supondría la desaparición del peronismo. ¿Cómo imaginaban aquellos antiperonista s el futuro del movimiento obrero? Como una resurrección del mapa sindical anterior a 1943: un movimiento obrero que retomaría las identidades históricas, parcelado en familias ideológicas al estilo de los países de Europa occidental. Jamás imaginaron lo que sucedió: 1) la pervivencia de la identidad peronista como aglutinante de la clase obrera; 2) la pervivencia de la unidad sindical como conciencia cristalizada en dicha clase; 3) la pervivencia del movimiento sindical como factor de poder protagónico en la sociedad.

> Una de nuestras paradojas políticas es que la propia Constitución Nacional establece, desde hace 30 años, un proyecto de equidad social más avanzado que la plataforma de cualquier partido de izquierda. Semejante reforma -dice Abós- no hay que proyectarla ni aprobarla: ya rige.

Con el cuadro de futuro que se habían trazado -un sindicalismo notoriamente debilitado- los constituyentes del 57 decidieron dotar al texto constitucional de una cláusula de avanzada, dándose el gusto de copiar fórmulas que eran frecuentes en las constituciones de los países europeos tras la Segunda Guerra. El entonces insignificante Partido Cívico Independiente del ingeniero Alsogaray se opuso por entender, coherentemente, que la cláusula que consagraba el control obrero era opuesta a la vigencia irrestricta del derecho de propiedad. También se opuso -con igual coherencia- el Partido Comunista: las diversas formas de gestión de la empresa por los trabajadores suponen mecanismos de inspiración democrática que chocaban con la rígida primacía de la dictadura del proletariado preconizada como desideratum por dicho Partido.

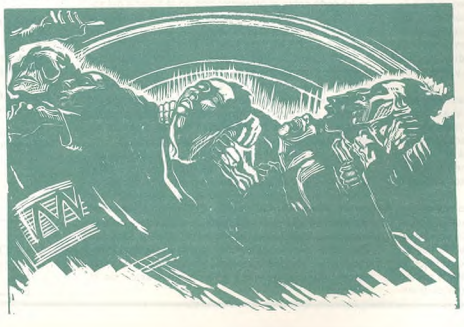
Hace tres décadas que Argentina vive bajo una constitución que concede a los trabajadores el derecho al control obrero de la producción. Gracias al esfuerzo de la clase política, dicha cláusula permanece intangible, impoluta, celosamente custodiada en el cofre de las curiosidades inútiles.

Recientemente, un líder de la derecha argentina sostenía que ciertas estipulaciones programáticas constitucionales son de imposible cumplimiento. ¿De qué sirve, señalaba, que la constitución asegure a los ciudadanos el derecho a una vivienda digna? Nadie puede presentarse a la justicia para reclamar que le den una casa si esa casa no existe. Sin embargo, nada impide que se cumpla la cláusula del artículo 14 bis que consagra el derecho al control obrero. Podrá tenerse una u otra opinión sobre la capacidad y/o idoneidad del movimiento sindical (supuesto agente de ese derecho) pero nadie podrá decir que ese movimiento no existe.

Esa opinión de la derecha tampoco tiene asidero en la doctrina constitucional. Según esa teoría, los derechos y garantías consagrados en el texto de la constitución existen de por sí, con independencia del aparato jurídico que los desarrolle y, por consiguiente, al ser derechos que la constitución considera básicos, irrenunciables, propios de los sujetos de derecho, ellos son exigibles.

Que los defensores de las leyes del mercado hagan como que el artículo 14 bis no existe es, al fin y al cabo, natural. Lo extraño es que tanto la izquierda como el movimiento sindical repitan esa conducta. La reforma social que supondría la aplicación de la constitución beneficiaría a los trabajadores, sector social al que dicen representar.

También es extraño que, a más de cuatro años de reinstaurado el marco democrático, cuando todos los mecanismos de defensa jurisdiccional están en plena vigencia, ni la izquierda ni el movimiento sindical hayan caído en la cuenta de que uno de los posibles canales de su accionar pasa por la reivindicación no sólo política sino jurisdiccional de ese derecho enmascarado.



Una de las causas de lo que he llamado paradoja constitucional es la falta de tradición que tiene en este país el manejo aceitado de los resortes de la constitución. Décadas de menosprecio hacia esa herramienta legal han producido la imagen inconsciente de que la Constitución es un ícono más o menos inservible, sólo idóneo para su manipulación críptica por una especie de sabios decrépitos, los "constitucionalistas". A lo sumo, el texto constitucional, devenido ritual, serviría como letra de un recitado letánico.

Ese déficit se extiende a los recursos jurisdiccionales como vías de uso de las posibilidades que abre el marco constitucional. Sin embargo, en estos años ha habido algunos casos interesantes. Los movimientos de derechos humanos, a partir de 1984, hicieron un uso inteligente de los mecanismos judiciales y a través de ellos consiguieron incidir, y en alguna forma modificar, el diseño que el gobierno se había trazado en materia de castigo a los represores. El proceso a la Junta Militar que dio el golpe de estado de 1976 (por el delito de rebelión, no por violación a los derechos humanos), actualmente en la Corte Suprema y que tiene un valor simbólico decisivo, fue iniciado por un particular. Un hecho importante en la vida civil como la instauración del divorcio llegó primero por una decisión judicial (también perseguida por un particular) que política.

No se trata de sacralizar la justicia. Son de sobra conocidas las limitaciones de este poder y del personal humano que lo encarna, desde sus frecuentes conexiones con ideologías retardatarias hasta la corrupción habitual en sus filas.

Tampoco se trata de convertir la política en una práctica leguleya. Se trata de tener claridad sobre las posibilidades que presenta el marco constitucional para avanzar en procura de transformaciones de la vida social, en procura de un uso alternativo del derecho, en procura de una agudización de las contradicciones del orden liberal y obtener resultados concretos en campos determinados y precisos.

Pareciera que ese uso polivalente y situacional de las virtualidades transformadoras del marco constitucional es ajeno a la mentalidad de las izquierdas argentinas, inficionadas por concepciones globalizantes, repletas de ideologismo y consignismo.

El uso alternativo del espacio constitucional tiene que ver con el ejercicio de un espíritu crítico que en Argentina parece virgen.

El uso colectivo, organizativo, en suma, político de la razón crítica, dice Fernando Claudín, "no es un problema sólo de intelectuales, como con demasiada frecuencia suele considerarse". Y agrega: "Si las masas no aprenden a formar, preservar y ejercer plenamente, en toda circunstancia, su espíritu crítico... la lucha desembocará siempre en una u otra variante de estalinismo".

Sería una medida de higiene social que los políticos argentinos que sostienen la necesidad de reformar la constitución aclararan previamente si, junto a las medidas de ingeniería institucional que reclaman, propugnan también la derogación de la cláusula que consagra el control obrero. Si no tienen intención alguna de aplicarla, que la deroguen. Así, al menos, se disiparía, aunque fuera mínimamente, la hipocresía política reinante.

Jubilados sin horizonte

Un sistema previsional literalmente en ruinas

Javier Slodky

La actual situación del Sistema Previsional Argentino evidencia una ostensible tendencia degradante en lo que respecta a su observancia de los principios doctrinales de la seguridad social, que van desde una temprana masificación cercana a la universalización de su cobertura, la considerable ampliación de sus beneficios, o la adopción de medidas y esquemas financieros relativamente distributivos y solidarios (características que lo erigieron en uno de los sistemas pioneros de América Latina), hasta una relación crecientemente conflictiva y hasta antagónica con dichos principios, que culminan en una generalizada percepción crítica de nuestro régimen previsional, al que en los propios discursos oficiales se califica de "sistema presuntuoso", que promete el 82% móvil de la remuneración y no alcanza a proporcionar ni el 40% de dicho haber.[1]

Ello ha generado un innegable descrédito, que se expresa en la multiplicación de cajas complementarias de pensiones y jubilaciones establecidas por convenios colectivos y estatutos de diversas ramas de actividad, con el fin de cubrir el creciente desfasaje entre el haber percibido y el 82% legal (cajas instituídas, generalmente, con carácter transitorio, pero que tienden a hacerse permanentes, con las secuelas negativas que ello acarrea sobre los costos laborales y el principio de la igualdad de las prestaciones jubilatorias, ya que el haber real tiende a depender menos del régimen legal que de la existencia y alcances de estas compensaciones convencionales). Tal situación también ha generado la acumulación de acciones judiciales de jubilados en demanda del haber legal que, al ser favorablemente acogidas, determinan una cuestionable declaratoria de emergencia previsional, y el impulso oficial a los planes privados de jubilación a través de la Resolución 19.106, dictada por la Superintendencia de Seguros de la Nación, el 24 de marzo de 1987.

Esta notoria depreciación de sus beneficios constituye, junto al no menos evidente deterioro de la carga demográfica y a los altos niveles de mora y evasión de empleadores y trabajadores, los indicadores más visibles del retroceso de la seguridad social, señalado como "medida de la decadencia de la vida nacional" en un discurso presidencial.[2] Panorama al que han concurrido varias causas estructurales, demográficas, económicas y funcionales, inherentes a la administración y manejo de los fondos previsionales.

En lo que respecta a la aspiración a la universalidad, que constituye uno de los principios rectores de la seguridad social contemporánea, el sistema previsional argentino observa una distancia entre doctrina y realidad significativamente menos pronunciada que la que es dable apreciar en la mayoría de países latinoamericanos. Ello, pese a que nuestro país reproduce un rasgo característico del desarrollo de estos sistemas de protección en el ámbito regional, cual es el de constituirse como una articulación progresiva de regímenes de base profesional.

En la década del '40 se completó la cobertura legal de la Población Económicamente Activa; en 1956 se incluyó al servicio doméstico y se crean las Cajas de Trabajadores Autónomos, y en el período 1973-76 se incorpora a los trabajadores rurales, lo cual parecería demostrar una significativa flexibilidad y capacidad de extensión del sistema previsional, aun en sectores tradicionalmente excluídos de estos beneficios de la seguridad social.

> Un examen del sistema previsional argentino indica que entre los principios doctrinarios que le dieron origen -cuando era uno de los más avanzados del mundo- y la realidad actual de las prestaciones que reciben los jubilados, hay una enorme distancia. Todo esto conforma una situación francamente crítica. Con el objeto de abordar por lo menos una posibilidad de solución, el autor de esta nota propone que se lleve a cabo un debate nacional, pluralista y que abarque tanto los problemas técnicos como las aristas políticas que concurren en el tema. Frente a un caos cada vez más visible, es imprescindible poner en limpio a la cuestión previsional mediante un análisis inteligente y desinteresado.

Estos logros en materia de universalización de la cobertura aparecen, sin embargo, afectados ahora por variables demográficas tales como el constante decrecimiento de la proporción de la población en edad activa, y la incidencia actual y futura de la creciente difusión -en el curso de las últimas décadas- de diversas modalidades del fenómeno de precarización del trabajo en el país: cuentapropismo, trabajo temporario, trabajo en negro, etcétera. Ello ha determinado un sensible aumento del porcentaje de población urbana que se desempeña en actividades de escasa productividad, con ingresos fragmentarios y reducidos, y sin estabilidad laboral ni seguridad social, ya sea porque figuran como trabajadores independientes, o bien porque su status no está claramente definido en la legislación vigente.

La incidencia de ese fenómeno sobre las estructuras de la seguridad social no está suficientemente dimensionada, aunque ya algunos indicadores que emana de la última Encuesta de Hogares revelan una significativa brecha entre cobertura nominal y cobertura real del sistema previsional, a la que seguramente no es ajeno el impacto de dichas tendencias sobre la estructura del trabajo asalariado. En tanto que la incorporación de los autónomos, además de no cubrir a las franjas más marginales del trabajo por cuenta propia, aparece como una de las principales fuentes del desequilibrio financiero que afecta a todo el sistema, con la consiguiente secuela negativa sobre la calidad de las prestaciones.

Este último punto se relaciona con otro principio doctrinario básico de la seguridad social: el de la integridad y suficiencia de las prestaciones, también seriamente menoscabado en la actualidad por ese desequilibrio alimentado por factores como el deterioro de la carga demográfica inherente a la maduración del sistema; la multiplicación de los beneficios previsionales sin el correlativo incremento de los ingresos; el proceso inflacionario; la desaparición del excedente generado en la etapa de acumulación; la alta evasión, o la falta de autonomía en el manejo de los fondos previsionales, problemas todos que son cíclicamente denunciados por asociaciones representativas del sector y que forman la materia de numerosos proyectos de reforma del sistema elaborados en este período. La variable de ajuste de tal cuadro deficitario es la depreciación de los haberes previsionales, expresada en el progresivo envilecimiento de las prestaciones promedio, medidas tanto en relación al costo de vida como al salario activo, y en el constante ensanchamiento de la franja de los haberes mínimos, forma principal de "sinceramiento" financiero de un sistema por largo tiempo extremadamente generoso en facilitar el acceso a los beneficios, y consagrar regímenes de privilegio.

No es tampoco auspicioso el cuadro resultante de examinar la evolución de nuestro sistema previsional y, en general, de los beneficios de la seguridad social, a la luz del principio de solidaridad que constituye uno de sus componentes esenciales. Máxime si se tiene en cuenta que el sistema argentino no exhibe indicadores consistentes de impactos regresivos de la seguridad social sobre la distribución del ingreso, tales como el bajo porcentaje de cobertura, los topes en las cotizaciones -que fueron eliminados en 1973- o el progresivo abandono del sistema de capitalización a partir de la década del '40, y que cristaliza en la ley 14.370 de 1954, la cual señala el paso del sistema de capitalización al de reparto, al determinar que el haber se calcula en base a una escala con independencia de la suma acumulada como consecuencia de los aportes realizados.

En igual sentido deben obrar también las casi 70.000 pensiones no contributivas que otorga el sistema, según cifras que se consignan en el Mensaje Presidencial a la Honorable Asamblea Legislativa del 1º de Mayo de 1986. Empero, los pocos estudios e investigaciones realizados sobre este punto coinciden en poner de relieve datos que demostrarían, sin embargo, que el sistema previsional argentino es escasamente progresivo.[3]

Algunos factores determinantes de estos magros efectos redistributivos del sistema previsional, pese a los elementos positivos anteriormente señalados, son sin duda la existencia de grupos independientes como las Fuerzas Armadas, con alto subsidio estatal; la creación, a partir de la década del '60, de regímenes especiales para ciertas categorías de funcionarios públicos, también subsidiados, o la correlación positiva entre ingresos y cobertura en las diversas regiones del país.

En lo que se refiere al principio de unidad, baste decir que las diversas tentativas unificadoras del sistema, y homogeneizadoras de sus cargas y beneficios, no han logrado erradicar primero los resabios de su estratificación original; ni prevenir luego la irrupción de regímenes privilegiados por edad de retiro o monto de prestaciones, cosas que acentuaron esa estratificación en detrimento de su equilibrio financiero, de la integridad de sus prestaciones promedio, y de su contribución al bien común.

Particularmente lesiva a la doctrina de la seguridad social resulta, en nuestro caso, la vulneración total del principio de participación social, inexistente en el manejo y control del sistema previsional argentino desde hace más de veinte años, cuando la dictadura de Onganía eliminó la presencia sindical en la administración de las Cajas.

Un pluralismo institucional, a menudo asumido como rechazo a cualquier coordinación entre gestores que vaya más allá del subsidio de regímenes deficitarios por aquellos que, como los trabajadores en relación de dependencia de la actividad privada, presentan superávit; un Estado que canjea a menudo su rol subsidiario por el paternalismo intervencionista, pero que incumple, paralelamente, el limitado rol de aportante y fiscalizador que le asignan los seguros profesionalistas, y la escasa significación de la previsión y seguridad social en los planes de desarrollo nacional esbozados en las últimas décadas, completan este crítico panorama de la evolución histórica de nuestro sistema previsional, a la luz de sus propios principios doctrinarios y trascendentes fines sociales.

A partir de un diagnóstico crítico de estas características, la necesidad de encarar soluciones profundas, acordes a la naturaleza del deterioro que afecta las bases del régimen previsional, se ve relegada por las urgencias de administrar la crisis, por un lado, y la acumulación de reivindicaciones largamente insatisfechas de los beneficiarios, por el otro.

De allí la necesidad de abrir un debate nacional, pluralista, técnico, social y político, sobre la reforma integral del Sistema Previsional Argentino, que posibilite analizar las causas profundas de la crisis, y sus soluciones de fondo más allá de la coyuntura, con el aporte de los sectores involucrados y de organismos y especialistas internacionales.

La confrontación de las distintas propuestas existentes en las áreas de organización, cobertura, financiamiento y prestaciones del régimen previsional argentino, permitirá sistematizar orientaciones para su reforma sustentadas en el máximo posible de consenso social, única manera de restituir al sistema sus fines esenciales, y potenciar su rol en el marco de la actual transición democrática que atraviesa nuestro país.

Notas

1 Mensaje del Presidente Raúl Alfonsín a la Honorable Asamblea Legislativa (1/5/85), Presidencia de la Nación, p. 30.

2 Raúl Alfonsín, *op.cit.*, p. 31

3 Adriana Marshall observa, en relación a este punto, que la población ubicada en los dos tramos inferiores de ingreso familar (40%) detenta el 19% del ingreso y el 23% de los beneficios. Es decir, no participa proporcionalmente a su participación en la población, pero sí poco más que proporcionalmente a su parte en el ingreso (Adriana Marshall, "Políticas Públicas y Transferencias de Ingresos: el salario 'indirecto' antes y después de 1976", en FLACSO, *Documentos e Informes de Investigación* Núm. 34, Buenos Aires, noviembre de 1985, p. 23).

Consejos vecinales

Pasos perdidos en política municipal

Oscar Grillo

Las particularmente arduas condiciones en las que se realiza en nuestro país la actual etapa de consolidación de la democracia provocan la consideración pormenorizada de los distintos niveles en los cuales ésta debe ser construida, es decir: se plantea el problema de la democratización de los sistemas de autoridad en ámbitos tan diversos como la familia, el lugar de trabajo, el barrio o el sindicato, paralelamente al fortalecimiento de las formas de gobierno representativo.

Quiero referime al caso de una institución representativa del gobierno municipal de la Ciudad de Buenos Aires, cuyo enorme potencial democratizante, está siendo desaprovechado.

Una institución nueva

En 1983 y 1987 los porteños elegimos estos representantes locales y, sin embargo, existe aún hoy un desconocimiento de la población en general de la presencia y las funciones de los CV. ¿Por qué? Es cierto que la institución es relativamente nueva, no tiene "historia"; ocurre además, que los temas y objetivos de estos funcionarios electos no han sido en ninguna de esas dos ocasiones objeto de un intenso debate preelectoral. Pero fundamentalmente me preocupa que aparecen hoy como empantanadas las posibilidades de que los CVS funcionen como canales de participación popular en una amplia gama de necesidades y demandas significativas en el ámbito de nuestra ciudad. Ganan espacio, en esta situación, las incitaciones a un encierro intraburocrático que esteriliza toda innovación.

Vamos por partes: ¿cuáles son las características de la institución que la habilitan formalmente para maximizar la participación directa de los vecinos?, ¿qué posibilidades reales de cumplir ese rol han tenido los cvs. en estos años y en el contexto del resto de los actores del gobierno local? Y por último: el estilo con que se institucionalizaron los Consejos en este período, permite prever cambios o cursos alternativos de acción para superar el empantanamiento actual?.

Las reglas de juego

Formalmente, los Consejos Vecinales son un órgano de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires con el mismo nivel institucional que el Departamento Ejecutivo o Intendencia y el Concejo Deliberante. Fueron creados en 1972, pero su vigencia real quedó reducida al anterior período de gobierno constitucional y a lo que va de la actual experiencia, desde diciembre de 1983. Resultan particularmente interesantes su carácter electivo y el mecanismo de representación: su designación proviene del resultado del acto eleccionario para el cual se ha dividido la Capital Federal en catorce zonas consideradas a este solo efecto como un distrito electoral cada una. Es decir, que para elegir un consejero vecinal se computan los votos emitidos a favor del partido político de pertenencia en cada zona, asegurándose la representación de las minorías según el régimen de representación proporcional. Cada Consejo tiene nueve miembros, que se renuevan cada cuatro años.

Las funciones formales atribuídas por la Ley Orgánica Municipal contienen tanto aspectos que enfatizan una misión de simples trasmisores hacia la intendencia de los problemas que aquejan a los vecinos, como elementos que les asignan un rol motor de la autogetión y la participación vecinal, y por último un pequeño espacio de capacidad de gestión. Concretamente son sus atribuciones: a) estimular la participación ciudadana por diferentes medios; b) proponer al Departamento Ejecutivo anteproyectos de obras y servicios de interés comunal; c) realizar la ejecución de obras dentro de su jurisdicción cuando éstas cuenten con la financiación directa del vecindario (Art. 44 Ley Orgánica Municipal). Es decir: a diferencia de otras situaciones, en este caso la legislación heredada provee de un campo interesante para promover la participación ciudadana. Veamos si se aprovechó:

Las conductas de los jugadores

Cuando en los últimos días de 1983 la primera camada de cvs. electos asumió sus funciones, quizás desde el primer momento percibieron la brecha entre el carácter de "órgano de gobierno" asignado por la ley a la institución, y su situación concreta, pero primó el entusiasmo y, en tiempo y forma -aunque en condiciones materialmente muy precarias- los Consejos lograron constituirse funcionando en locales prestados por escuelas municipales en sus respectivas zonas. Al tiempo consiguieron que se les asigne cierto apoyo administrativo y la Intendencia, por su parte, organizó una pequeña unidad destinada a funcionar de enlace entre ellos y el Departamento Ejecutivo. Todo estaba en marcha.

En las alternativas de relación con el Departamento Ejecutivo o Intendencia se construyó el perfil institucional de los Consejos durante estos años. Cuando a principios de 1984 la comuna inundó la ciudad con un vistoso afiche que rezaba: *"Para ganarle a la crisis, la ciudad necesita la participación de todos los vecinos. Sus Consejeros Vecinales actuarán de inmediato en defensa de sus intereses"*, probablemente muchos de los cvs. se habrán sentido seguros protagonistas de un cambio, porque desde su punto de vista, se publicitaba la existencia del organismo, y la consigna permitía suponer que recibirían los soportes institucionales necesarios como para hacer realidad esa "actuación inmediata" prometida.

Pero antes que canalizar recursos, los organismos de la burocracia municipal, habían imaginado algunos "trabajitos" para los cvs.. Avidos de información sobre realidades barrriales que les eran absolutamente desconocidas, distintos organismos de la Intendencia tomaron la costumbre de utilizar a los cvs. para recoger datos, involucrándolos en inscripciones, relevamientos y diagnósticos; los funcionarios electos descubrieron a posteriori que esas colecciones de datos no implicaban necesariamente procesos de toma de decisión que los tuvieran en cuenta como interlocutores.

Pero sería injusto afirmar que sólo para trabajos de campo se pensaba este organismo de gobierno. A mediados de junio de 1984 el Subsecretario General de la Municipalidad anunció el lanzamiento de un "Plan de Descentralización", según el cual, para "lograr un mayor acercamiento entre el vecino y la municipalidad" se asignaría a cada CV una sede propia, donde funcionarían "coordinadamente" con delegaciones de la Mesa General de Entradas, el Registro Civil e Inspección General. Durante ese año y el siguiente sólo tres o cuatro de los catorce CV obtvieron lo prometido, pero la presencia de estas unidades - puramente administrativas- no mejoró en nada los recursos institucionales de los consejeros, ni los vínculos entre ellos y la población; y en más de un caso, su funcionamiento "coordiñado" falló al punto de ser un obstáculo adicional.

La actitud de los más altos niveles de decisión del aparato municipal, era por lo menos ambigua: ocasionalmente los presidentes de los CV lograron reunirse con el Intendente y reclamar sobre "algunos proyectos demorados por el trámite burocrático"[1] pero no obtvieron respuestas concretas ni lograron establecer un mecanismo de reuniones mensuales fijas con el jefe de la comuna. Sin embargo, al hacer un balance público de su primer año de gestión,[2] éste destacó como uno de los principales logros en materia de acción gubernamental la puesta en marcha de los CV y prometió volcar más esfuerzos sobre el particular.

En cierta forma, esfuerzos hubo, pero en un estilo según el cual, parecía no hallarse la fórmula o el tipo de arreglo institucional que de alguna manera ampliara el mecanismo de toma de decisiones hasta incluir al tan mentado "organismo de base" del gobierno municipal. Mientras tanto, cada intento de ajuste cristalizaba institucionalmente a favor de la creación de un nuevo organismo burocrático destinado a asegurar el éxito de los cvs.; la que fue a principios de 1984 una pequeña unidad se convirtió primero en Dirección General de Consejos Vecinales, que al tiempo fue incluida dentro de una Subsecretaría de Relaciones con la Comunidad, a la que también se le asignó la misión de "coordinar y canalizar las acciones de los CV".[3]

Y continuaban ausentes en el horizonte de los consejeros mecanismos para resolver, hacer resolver, o eventualmente derivar hacia organismos "competentes" los reclamos que recibían de los vecinos. Cuando en infinidad de ocasiones los funcionarios electos trataron de cumplir un papel articulador entre diversos reclamos vecinales y la municipalidad, no lograron ser reconocidos en ese rol por el Departamento Ejecutivo, ni que se crearan ciertas condiciones que les permitieran capitalizar alguna acción unificada.

Si acompañaban demandas urgentes del vecindario, corrían el riesgo de quedar descolocados y cuestionado de hecho su rol ante la falta de respuesta de las distintas agencias municipales, que eran moneda corriente (en sus palabras, tener que "dar la cara" ante los vecinos a consecuencia del empantanamiento burocrático de sus reclamos).

¿Qué otras vías de acceso a recursos se les ofrece, en estas circunstancias? En primer lugar está la canalización de reclamos vía redes clientelísticas, recurso que, en cierta medida formaba parte de las posibilidades de algunos consejeros miembros del oficialismo; pero la frecuencia y cantidad de las demandas individuales usualmente superaban las posibilidades de este tipo de articulación.

En segundo lugar, los que no tenían acceso a, o control de redes de clientela, no tuvieron otra posibilidad que recorrer las distintas reparticiones tratando de capturar recursos municipales para dar respuesta a las demandas que les llegaban y comprometían.

Esta estrategia de activismo administrativo rindió frutos diversos según el tipo de vínculo establecido con las diferentes unidades municipales, la índole del intercambio entre éstas y los cvs., y la visibilidad de los ítems de la agenda en cuestión.

En algunas ocasiones en que los cvs. buscan recursos puntuales y de pequeña escala, articulando demandas individuales o comunitarias originadas en grupos o instituciones determinadas (recursos para una escuela o un jardín de infantes, arreglo de una plaza, colocación de un semáforo, etc.), su trajinar interburocrático puede tener éxito; siempre que se trate de modificaciones, reparaciones o ampliaciones, en fin, intervenciones de pequeña escala cuyos efectos políticos no aparezcan capitalizables en otro nivel.

Cuando la índole de las cuestiones en juego implica una toma de posición que involucre áreas considerables del aparato municipal, la derivación de montos importantes de recursos, o la producción o modificación de normas relevantes, las posibilidades de cierto protagonismo de los cvs. disminuyen considerablemente.

En otra parte he analizado en detalle cómo sobre los problemas del Barrio de La Boca[4], hubo un período en el cual cvs. y técnicos municipales funcionaron con definiciónes del problema y tácticas más o menos comunes, obteniendo algunos éxitos parciales. Sin embargo, ese núcleo y sus propuestas progresistas no lograron atravesar las barreras impuestas por el control del estado municipal logrado por un puntero tradicionalista con pocas intenciones de dejar en manos de terceros los beneficios de una eventual intervención en el barrio.

Cabe anotar que tampoco los partidos políticos locales contribuyeron a construir un espacio de actuación para los Consejos; el silencio y la inactividad partidaria a este respecto contribuyen sin duda a perpetuar su fragilidad institucional.

¿Una segunda oportunidad?

En resumidas cuentas: estamos frente a una situación de *precariedad institucional* de este organismo municipal:

- es insuficiente su reconocimiento por parte de la población, los partidos políticos y aún dentro del propio estado municipal. Ciertos organismos de la comuna repetidamente disputan el espacio virtual de actuación de los CV.
- por añadidura, éstos carecen de resortes de poder relevantes que les permitan cumplir con sus funciones formales.

Esta precariedad institucional no es imposible de salvar. Aparatos estatales menos manipuladores, más comprometidos y decididos a descargar poder en nuevas instituciones cercanas y entrelazadas con la sociedad civil; partidos políticos involucrados en cuestiones locales con objetivos que no se agoten en el clientelismo, pueden ser algunas de las condiciones que hoy son socialmente posibles. En estos meses comienza a funcionar la segunda camada de consejeros vecinales (los elegidos el 6 de setiembre de 1987); hay cuatro años para mejorar la experiencia anterior.

Notas

1 La Razón, 18/7/84.
2 Tiempo, 31/12/84.
3 La Nación, 31/3/85.
4 Me refiero a una investigación cuyo título es "Estado y sectores populares: el caso del Barrio de La Boca", que se encuentra en vías de publicación.

AlianzA EDITORIAL

NOVEDADES

— BEATRIZ GUIDO
ROJO SOBRE ROJO (El secuestro de un general)
208 págs.
— MARIO BENEDETTI
CUENTOS COMPLETOS
536 págs.
— EDUARDO CRAWLEY
UNA CASA DIVIDIDA: ARGENTINA 1880-1980
Prólogo de Rodolfo H. Terragno
430 págs.
— BALDERSTON, FOSTER, HALPERIN DONGHI, MASIELLO, MORELLO-FROSCH, SARLO
FICCION Y POLITICA. LA NARRATIVA ARGENTINA DURANTE EL PROCESO MILITAR
130 págs.
— JUAN JOSE SAER
EL LIMONERO REAL
232 págs.
— JOSE LUIS ROMERO
ESTUDIO DE LA MENTALIDAD BURGUESA
180 págs.

Libros de Edición Argentina

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO
DISTASA
Av. Córdoba 2064 - BUENOS AIRES

El cooperativismo estudiantil

El cooperativismo: una opción también en la universidad

Claudia Fernández / Daniel Nieto / Pablo Semán / Ernesto Semán*

La universidad es el ámbito en el cual la actividad militante destinada a realizar un aporte a la consolidación de un orden democrático, no debe perder vigencia.

En esta perspectiva, el aporte de las fuerzas políticas estudiantiles ha sido limitado. Creemos necesario identificar las causas de esas limitaciones para revertirlas, lo que podrá hacerse solamente con un cambio en las propuestas, los temas, en las herramientas, el discurso y la convocatoria.

Estos esfuerzos no pueden darse sino contemplando la situación de la institución. Teniendo en cuenta ésta y con el doble objetivo de realizar un aporte a la solución de alguno de los déficits que el equipamiento ínfimo y la infraestructura de la UBA plantean a los jóvenes universitarios, y de promover el cambio en la lógica política predominante, visualizamos en el cooperativismo una herramienta sumamente apta para el logro de estos objetivos. Para esto, proponemos actuar en la Universidad en tres campos:

- Buscar la solución cooperativa a alguno de los problemas estructurales de la UBA (comedores, laboratorios, librerías, apuntes, sanidad, deportes, etc.). Cooperativas que se fortalezcan también como un espacio nuevo de participación, sin alternativizar a los organismos naturales de los estudiantes, pero satisfaciendo y promoviendo la solución de problemas a través de una vía alternativa. Para permitir el desarrollo pleno de estas cooperativas será necesario darse a una tarea de:
- Difusión de los principios e ideales del cooperativismo, y de los valores solidarios que lo deben acompañar, impidiendo así la burocratización de las cooperativas o la transformación de éstas en meras empresas que reproduzcan la organización cooperativa sólo desde un punto de vista formalista.
- Formación de agentes capaces de organizar y conducir el movimiento cooperativista de una manera eficiente, pero también, como parte del movimiento estudiantil, asumir una lógica política diferenciada de la actual, con acento en la necesidad de recomponer los vínculos solidarios entre los estudiantes.

La actual política estudiantil

Los déficits de la UBA son graves, la falta de soluciones y explicaciones producen disconformidad; pero eso no es todo. Las fuerzas políticas que reclaman tener un rol progresista en esta transición no atinan a conducir positivamente tal disconformidad, a canalizarla en procesos de transformación y participación que ataquen esos déficits.

Las fuerzas de carácter opositor, en función de potenciales réditos electorales, políticos o "movilizadores", privilegian su papel de impugnadores sistemáticos del gobierno, o valga la redundancia, del sistema.

La fuerza oficialista no asume las realidades que pueden significar desgastes de su gobierno. Y todos en general subordinando la política estudiantil a necesidades de interna partidaria, o a la competencia electoral como único fin.

> Quién no lo sabe, la universidad padece de problemas de difícil resolución. Identificar sus causas y revertirlas sólo es posible con un cambio en las propuestas, los temas, las herramientas, el discurso y la convocatoria. El cooperativismo, creen los autores de esta nota, permitiría solucionar algunos de los déficits de infraestructura.

No debería extrañar entonces el poco fervor que han trasuntado las últimas elecciones estudiantiles, que la política estudiantil se haya circunscripto a los asuntos de una militancia cada vez más marginal, ni el hecho del avance de la fuerza liberal instrumentando las inquietudes lógicas y a veces progresistas de importantes sectores universitarios en función de una propuesta socialmente regresiva y éticamente rechazable. Aunque la misma pereza ideológica y la autocomplacencia que subyacen a una práctica política perversa atribuyan estos hechos única y exclusivamente a la herencia dictatorial o a un rosario de causas externas.

Psicoop: un ejemplo

No es exactamente la contracara, la antítesis y la alternativa superadora, es ni más ni menos que una experiencia surgida de la práctica crítica a lo anterior: es sólo una punta, una pequeña demostración de que no sólo es posible pensar la necesidad de algo distinto, sino también hacerlo.

Psicoop surge como iniciativa de la conducción del Centro de Estudiantes a principios del 87. Sus objetivos eran abastecer al estudiantado de algunos servicios esenciales para la vida de la facultad y, paralelamente, dar lugar a un nuevo tipo de experiencia participativa y solidaria. Este segundo objetivo es el que le daba sentido al primero y, por supuesto, el más complejo.

Para esto fue necesario transformar el discurso del Centro, revitalizando ejes olvidados como la integración solidaria para la solución de problemas concretos.

En cuanto al primer objetivo, con la cooperativa ya en funcionamiento se ha firmado un contrato con la Facultad que la autoriza a instalar un buffet en el nuevo edificio de Hipólito Yrigoyen.

Con algunas dificultades, Psicoop ocupa ya en la Facultad un espacio importante y empieza a ser referenciada por el estudiantado como algo distinto a lo conocido hasta el momento. Sin embargo, lo que nos interesa no son los logros sino analizar cuáles son las falencias, que son muchas y graves, que traban el desarrollo de esta experiencia.

Sin duda, el problema que se presenta con mayor claridad y frecuencia, es la falta de formación de estudiantes que tengan experiencia (sana experiencia) en la conducción (sana conducción) de organizaciones estudiantiles. La mayor parte de los integrantes de *la cooperativa* tienen a ésta como su primera experiencia política y han llegado con todo el empuje y la iniciativa, pero sin ninguna preparación previa. Tener un conocimiento profundo de la legislación cooperativa, organizar eficientemente el funcionamiento del buffet, controlar la capacidad gerencial, o buscar nuevas fuentes de financiación, son problemas cotidianos que abarcan cada vez más tiempo de los cooperativistas.

"La cantidad de dificultades de organización que tenemos que afrontar diariamente, nos desvían de nuestro principal objetivo: hacer de Psicoop una usina de solidaridad y participación", comentan preocupados pero no resignados algunos miembros de la cooperativa.

Creemos que estos problemas no son sólo de Psicoop, ni están aislados, sino que son un emergente de una crisis de ideología, de conducción y de formación que atraviesa todo el movimiento estudiantil y en todas sus actividades.

Desarrollar las tareas tendientes a concretar lo expuesto al principio es lo que pretendemos; por eso, desde este espacio, que agradecemos a *La Ciudad Futura*, con vocamos a todos aquellos que compartan esta visión a trabajar juntos para dar el salto trascendente de la tinta a los hechos.

* Algunos de los que escribimos estas líneas hemos participado y en parte conducido la acción de agrupaciones y organismos estudiantiles, nos reconocemos en estas limitaciones y errores. Es justamente la revisión autocrítica de esa política lo que nos permite hacer estos planteos.

CEDINCI Digital

La cuestión académica en el interior del país

Universidad, provincias y modernización

Roberto A. Follari*

Se hace importante plantearse una reflexión sobre la Universidad desde la situación de las provincias. Esto porque se trata, por un lado, de una composición un tanto diferente a la de Buenos Aires; y por otro lado, porque rara vez se habla de ellas y -a nivel nacional- menos aún *desde* ellas.

Habrá que encuadrar este olvido de las provincias dentro de una realidad más global, sobre la que sería conveniente explayarse en otra ocasión, según la cual en la actual capital se concentran agudamente los medios de producción, promoción y difusión -así como de reconocimiento- de la actividad intelectual y cultural en general. No es fácil desde el interior "enterarse", y menos aún ser escuchado. Situación a que no es ajena la Universidad, como uno de los centros fundamentales de circulación de lo cultural.

Es importante comprobar el retraso en que permanecen a menudo los programas, las bibliografías, las temáticas. Los grandes temas se receptan, perfilan y definen en Buenos Aires, probablemente por debajo de otras capitales de América Latina, pero muy por encima de lo que llega al medio provinciano. La existencia de derechas atávicas que pueden funcionar con bibliografías de hace 30 años y, por qué no decirlo, de izquierdas desinformadas que aún se manejan exclusivamente con los mismos textos que nos encandilaron en los años 1970/1972, son por demás habituales.

La ligazón de las universidades del interior con la de Buenos Aires es mínima. En otros países existen convenios de intercambio por los cuales las grandes universidades ofrecen apoyo a las de provincia, y este contacto constante favorece una cierta cercanía en temáticas y niveles de aproximación académica a las mismas. No es el caso entre nosotros; en los recientes concursos para cargos docentes se comprobó patéticamente cuántas veces jurados venidos de Buenos Aires y centros cercanos (La Plata, Rosario) exigían de quienes concursaban niveles que estos distaban de poseer, o referencias que desconocían por completo.

Es desde tal situación que hay que pensar el qué hacer con estas universidades. Allí es donde el problema de la modernización -por cierto que hasta ahora poco debatido y menos asumido o digerido- guarda sentido. En el número 1 de *Gaceta Universitaria* alguien se pregunta si la universidad "seguirá deslumbrada por la modernización" (p.6); David Viñas, en el mismo número de la publicación, también se preocupa por los peligros de la modernización; pero por cierto que sobre los efectos peligrosos de no modernizarse no ha habido una interrogación suficiente. Tengo dudas de que exista en el caso de Buenos Aires alguna "fiebre de modernización" de la que hubiera que cuidarse, habida cuenta de nuestro fuerte *background* nacional antipragmático y principista; pero en lo que hace a las provincias, puede decirse con certeza que asistimos a las carencias de no ser modernos sin las ventajas de ser tradicionales, ya que a la mera ignorancia o a la no-actualización no se la puede confundir con un apego a las tradiciones regionales o algún mítico estacionamiento en el "ser nacional".

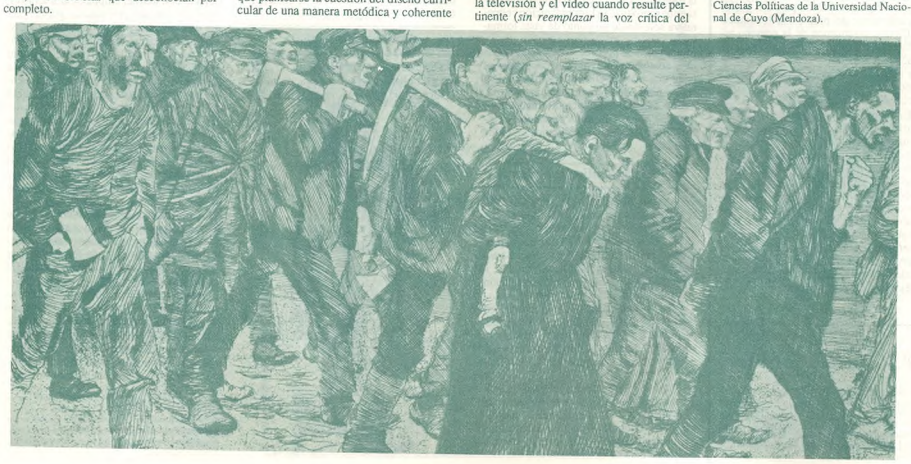
Resulta imprescindible una puesta al día de la agenda de temas, autores, problemáticas. Para esto deberán promoverse formas constantes de intercambio con los grandes centros del país y los del extranjero, la concurrencia a congresos, el recibir revistas y publicaciones actualizadas, y el encontrar ámbitos colectivos de procesamiento y discusión de esa información. Habrá que plantearse una eficientización de la administración universitaria, que permita un aprovechamiento racional de los recursos materiales y humanos. Habrá que establecer procedimientos de evaluación de las tareas de profesores e investigadores, con criterios claros y fijados de antemano, que eviten el anquilosamiento y el quietismo. Habrá que establecer pautas específicas para la elección de carreras a ofrecer por la universidad, para terminar con la improvisación y con el conformar egresados desocupados que luego se frustran a sí mismos y al país; consecuentemente, habrá que plantearse la cuestión del diseño curricular de una manera metódica y coherente a fin de adecuar los contenidos y objetivos de la función docente a las necesidades reales de la sociedad (ya se avanzó mucho al respecto en otros países del subcontinente).

También resultará útil dentro de este programa establecer un Sistema Nacional - y subsistemas regionales- de universidades, estatales y privadas, que realicen planeamiento estructural de la actividad y una mínima coordinación con relación a la no superposición de funciones y adaptación de carreras e investigación a necesidades nacionales y regionales. Se podrá constituir comisiones pedagógicas que constituyan apoyo en cada universidad o facultad para mejorar las condiciones del proceso de aprendizaje, utilizar métodos e instrumentos de docencia más efectivos que la simple intuición personal, y hacer una reflexión orgánica y sistemática sobre el rol de la educación -en especial, la de nivel superior- en el desarrollo, la conflictiva y la vida cultural de un país. Habrá que conseguir que la agenda pública nacional, los temas centrales como deuda externa, recomposición institucional, etc., sean trabajados y pensados sistemáticamente, por medios ya sea curriculares o extracurriculares. Habrá -en fin- que establecer modos a través de los cuales la universidad recoja la cultura del entorno social y la divulgue y potencie, para que toda la diversidad cultural nacional -a menudo desconocida por nosotros los provincianos mismos- se nos haga patente y opere como mecanismo de identificación de lo nacional en la pluralidad y la diferencia. Habrá que des-construir el discurso atávico de sectores autoritarios, no por la vía de una discusión y enfrentamiento con él que sería desgastante y estéril, sino por la superación en calidad, pertinencia y tratamiento de las problemáticas, por la equiparación con los niveles más altos nacionales e internacionales que esos discursos retrógrados no pueden alcanzar ni compartir.

En fin, será necesario recomponer una relación profesor/alumno en términos manejables, se deberán utilizar medios como la televisión y el video cuando resulte pertinente (*sin reemplazar* la voz crítica del profesor y los compañeros, sino complementándola), se deberán establecer nuevas modalidades de evaluación de los alumnos, y aún de la misma institución y el cumplimiento de sus proyectos de mediano plazo (que tendrán también que formularse clara y específicamente...). Son éstas sólo *algunas* propuestas para un programa que hay que construir entre muchos; lo que sugerimos se basa en algunas otras experiencias latinoamericanas (y aún cabría agregar la organización departamental, los centros de investigación multi e interdisciplinar...).

Ahora bien, si todo lo anterior no se llama *modernización*, ¿cómo denominarlo? ¿No existe en todas estas posibles acciones un denominador común en cuanto a aumentar la racionalidad de los procedimientos, establecer modalidades de eficientización de los procesos, acompañadas -claro está- de una profundización de la democratización y participación del conjunto? Podría existir -si todo esto se cristalizara- peligro de tecnocratización; no cabe duda. Sólo esa participación colectiva podría poner lo técnico al servicio de finalidades socialmente deseables. Pero aún en la peor hipótesis, la de que esa participación fallase... ¡ojalá contemos en nuestro país algún día con tecnócratas en vez de los actuales burócratas o los sempiternos autócratas! Nuestra hipótesis es que modernizar implica abrir la lista de la producción y formulación de problemas, pluralizar las preguntas y las vías de respuesta, aprender a convivir con la diferencia y a tolerarla, y asumir el vórtice que implica pensar a la verdad no como Una, sino como construcción fragmentaria y discontínua. En este programa general, las provincias claman a gritos la necesidad de modernizarse; de lo contrario, permanecerán a la orilla de la historia, repitiendo viejos problemas y zarandeadas temáticas, y -es lo peor- preparando para una noción arcaica y absolutizante de lo que son el hombre, la ciencia y la cultura.

* Profesor titular exlusivo de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).



Debate sobre la izquierda

Izquierda: cero para el copión

Julio Godio

La triste y cruda realidad es que la izquierda en Argentina, bajo sus variantes clásicas comunistas o socialistas, está excluída de la cultura política popular. Este es el único punto de partida serio para discutir *una vez más* sobre un hecho presente en la política argentina desde 1945: en esa fecha, el peronismo arrancó de cuajo las viejas ideologías marxistas implantadas en la clase obrera, y las sustituyó por la ideología de la "Comunidad Organizada". Desde entonces la izquierda, usando un calificativo benigno, está en crisis.

En realidad, a partir de aquellos años, la izquierda en sus variantes clásicas, subsiste no tanto por causas nacionales como por causas internacionales: nuestra izquierda no habla por sí misma sino por la variedad de socialismos existentes en otros países.

Nuestra izquierda está compuesta por una especie de batallón que se alejó tanto de las líneas del frente que terminó instalada más allá de la retaguardia del ejército enemigo. Desde esta incómoda posición, la izquierda argentina clama por la legitimidad de su propuesta histórica, pero la sociedad civil en la que finalizó su épico *raid*, la considera como algo extraño y no la escucha. De allí, entre otras cosas, la tragedia de los partidos marxistas en Argentina; desde la década del cuarenta el sujeto de su discurso, la clase obrera considera al marxismo-leninismo como la ideología más lejana y extraña a sus ideas. Por lo tanto la crisis de la izquierda en Argentina no se reduce a una cuestión de "errores"; se trata de exclusión de la sociedad civil y la sociedad política por incapacidad para implantarse en un "momento histórico" favorable: ese "momento" transcurrió desde principios de siglo hasta1943.

Marx, antes de dedicarse al estudio sistemático de la economía política, había adelantado la hipótesis de que una mutación histórica se producía cuando las fuerzas productivas entraban en colisión con las relaciones de producción caducas en una formación económico-social dada. La clase social subalterna, instalada en el centro dinámico de las fuerzas productivas, formaba un bloque político con otras clases y capas sociales también afectadas por las caducas relaciones de producción y, entonces, se desenvolvía la lucha política que concluía con el desalojo del poder del bloque tradicional dominante. El nuevo poder político impulsaba el desarrollo de nuevas relaciones de producción y la nueva formación económico-social se articulaba alrededor de un nuevo modo de producción progresivo. Esta apretada síntesis de Marx debe ser entendida como matriz explicativa de confrontaciones históricas prolongadas entre viejos y nuevos estadios civilizatorios en el interior de estados nacionales/multinacionales.

La anterior proposición de Marx suscita complejas e intrincadas reflexiones a la teoría política. Pero también puede dar lugar a formulaciones sencillas, como por ejemplo ésta: el pueblo sólo puede estar dispuesto a suprimir una determinada forma de organización del trabajo, siempre que esté convencido que la venidera organización del trabajo representará efectivamente una forma superior a la anterior. Caso contrario, ningún pueblo se embarca en un cambio histórico que no garantice la instalación de un estadio civilizatorio superior.

Hace muchos años, allá por 1960, en Praga, tuve con un cubano una larga conversación. El cubano, hombre del "26 de Julio", me expuso los objetivos socialistas de la revolución en un país atrasado: reforma agraria, nacionalización de la industria azucarera, superación del monocultivo, industrialización sustitutiva sencilla, salud, educación, etc.. Luego me preguntó acerca de la Argentina. Cuando finalicé de describir a nuestro país, con su mayor nivel económico y cultural, en comparación con la mayoría de los países de América Latina, me miró fijo y me dijo: "Chico, en tu país ha habido una revolución y tu no te has dado cuenta".

> La crisis de la izquierda no es una cuestión de "errores" sino tiene que ver con su exclusión de la sociedad civil y su incapacidad para situarse en un "momento histórico favorable". ¿Cómo respondió la izquierda al modelo propuesto por la generación del 80? ¿Y de qué manera, ahora, el debate sobre la reforma constitucional la involucra de cara al futuro?

Inexorablemente la frase me volvía a la mente año tras año. Tardé mucho tiempo en traducir al lenguaje teórico la inteligente observación de aquel revolucionario cubano.

En efecto, un pueblo "hace" una revolución sólo cuando le es imperativo: por ejemplo, el Imperio Ruso se componía de millones de campesinos semiservos: nacionalidades oprimidas, obreros industriales que vivían la condición obrera del estadio de la Revolución Industrial, y una burguesía liberal occidentalizada, que no podía soportar el atraso asiático-feudal. Era lógico que el estado zarista, una superestructura autocrática obsoleta ubicada en la Europa capitalista, y apoyada en la gran propiedad semifeudal, resultaba insoportable para el 95% de la población. Bastó una cruel guerra perdida para que se produjecen una gigantezca insurrección obrera y campesina y la brusca caída del Zarismo. Pero, el socialismo nacía en una matriz histórica "semicapitalista" y asiática. El socialismo en Rusia tuvo por eso que plantearse la supresión de la explotación del hombre por el hombre como parte integrante de la modernización de la economía y la competividad con el capitalismo desarrollado. Lenin lo sabía cuando señaló, en polémica con los defendores de la "cultura proletaria", que no es lo mismo "ideología burguesa" que "civilización burguesa". Pequeña diferencia, que hoy a 70 años de aquella revolución, da lugar a la Perestroika como intento de achicar brechas con el capitalismo desarrollado.

En Argentina para que se plantease "como en Rusia", una revolución, debían existir condiciones objetivas. Pero podía haber ocurrido, como sugirió el cubano, que esa revolución "ya" se había producido; entonces de lo que se trataba era descubrir qué límites presentaba "esa revolución" para plantear un programa que permitiese al país pasar a un estadio civilizatorio superior. Efectivamente, en Argentina hubo una "revolución" en el sentido de su inmenso impacto sobre el país: fue la aplicación del proyecto de la generación del 80. Ese dato planteó, desde su nacimiento, a la izquierda la necesidad de presentar un programa efectivamente superador al de esa generación.

El programa positivo del Partido Autonomista Nacional refundó a la sociedad argentina y dió curso a la emergencia de una formación económica-social inédita entre los países dependientes (junto, con diferencias, con Australia, Nueva Zelandia, Canadá y Uruguay): capitalismo dependiente de base agraria, hegemonía terrateniente; hegemonía regional (pampeana) y dinámica de acumulación de capital a través de un flujo sostenido de capitales extranjeros y un sostenido aumento de las exportaciones agrícola-ganaderas. El modelo del 80 fue un modelo agroexportador dependiente, de hegemonía latifundista, que atrajo a millones de inmigrantes extranjeros. Entre los trabajadores se desarrolló, simultáneamente, una cultura de expectativas de progreso individual y una cultura obrera clasista. En consecuencia, un proyecto superador del vigente y en crisis en 1930, sólo podía articularse como "resumen" de las expectativas de la mayoría de la población de hacer más racional un modelo de desarrollo de las fuerzas productivas que había sido exitoso. Esto es, modernizar la estructura productiva agrícola-ganadera. Ello fue lo que ocurrió, por ejemplo, en Australia entre 1860-1930 y que consistió en el pasaje de una economía agricola-minera extensiva a una economía agrícola-minera-industrial integrada, de base farmer o "colono". Tal tarea histórica fue efectuada por una inteligente alianza entre la élite política colonial modernizante, los colonos (comunidades regionales) y el movimiento obrero laborista. Esta alianza se conformó para fines del siglo pasado y la transformación pasó por diferentes fases, algunas antes de formarse el nuevo bloque histórico. Se produjo así una "revolución pasiva", profunda, estable y de larga duración: nació una Australia moderna.

En Argentina Juan B. Justo percibió tal necesidad. De allí su proyecto de "país a la australiana". Lamentablemente, en Justo esta correcta propuesta se mezclaba con erróneas posturas librecambistas y con la obstinación de explicar lo específico político como confrontación entre "política científica" y "política criolla". Pese a todo, luego de la intuición de Justo, la izquierda no produjo nada mejor. Esa es la triste verdad y en ello gran responsabilidad la tiene el Partido Comunista (P.C.).

Desde su fundación formal en 1921 y hasta 1928, el P.C. vivió ocho años tratando de armonizar un "Programa de acción" con gruesos epítetos en favor de "hacer como en Rusia", "revolución proletaria", "insurrección", "sóviets", "dictadura

del proletariado bajo la forma de gobierno obrero-campesino", "lucha despiadada contra todas las variantes del reformismo", etc.. Fueron los años "infantiles" del P.C.. Pero, en 1928, cuando se volvió "maduro", le agarró, hasta 1935, la obsesión de dirigir en Argentina una "revolución democrático-burguesa" a la asiática, y sin "participación de la burguesía nacional" dada su "asociación" con el capital extranjero. Luego, con el VII Congreso de la Internacional Comunista (IC) en 1935, se pasó a una fórmula política que incluía en esa revolución la burguesía nacional antifascista. Pero, siempre desde la perspectiva de la revolución "democrático-burguesa". Desde los sesenta, bajo la influencia de la revolución cubana la caracterización de la revolución será "agraria y antimperialista, camino al socialismo".

Pero, en vez de tantas caracterizaciones ajenas, ¿no hubiese sido más sensato ponerse a pensar que era lo históricamente necesario como proyecto "continuador-superador" de esa Argentina de expansión fulminante y limitada entre 1880-1925?. Un proyecto de izquierda real, con fuerte contenido social, no era otro que realizar "a la Argentina" algo "parecido" a lo que había sucedido en Australia. En ese proyecto se hubiesen subsumido los reclamos obreros, las expectativas de progreso de clase media urbana/rural y las propuestas modernizadoras de sectores del empresariado. Se trataba de plantear un nuevo modelo socio-económico para hacer viable el desarrollo de las fuerzas productivas a través de la implantación de una economía agroindustrial mixta integrada, y hacer viable la independencia nacional posible en un área geopolítica de hegemonía de EE.UU.

Como la historia no se detuvo, desde *dentro* de la restauración militar conservadora establecida en 1930, surgió una respuesta elemental a la crisis: Se llamó sustitución sencilla de importaciones o industrialización liviana. El Plan Pinedo intentó en 1940 fallidamente encuadrar este proceso en un trípode con EE.UU y Gran Bretaña. El Peronismo, el principal heredero de aquel proceso industrializador y urbano, intentó fallidamente refundarlo con el expediente de extender el radio de acción del capitalismo de estado y ampliar el mercado interno, ante todo a través de mejoras salariales. Como es sabido, ese intento finalizó negativamente en 1953. Lo que quedó como herencia del proceso 1933-1953 fue un país escindido en dos; por una parte el viejo modelo agroexportador siguió intacto, en tanto define la inserción de la economía argentina en el mercado mundial, a través de las exportaciones tradicionales; por otro lado, una industrialización "paralela" y no integrada a la economía agraria, que se manifiesta en islotes de grandes empresas estatales o multinacionales rodeadas de unidades productivas medianas y pequeñas urbanas y rurales de baja productividad. De allí a la hegemonía del capital financiero y la stagflation había sólo un paso y éste se produjo en los años setenta.

"La Australia que no fue", contiene otra tragedia, referida al sistema político: *se trata del tema de la democracia política*. El régimen político previsto en la Constitución Nacional, es decir el régimen democrático, requería un sistema de partidos que le diera sustento, es decir que garantizase la gobernabilidad. La ley Senz Peña (1912), abrió la posibilidad de reemplazar al viejo sistema excluyente por un sistema en el cual el sufragio masivo creaba las condiciones para la consolidación de un arco de partidos políticos con representación y capacidad para acuerdos parlamentarios; es decir para un sistema político pluralista. Pero, la consolidación y ampliación de la llamada "democracia de masas", etapa abierta con el gobierno de la UCR en 1916, exigía la formación de un bloque histórico portavoz de nuevo proyecto modernizador. Ese proyecto, en lo político, no era otro que la *consolidación y ampliación de la democracia política*. Es posible que tal democracia política se hubiese instalado a través de contradictorias etapas pacíficas/violentas, dada la resistencia del bloque conservador a aceptar su caducidad histórica. Pero, era la única vía que hubiera evitado desencuentros históricos tan brutales como los que conducen a los golpes de 1930, 1943, 1955, 1966, que escindieron y opusieron políticamente a sectores populares potencialmente participantes de un proyecto modernizador popular. Se facilitó así la "reinstalación" del autoritarismo.

La izquierda argentina, particularmente en sus variantes marxistas-leninistas, trozquistas, etc., subsumió la democracia política en una eterna búsqueda de la "democracia popular" o "gobierno obrero", según experiencias extranjeras. De ese modo, ya desde 1930, cavó un abismo con la experiencia liberal-popular democratizadora abierta en 1916 y con ello rompió sus lazos con el radicalismo. Por último, al concurrir a la formación de la Unión Democrática en 1946 rompió sus vínculos con la protesta obrera y la cuestión de la dependencia, con lo cual completó su aislamiento definitivo con sociedad civil. Por eso es imposible hoy hablar de contruir una "fuerza mayoritaria de izquierda", porque la misma palabra es resistida por los trabajadores.

Pero, en cambio, sí es posible plantear, como profundización de la democracia, la convergencia popular en un proyecto de socialismo plural "a la Argentina". Este sólo será viable si tiene como sustento social el "mundo del trabajo". Debe ser un proyecto articulador de culturas políticas progresivas preexistentes. Esas culturas, centralmente, están organizadas en laborismo nacionalista-peronista, en el liberalismo popular radical, en el catolicismo humanista y participativo, en las antiguas tradiciones socialistas, en las culturas políticas regionales y en los nuevos movimientos sociales (ecologismo, feminismo, movimientos de la liberación de la mujer, movimientos de derechos humanos, movimientos barriales, grupos musicales, etc.). Se trata de una tarea de reflexión y acción política común, cuyo objetivo político es transformar la actual democracia política en una democracia política económica y social, que ejercite el pasaje a un país moderno, independiente e integrado en la economía internacional.

La reflexión y acción común se deben concretar en tareas comunes. Por ejemplo, hoy es central participar en el debate sobre la Reforma Constitucional, que abre la perspectiva de una nueva Constitución Nacional garante de una sociedad democrática y pluralista y una economía mixta integrada. Pero en vez de ocuparse del tema, la izquierda tradicional sólo piensa en cómo demostrar que Alfonsín y Cafiero son representantes de la "modernización dependiente".

Cuando yo estaba en 3º grado tuve una maestra muy severa y directa, pero al mismo tiempo muy respetuosa de la integridad del alumno. Por eso, cuando alguno se copiaba, ella no lo señalaba con el dedo, pero nos comentaba que "alguien" se había copiado y que por eso en alguna hoja de examen había estampado la siguiente observación: "Cero al copión, esa es tu sanción". La izquierda nuestra, abnegada y luchadora, ha fracasado por haber recurrido al fácil expediente del copión: el cero político que la caracteriza es la "sanción".

Encuéntrese con la cultura en cualquiera de estos organismos

La cultura está en todas partes. Pero en estos lugares usted es parte de la cultura.

- Teatro Colón
  Cerrito 618 - 35-1840
- Teatro Pte. Alvear
  Av. Corrientes 1659 - 46-6076
- Teatro Municipal
  Gral. San Martín
  Av. Corrientes 1530 - 40-0111
- Museo de Artes Plásticas
  "Eduardo Sívori"
  Av. Corrientes 1530 8º P. - 46-9664
- Museo de Motivos Argentinos
  "José Hernández"
  Av. del Libertador 2373 - 802-9967
- Museo de Arte Hispanoamericano
  "I. Fernández Blanco"
  Suipacha 1422 - 393-6318
- Museo del Cine
  "Pablo C. Ducrós Hicken"
  Sarmiento 2573 - 48-4861
- Planetario de la Ciudad de Bs. As.
  "Galileo Galilei"
  Av. Sarmiento y
  Belisario Roldán - 771-6629
- Dirección Gral. de Educación Artística y Especial
  Perú 372 3º P. - 30-0559
- Dirección de Turismo
  Sarmiento 1551 5º P. - 46-1251
- Centro de Divulgación Musical
  Av. Corrientes 1530 7º P. - 45-3981
- Programa Cultural en Barrios
  Sarmiento 1551 11º P.
  46-1251 Int.171
- Programa Cultural en Universidades
  Av. de Mayo 525 4º P.
  331-0961/9 Int. 1463
- Programa Cultural en Sindicatos y Fábricas
  Av. de Mayo 525 2º P.
  331-0961/9 Int. 1233
- L.S. 1 Radio Municipal de la Ciudad de Bs. As.
  Sarmiento 1551 8º P. - 46-1251
- Museo de la Ciudad
  Adolfo Alsina 412 - 331-9855
- Museo de Arte Español
  "Enrique Larreta"
  Juramento 2291 - 784-4040
- Museo de Arte Moderno
  Av. Corrientes 1530 7º P. - 49-4796
- Museo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires "Cornelio Saavedra"
  Crisólogo Larralde
  (ex Republiquetas) 6307-572-0746
- Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires
  Av. Córdoba 1556 - 42-9370
- Centro Cultural General San Martín
  Sarmiento 1551 - 46-1251
- Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires
  Junín 1930 - 803-1040
- Dirección General de Bibliotecas
  Talcahuano 1261 - 44-1840
- Jardín Zoológico
  Plaza Italia - 802-2174

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

Tradición y modernización

¿Desde dónde enunciamos los socialistas?

1

Hace poco más de tres años, cuando estaba por comenzar la asamblea que fundaría el Club de Cultura Socialista, me crucé con Carlos Altamirano. Me miró con mirada traviesa y con su mejor socarronería correntina me espetó: "acá estamos, dispuestos a cometer otro error". Como es habitual, el chiste dijo mejor que mil discursos, algo de la verdad. Resumía las cicatrices de los que, protagonistas de los "60", habíamos ofertado la vida en la frontera con los 70 y eramos los sorprendidos y atribulados sobrevivientes de la matanza del "Proceso". El chiste disparó en mi recuerdo, multitud de escenas y muchas caras entrañables que ya no estaban. Pero la verdad del chiste iba más allá de esos dolorosos efectos. Residía en el reconocimiento de que la política no puede ser otra cosa que un eterno errar. Y en los dos sentidos fuertes de esta última palabra. Un peregrinar sin fin por vivencias para, en cada una de ellas encontrarse finalmente, con la emergencia del error que impulsará a quien lo detecte, si no está excesivamente capturado por la creencia, a proponer otro sendero.

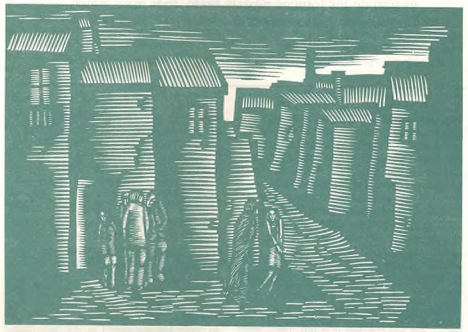
Concebir así la política no es pesimismo. Es como el chiste, efecto de la experiencia, y de saber que, al ser el sujeto producto de la palabra, y al ser ésta limitada para dar cuenta de lo real, no hay otra posibilidad en la construcción de la sociedad que soportar el ensayo y el error. Error fecundo, en tanto incita a corregir, a renovar formulaciones, en el infinito trajinar del movimiento social.

A esa articulación del sujeto a lo real, el discurso lacaniano la ubica en lo que propone como modalidad lógica de lo imposible, definiéndola por lo que no cesa de no escribirse. O sea, no sólo como lo que no logra escribirse en lo simbólico, valga la redundancia, sino que por eso mismo no puede dejar de intentar hacerlo. Cada vez que algo se escribe, se hace posible; pero siempre un resto no cesa de no escribirse.

En este sentido planteo que, todo discurso político se revela como de lo imposible. El "posibilismo" ignora justamente esto, y se ilusiona con la "posibilidad" de pensar las sociedades apelando solamente a la conciencia y a la racionalidad de sus actores. Ignora, casi cien años después de Freud, que los sujetos son movidos en razón de deseos inconcientes. Si en la reflexión sobre la política no se atiende eso, no se entienden vaivenes y paradojas del movimiento social. La perplejidad de nuestra izquierda fue efecto de haber creído en los "60" que, renunciando a la democracia, obtenían la "posibilidad" del socialismo. Y como efecto de los "70" que, rebajando aspiraciones, defendemos la "posibilidad" democrática zafando de la amenaza uniformada. La obstinada crueldad de la historia ha cuestionado ambos posibilismos y básicamente la idea de modelos. No hay modelo posible. La historia, discurso puesto en acto, no es más que un eterno trabajo de sus actores sobre sí. He ahí, la "base objetiva" de la variedad de postulaciones entre los socialistas.

2

Por el flanco que deja la rigidez de la vieja izquierda y la perplejidad en la nuestra, se



cuela la ofensiva de la derecha centrada en reivindicar a la libre competencia, a la libertad en la oferta y la demanda, a la propiedad privada, en fin, a la liberalización del mercado en lo que esto conviene a los monopolios y a la utilización del estado para favorecer sus negocios como ocurre en nuestro país con la "patria contratista" o con la licuación de pasivos (Austral 1987 último ejemplo). Revisar el "legado estatalista, patrimonio tanto del leninismo y sus variantes cuanto de la socialdemocracia, que hace del Estado el instrumento privilegiado -por no decir único- de la transformación social y que concibe al socialismo como un orden que se construye de arriba hacia abajo es una de las condiciones de innovación para no caer en los estereotipos del pasado y ser víctima de sus efectos totalitarios".

Frente a esa ofensiva y avance de la nueva derecha me parece de gran importancia la puntualización precedente extractada de la declaración de principios del Club de Cultura Socialista. ¿Por qué?

Porque, en aquellos lugares donde comu-nismo y/o socialdemocracia fallaron, al no producirse reformulaciones desde una ética socialista, se coló el sentido común de los capitalistas que confunden iniciativa del sujeto con iniciativa privada, y cree que el único motor de la actividad humana es la mayor ganancia, ignorando las leyes más elementales que estructuran al deseo y al goce. La declaración en cambio, plantea una ética que empieza por abjurar de las experiencias piramidales de socialismo, que como efecto totalitario crispado al máximo, llevaron a las matanzas stalinistas y, en su vertiente de la insensibilidad "modernizadora" a sacrificar a una amplia franja de desocupados en el altar de una reconvención industrial que no complique demasiado a los capitalistas.

La sociedad moderna se debate entre una serie de "bienes" contradictorios. Mayor ganancia o ecosistema. Ocupación o eficiencia. Solidaridad social o libertad individual. Restricción universitaria o desocupación calificada, por sólo plantear algunos. Dilemas que convulsionan tanto al sistema socialista como al capitalista.

La ética socialista debe pensar y operar desde lo que sea el bien supremo para la base de la sociedad, por ello en su horizonte no puede dejar de estar la "sociedad de productores libres'. Por el contrario el sentido común del capitalista piensa y opera desde lo que resulta el bien supremo para el que triunfe en la rivalidad (llamada por ellos, libre competencia).

Pero, la multiplicidad, la complejización, y contradictoriedad de bienes que acarrea el desarrollo científico tecnológico, replantea el viejo problema de la ética. Problema que, cuando se resolvió mal en la práctica socialista, acarreó consecuencias desgraciadas.

Lo que se plantea como bien supremo debe tener un carácter suficientemente general, como para señalar solamente una tendencia que dé lugar luego, a que cada cuestión se discuta en particular y en una relación puntual con el momento en que se la encara, evitando la tentación totalizante, integrista, totalitaria. Quiero decir: debemos poder librarnos de fetichizar las grandes cuestiones planteadas por el socialismo y el capitalismo: regímenes de propiedad, orden, libertades individuales. Pero, ¿desde qué límite? Desde el que marca el bien supremo -mantener activa a la sociedad contra su natural tendencia a la muerte- (por supuesto no me refiero sólo a la biológica) y para el cual, el mejor andarivel es la democracia que, con su estatuto de libertades y de alternancia en el poder por vía electoral, crea las mejores condiciones para dicha actividad. Obsérvese que en el lugar del bien supremo no coloco objetos o valores, sino un verbo.

Armonizar democracia y socialismo -imposible como plenitud-, por eso mismo, se sostiene insistentemente como deseo, en quienes no hemos renunciado al universo simbólico que nos fundó políticamente. Por lo mismo no hago de la democracia un fin, sino *el* medio, pero al que si se lo resigna, altera los fines.

3

En las discusiones en nuestra izquierda, los planteos éticos, han sido tomados a veces, como excesos moralistas que no tendrían en cuenta que lo fundamental en política es la mensura de las relaciones de fuerza. Lo que no miden esos planteos, es que la relación política-ética produce efectos en las relaciones de fuerza. Por ejemplo, es demostrable que en la pérdida electoral del alfonsinismo, incidió una política económica que hace pagar los efectos de la crisis principalmente a los productores, y la inconsecuencia presidencial en el encaramiento de los delitos de desaparición de personas, filibustería y robo de niños por parte de la corporación militar, (instrucciones al fiscal, ley de punto final, ley de obediencia debida). Retomo aquí, algo del comienzo de este artículo. En la campaña electoral de 1983 Alfonsín prometió el castigo a los culpables según los diferentes niveles de responsabilidad y denunció el pacto sindical militar. En el discurso de asunción sentenció: el fin no justifica los medios. En Pascuas, le mintió en la plaza a los que se habían movilizado para garantizar el orden democrático. Desde ese punto se significó retroactivamente todo su discurso previo sobre el tema, siguiendo las leyes según las cuales el mensaje es significado desde el lugar del Otro y por efecto retroactivo desde su última puntuación. Lógicamente, la significación producida, obliga a suplir los aliados perdidos con otros que se sientan cómodos bajo dicha significación. Se tendió entonces la mano al eje "liberal procesista" y, dentro de la UCR, el fiel se inclinará a la derecha con la operación Angelós-Casella.

O sea, que el cálculo ético es por lo menos tan importante como el de la correlación de fuerzas, y por supuesto esto, es aún más válido para los socialistas.

4

Dicho cálculo debe partir de tener seguro el lugar de enunciación. El mismo tradicionalmente fue (y no veo por qué haya que quebrar esa tradición), el de los productores. Si es así no se puede aceptar pasivamente la crítica de algunos socialistas al malestar de los trabajadores con el argumento de que: la mayoría de ellos logran resolver sus necesidades mínimas sobre la base de trabajos suplementarios. El1º de mayo conmemora a los que dieron su vida en la lucha por la jornada de ocho horas. No es el nuestro un país devastado por una catástrofe natural, sino por la satrapía de grupos sociales que lo vacíaron y no quieren renunciar a seguir haciéndolo.

Si hay algo que le da credibilidad a la nueva derecha es que no afirma que va a salvar al país con todos, sino contra algunos. Claro que como ellos tienen precisado su lugar de enunciación, enuncian claramente también, quiénes van a ser los patos de la boda. No ocurre lo mismo en Alfonsín y en quienes lo rodean.

El período electoral 1983/1987 mostró, a mi modo de ver, una franja de insatisfechos que, por lo menos por ahora no hipoteca su voto y sí, lo utiliza, para manifestar su deseo de democracia (apoyo inicial a Alfonsín) y de justicia social (retorno posterior al peronismo).

Creo que esa, es la franja que puede ser la base para recrear un fuerte movimiento socialista. Siempre que los socialistas que se lo propongan, lo hagan desde una clara posición ética y una inteligente reformulación de toda la nueva problemática.

Reflexionar sobre la violencia

Miedo y confusión

Héctor Schmucler

El hueco de una desapárición en la recordación de un sobreviviente de un muchacho desaparecido, también es su padre, es uno de los tópicos de este texto, más no el único. Otro asunto es la confusión y la dificultad para darle nuevamente sentido a las palabras de la Argentina de nuestro tiempo.

El 28 de enero de 1977 -conjeturamos- desapareció Pablo, mi hijo. Releo esta primera frase para seguir escribiendo. En mi espíritu, antes de anotarla, se insinuaba el deseo de dar un testimonio preciso, puntual. Al leerla, no encuentro más que abstracción, dolor incierto. La exactitud de la fecha luego se diluye porque apenas "conjeturamos", "desaparecer" evoca el vacío, "mi hijo" sólo es real para mí. Quise señalar un comienzo -el del recuerdo incesante- y describo un hueco. Pienso que si pudiera registrar, por ejemplo, "a mi hijo Pablo lo mataron el 28 de enero de 1977 y su cuerpo fue sepultado en un cementerio", sería posible reconocer un camino hacia la calma. Cuando la muerte sólo es sospecha, pierde grandeza; desdibuja la vida. La sospecha habita los abismos y ningún patetismo encierra mi solitario encuentro con mi hijo, que es tiniebla. Sólo un oscuro dolor que veo arrastrarse por las calles, una vergüenza que se asoma como un rubor a los rostros, una culpa que nace en mí y que se extiende, disimulada, entre la gente: la gente que habla; y la que calla.

Seguramente estoy escribiendo porque en estos días crece en mí el horror a la confusión, ese castigo primordial impuesto a los hombres por su soberbia, cuando se disolvieron los sentidos de las cosas y tuvieron que abandonar, en Babel, la construcción de la torre que los llevaría al cielo. Deberíamos recuperar el significado que la palabra confusión poseía en la Edad Media: 'echar a perder', 'destruir', porque nada deteriora más que la confusión, momento en que las cosas se funden y se mezclan. Las formas desaparecen; las palabras se vuelven meros ruidos incomprensibles, inútiles. La confusión inmoviliza el alma, que apetece permanecer activa en el vivir amoroso.

Crece en mí el horror a la confusión en estos días porque hace once años escuché, en México, la voz de la madre de mi hijo que me llamaba desde la Argentina: "Pablo está muy grave". Eran días de angustia, de muerte cotidiana y yo sabía que en algún momento recibiría aquel llamado. Un mensaje que no podía decir las cosas según eran, por temor a que alguien escuchara. Por temor, tal vez, a que las palabras consolidaran los hechos, dejaran sin espacio la posibilidad del error. "Pablo está muy grave", aunque nunca hubiéramos convenido la clave, quería decir "Pablo ha desaparecido. Por tanto, es posible que haya muerto". Luego vinieron las noches y los días de vigilia, los clamores lanzados a todos los vientos, los intentos fracasados de que alguien intervenga, de que alguien pudiera tener poder para salvarlo, para dar una noticia, para ganarle al azar. Vinieron los meandros del infierno con rostros que se mostraban sonrientes para alentar alguna esperanza que hacía más dolorosa la decepción que seguía inexorablemente. Constituimos el cortejo de los que buscabamos fantasmas en peregrinajes absurdos. El alma se confundía. Una entrevista a un senador norteamericano o un llamado a un obispo argentino sospechábamos que era inútil, pero las propiciabamos porque era imposible no creer en algo, no esforzarse para evitar que la confusión disolviera todo. Un rabino en Nueva York podría obrar el milagro. También un policía que vendía su engaño por el pago de miles de dólares. Un lento descender, siempre descender a la ignominia. Una adivina en México, pero también otra en la Argentina, lo veían vivo a Pablo. El misterio -sólo el misterio- podía apaciguar el tormento de las certezas brutales.

Con los años cesó el frenesí. Toda evidencia certificaba la muerte. Pero no hay descanso para el muerto cuando su cuerpo no yace en una tumba. Antígona se multiplica. No es la duda lo que inquieta al padre: es el no poder decir esto o aquello, aunque se equivoque. No es odio; casi no es dolor. Un sentimiento de confusión nos envuelve. Imperceptible trama que me une a los amigos. Nuestra confusión está hecha de miedos, de palabras no dichas, de confianzas que se diluyen. Triste aridez que se ciega ante la vida, la confusión nos cierra el camino a la tragedia, a la pasión, al amor.

La confusión transita por el país (por eso hay palabras que aún cuesta pronunciarlas). Para salir de ella deberíamos abrirnos a los interrogantes, a las palabras que el miedo retiene. Los miedos se resisten a abandonarnos. Miedo a los organismos represores y controladores del Estado. Miedo a la venganza de la derecha y de la izquierda. Pero sobre todo se resisten a abandonarnos otros miedos menos perceptibles: el miedo a preguntar y preguntarnos.

A enfrentar espejos que nos recuerden a nosotros mismos en cada momento del pasado; a desconocer (a no conocer) las figuras que se reflejan. Miedo a que claudiquen las respuestas explicativas que nos tranquilizan. A no saber por qué. El colapso puede aparecer próximo cuando las seguridades de la razón se resquebrajan. Pero deberíamos atrevernos a atravesar esos miedos si queremos intentar salir de la confusión, recuperar el verbo y decir palabras nuevas.

El miedo niega la memoria. Por eso, tal vez, cunde una desordenada búsqueda de autocríticas. La memoria llama al arrepentimiento. La autocrítica -una forma complaciente de la mentira- parodia al arrepentimiento. El arrepentimiento nombra sin más objeto que recordar. Se realiza en sí mismo. La autocrítica es instrumental: se la hace para reubicarse en el mundo. No necesita reconocer palabras: basta con declarar que ahora se piensa otra cosa. Es el paso previo al olvido. La verdad sustentada anteriormente no se pone en duda: sólo se realiza una transacción con ella. Entre nosotros algunos quieren imponer la autocrítica para "acumular fuerzas"; muchos la practican confiando clausurar el pasado. Mientra el arrepentimiento encuentra su espacio en la ética, la autocrítica se vincula a la razón calculadora. Pura instrumentalidad, la autocrítica -entre nosotros y en estos días- adquiere poder exorcisante. Pura ilusión: los demonios, que existen y se imponen a los olvidos planificados, muestran sus rostros entre las fisuras de un orden aparente. La tragedia se cumple y allí surge la vida sin mediaciones.

Durante la "Semana Santa" argentina, la de 1987, la tragedia, las fuerzas insondables del destino, irrumpió entre nosotros. Es posible que el presidente Alfonsín no supiera cabalmente por qué se vio impulsado a hablar de héroes, de otros héroes, cuando la Plaza de Mayo lo consagraba a él como el personaje heroico de la jornada. Alfonsín invirtió la historia aparente: "héroes" eran algunos insubordinados. Héroes, algunos de aquellos contra quienes se había reunido el pueblo innumerable. Alfonsín decía una verdad casi insoportable (como las que instala la Tragedia): estos "héroes de la Malvinas" merecen ser condenados. La Argentina -al menos muchos argentinos- no estaba dispuesta a escuchar una verdad que dislocaba seguridades adquiridas en el ejercicio del olvido. ¿Es que serían totalmente otros estos, los que llenaban esa plaza *para no escuchar* el calificativo de héroes, y aquellos, los que cinco años atrás se habían exaltado ante el "heroísmo" de los soldados argentinos en las Malvinas?. Simbólicamente, en todo caso, eran los mismos. Las dos multitudes podrían haber reclamado, con igual validez, la representatividad del pueblo. "Si este no es el pueblo, ¿el pueblo dónde está?", suele repetirse una y otra vez, hasta en varios lugares simultáneamente, para proclamar la legalidad de esa representación.

Si al heroísmo se le otorga un valor en sí, el héroe -más que hombre aunque menos que dios- siempre es admirable. Sin embargo, lo que normalmente ocurre es que el héroe de un bando es un "enemigo encarnizado" para el otro. Se aplaude a los héroes cuando, además de serlo, realizan un ideal compartido. La expresión "héroes de las Malvinas", en el vocabulario común, parece haberse independizado de una guerra precisa. Han quedado los héroes mientras el olvido diluye la guerra. En la Argentina no se habla de la guerra de las Malvinas. De *nuestra* guerra de las Malvinas. El ejército que la hizo entra en la zona de la confusión. Si hay "héroes de las Malvinas" es porque la población, mayoritariamente, aceptó esa guerra. Decir que el pueblo no fue consultado y tuvo que tomar partido sobre los hechos consumados puede ser verdad, pero no altera el significado de ese apoyo. Por un momento los argentinos fuimos -en muchedumbre- el ejército. De nada valen las estadísticas publicadas en un periódico para mostrar que los "comandos" no murieron en la misma proporción que otras formaciones del ejército. Nadie ha discutido la justicia de las condecoraciones otorgadas a Aldo Rico en las Malvinas. Es casi inexistente el esfuerzo por entender el sentido de esa guerra y del apoyo que se otorgó. Sin embargo el acontecimiento nos marca. Un triunfo argentino, aunque parcial, probablemente hubiera producido una historia diferente a la que estamos viviendo y en la que es posible formularnos estos interrogantes. Sólo por esto, porque podemos decir que debemos preguntarnos, vale la pena optar por la democracia. Pero ¿cuántos hubieran estado de acuerdo -en el momento de la guerra- en postergar la reivindicación de las Malvinas en pago de la democracia? Silenciar estas preguntas contribuye a la confusión. Pregunta que vertiginosamente (es decir, que produce vértigos) nos lleva a esta otra: ¿realmente interesa sustancialmente la democracia a la mayoría de los argentinos?

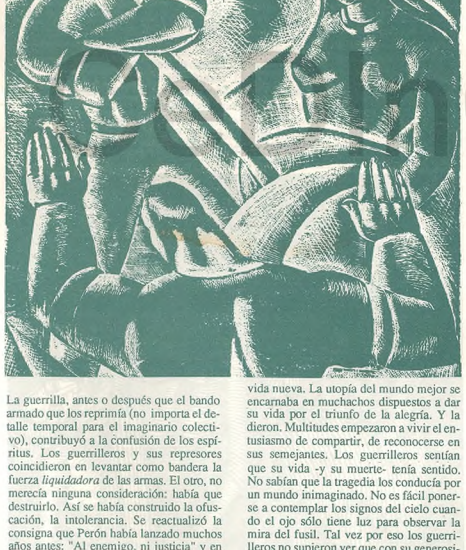
El olvido confunde. ¿Qué es lo que no se quiso recordar cuando Alfonsín mencionó a los "héroes de las Malvinas"? ¿Qué resultaba innombrable? Imprevistamente se dijo que había existido una guerra, se dijo que a quienes se los designa como héroes creen que son héroes (y por lo tanto superiores al resto de los mortales). Al condenarlos se pone en cuestión la aureola de pureza que parece distinguirlos. Ese día en la Plaza de Mayo el salto había sido dado. Los héroes debían ser condenados. El destino -la gran memoria- triunfaba sobre una historia hecha de olvidos. No fueron suficientes las palabras. Nuestro rostro no se atrevió a reflejarse en las Malvinas. No nos internamos en esas brumas y "semana santa" siguió siendo parte de la confusión.

Una guerra que venía depués de otra. La guerra de las Malvinas era la culminación de la guerra "contra la subversión". Es demasiado simple, y seguramente equivocada, la difundida idea de que la guerra de las Malvinas fue un invento de militares que querían limpiar su imagen tras la "guerra sucia" que habían llevado durante los años anteriores. Los militares no dudaban de la justicia que los acompañaba en su guerra contra la subversión, del heroísmo que habían desplegado, del rescate que la historia haría de su accionar. Ningún dato indica que se sintieran culpables de algún error sustancial. Se sentían triunfantes y los triunfadores raras veces meditan sobre la legitimidad ética de los medios utilizados. Otras eran las fatigas que empezaban a mostrar el cuerpo de las fuerzas armadas y de la parte de la sociedad que las acompañaba. No los métodos con los que había aniquilado la guerrilla. Habían optado por la lucha clandestina, sin cuartel y sin piedad. Timerman (*Preso sin nombre, celda sin número*, p. 51) relata la opinión de un oficial de marina en 1976, después del golpe militar: "-Si exterminamos a todos (los terroristas), habría miedo por varias generaciones (...) Todos... unos 20.000. Y además sus familiares. Hay que borrarlos a ellos y a quienes puedan llegar a acordarse de sus nombres". No fue fácil identificar las manos que ahora defendían la soberanía -contra los ingleses- con aquellas que habían dado muerte a millares de argentinos. Aldo Rico vino a decirnos que eran las mismas. Es cierto que la "guerra contra la subversión" se había hecho al margen del pueblo y que el terror que difundía sofocó los intentos de protesta. Pero es dudoso que sólo por temor una buena parte de la población no haya reclamado. Torcuato Di Tella lo dice con menos vacilaciones (*La ciudad futura*/ 8-9): "No es por disculpar a los militares de los horrores que cometieron, pero la verdad es que todos estamos metidos en la etiología del fenómeno. Y hay tantos civiles como militares (en realidad, más) involucrados en la comisión, apoyo o apañamiento de esos horrores. Y eso que exceptúo de la cuenta a los que meramente dieron una "anuencia indebida"; porque entonces incluiría a una proporción excesiva de la población". El olvido también aquí llama a la confusión.

El tema de la violencia aún no parece encontrar un clima adecuado para su reflexión en la Argentina. Los muertos, mi muerto, seguirán sin sepultura y no tendrán calma hasta que los silencios duros y los silencios rumorosos no se abran a las palabras. La voz no habrá que esperarla de quienes se negaron a señalar el lugar de las sepulturas porque se conjuraron para afianzar su victoria. Ni de quienes se obstinan en negar la muerte para ho evidenciar la derrota: "Con vida los llevaron, con vida los queremos" es una consigna que obnubila, irrespetuosa para el martirio de las víctimas. Ningún juez terrenal saldará las cuentas y ningún dios tolerará el olvido: el destino siempre llamará a la puerta. Nuestro espíritu confuso debería abrirse al contradictorio mundo en vez de pretender un artificioso orden sin sobresaltos. Reconocer, reconocernos en la muerte y hacer posible la vida. "Rodolfo Walsh desapareció en circunstancias poco claras el 25 de marzo de 1977, en uno de los tantos hechos que quisieramos olvidar", dice una nota bibliográfica en *La Nación* del 24/1/88. Mientras tanto todos saben -incluído el autor de la nota- que Rodolfo Walsh fue un militante montonero y que por su militancia fue secuestrado y asesinado. ¿Por qué resulta incómodo reconocerlo?. ¿Por miedo a aparecer como justificando el crimen?. ¿Por miedo a ser sospechoso de complicidad con la guerrilla por elogiar a un escritor montonero?. La violencia en la Argentina, desde la década del sesenta hasta el derrumbe de las Malvinas, tuvo forma de dos guerras de inquietante recuerdo. Deberíamos sorprendernos de lo poco que hablamos de ellas. Negar la guerra interna que tuvo a la guerrilla como protagonista puede tener validez de alegato jurídico, pero clausura la posibilidad de ver el camino recorrido, de salir de la confusión. Sin una concepción de guerra sustentada en reconocibles premisas teóricas, no tenía sentido el accionar que adoptaron las guerrillas en la Argentina. No sólo aparece en los documentos doctrinarios de las organizaciones armadas; era la consigna que debía popularizarse como parte de una política que tendía a polarizar las opiniones. "Ayer fue la resistencia/hoy Montoneros y Far/y mañana el pueblo entero/en la guerra popular", se agregaba a la Marcha Peronista en las concentraciones donde esta estrofa resonaba con énfasis. "Compañeros, no le podemos dar más vueltas. No podemos seguir llamando simplemente represión a lo que es una guerra", escribía Rodolfo Galimberti en la revista *La causa peronista* (27/8/74). Ya se lo explicaban los Montoneros a Perón en una carta del 9/2/71: "Tenemos clara una doctrina y clara una teoría de la cual extraemos una estrategia clara: el único camino posible para que el pueblo tome el poder e instaure el socialismo nacional, es la guerra revolucionaria total" (*La causa peronista*, 3/9/74).

¿Por qué negar la guerra, como se la negó durante el juicio a los Comandantes? Existía, tal vez, la sospecha de que si se la hubiera aceptado serían menos punibles los delitos aberrantes de los represores. Se ocultó la guerra, tal vez, para hacer más abominable la crueldad. Se eludió la condición de guerrilleros de muchas de las víctimas, porque si se la hubiera aceptado a lo mejor hacía menos graves las acusaciones. Es verdad que existieron víctimas de la represión que nada tenían que ver con la guerrilla. Pero las torturas que les infligieron, la muerte anónima a la que se los condenó, no fueron más execrables que las que sufrieron los militantes armados. En los campos de concentración nazis, como se sabe, la inmensa mayoría eran judíos. Sin embargo algunos subrayan sistemáticamente que *no sólo* había judíos en los campos. Aunque es verdad, se puede sospechar una especie de temor: si *sólo* fueran judíos, si no hubiera habido otras víctimas, la culpa de los asesinos podría atenuarse. Cuando se procede así, ¿se quiere señalar la magnitud del genocidio o se prejuzga que la opinión pública se encuentra predispuesta a no enjuiciar tan gravemente a los nazis si sólo mataban judíos?. El ocultamiento de la condición de guerrilleros de muchos de los que sufrieron el escarnio de los centros represivos en la Argentina, alimenta sospechas similares. ¿La indignación ciudadana sería menor si se verifica que las víctimas estaban vinculadas a la lucha armada?. De esto debería hablarse para que la confusión se empiece a despejar.

Es posible que no haya llegado a tiempo: los temores aún nos paralizan. Pero en algún momento tendríamos que horadar los miedos. Por capas sucesivas, hasta que podamos mirarnos a los ojos sin sospechas. Empezando por desentrañar las causas de ese temor. La represión de la dictadura -implacable, sorda a toda clemencia, ajena a cualquier moral- tuvo como objetivo destruir a la guerrilla en un escenario -el país- donde la violencia había crecido hasta el límite del espanto. La sociedad entera fue sumergida en el terror. Pero ¿es verdad que la sociedad entera *sufrió* el terror?. La pregunta puede resultar mortificante, aunque resulta ineludible si queremos avanzar hacia ciertas claridades. Estoy lejos de intentar una acusación colectiva. La pregunta que sigue pretende atravesar otra opacidad: ¿por qué debía la sociedad padecer el mismo terror que los guerrilleros o que esa amplia faja de la población que simpatizó con ellos? Los guerrilleros habían contribuido a "naturalizar" la sangre, habían pugnado por generalizar la guerra, habían aceptado instrumentalizar la muerte.



La guerrilla, antes o después que el bando armado que los reprimía (no importa el detalle temporal para el imaginario colectivo), contribuyó a la confusión de los espíritus. Los guerrilleros y sus represores coincidieron en levantar como bandera la fuerza *liquidadora* de las armas. El otro, no merecía ninguna consideración: había que destruirlo. Así se había construido la ofuscación, la intolerancia. Se reactualizó la consigna que Perón había lanzado muchos años antes: "Al enemigo, ni justicia" y en el mismo sentido se interpretó alguna frase de la carta con que Perón respondía a los Montoneros: "... por sobre todas las cosas, han de comprender los que realizan la guerra revolucionaria que en esa "guerra" todo es lícito si la finalidad es conveniente" (*La causa peronista*, 3/9/74). Firmenich llevaba la solidaridad de su organización a los obreros de Smata, en Córdoba: "Si es necesario aquí pondremos sangre montonera" (*La causa peronista*, 13/8/74). Coherentemente, se alentó el golpe de estado de 1976: "Hay quienes piensan que esto (la participación directa de los militares en el gobierno) es lo que hay que evitar. Son los reformistas de siempre. Los que determinan eternamente su política por la del enemigo (...). El reformismo esgrime siempre el fantasma del golpe. Prefiere un golpe cada día. Dicen que el recambio será todavía más represivo y violento. Sin duda sus formas externas pueden ser peores, pero olvidan que la capacidad de respuesta popular es muy superior cuando tienen un claro enemigo enfrente" (Rodolfo Galimberti, en *La causa peronista*, 3/9/74). Es ilustrativo señalar que el número en que escribía Galimberti, fue el último de *La causa peronista*. En él, Eduardo Firmenich y Norma Arrostito narraban minuciosamente cómo habían secuestrado y luego ejecutado a Pedro Eugenio Aramburu. Unos días después, los Montoneros pasaban -voluntariamente- a la clandestinidad.

El miedo y la confusión se había asentado en la sociedad. Una buena parte de ella no tenía por qué padecer el terror que se ofrecía como condición para concluir con aquel estado de cosas. También crecía el pánico en esa numerosa capa de argentinos que había hecho suya la euforia guerrillera: habíamos preferido no padecer el terror. Los guerrilleros habían atraído a una masa nada desdeñable. La algarabía juvenil con que empuñaban los fusiles prometía justicia, libertad; más aún, prometía una vida nueva. La utopía del mundo mejor se encarnaba en muchachos dispuestos a dar su vida por el triunfo de la alegría. Y la dieron. Multitudes empezaron a vivir el entusiasmo de compartir, de reconocerse en sus semejantes. Los guerrilleros sentían que su vida -y su muerte- tenía sentido. No sabían que la tragedia los concluía por un mundo inimaginado. No es fácil ponerse a contemplar los signos del cielo cuando el ojo sólo tiene luz para observar la mira del fusil. Tal vez por eso los guerrilleros no supieron ver que con su generosidad se tejía lo monstruoso. Cuando Firmenich afirma (*Bohemia*, 9/1/81; reproducido por R. Gillespie, *Soldados de Perón*): "Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un arma, y por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero ¿cuántas masas más?. Esto es el detalle", no está diciendo una simpleza. Lo que estremece de ese pensamiento no es que se haya equivocado en la cuantificación de las presuntas "masas" que habían conquistado. Lo estremecedor es la idea de instrumento. Los 5.000 montoneros muertos son meros instrumentos. ¿También los seres humanos -aunque alimentados, sanos y alfabetos- de la sociedad que imaginaba la victoria guerrillera?.

La instrumentalidad tiene fundamentos: el futuro prometido justifica y borra los sacrificios del presente. Es difícil superar esta concepción metafísica de la vida que imagina como *ya existente* el futuro y que alimenta buena parte del pensamiento occidental. En ese espacio intelectual único se dibujaron los dos grandes proyectos sociales que disputan desde el siglo XIX: capitalismo y socialismo. Ambas utopías, la capitalista y la socialista, que imaginan construir la totalidad del mundo desde la razón secular (desde lo puramente humano), hunden sus raíces en el nihilismo. Es la fe en la nada. No era esto lo que deseábamos quienes durante larga parte de nuestras vidas pensamos que *la revolución* y el socialismo -con o sin violencia- era la forma necesaria para dignificar la existencia y concluir con la injusticia, el agravio y la humillación. En algunos que ahora pensamos que el socialismo *no puede* sino ser la otra cara de esa misma moneda en que se estampa el capitalismo, pero que persistimos en nuestra vehemencia contra la injusticia, el agravio y la humillación, la idea de la revolución comienza a desmoronarse. Su lugar no lo reemplaza ni la resignación, ni el escepticismo. Por el contrario, son las revoluciones las que han contribuido -con sus rostros reales y no los imaginarios que surgen de la fiesta heroica de sus estallidos- a la desazón y al desasosiego. En vez de resignarnos a matar para no ser muertos, quisiéramos pensar que ningún humano tiene derecho a decidir la muerte de otro. En vez de resignarnos a optar por la sociedad "productivista" capitalista o "productivista" socialista, pensamos que el camino hacia el vivir pleno pasa por la negación de la cultura *intrascendente* sobre las que ambas se construyen. Quisiéramos comenzar a horadar el miedo, a abrirnos al mundo (que es el vivir) y no pretender dominarlo (que nos ha llevado a esta opaca insustancialidad de lo homogéneo que hoy crece en todas partes). Así podremos, tal vez, recuperar el sentido de las palabras, en un nuevo Pentecostés que nos rehabilite del castigo babélico.

La última vez que hablé con Pablo fue en Córdoba, en julio de 1976. No fue fácil encontrar una casa que nos cobijara durante algunas horas. Las fuerzas represivas penetraban hasta los últimos escondrijos de los Montoneros. Intenté mostrarle, serenamente, la que la suerte estaba echada. Que era inútil jugar una carta marcada cuya apuesta era la muerte. No me es posible recordar sin ver allí -los cuatro conmovidos por la desesperanza- el rostro ensombrecido de la madre de Pablo; y el de su hermano, sin tiempo en sus 17 años. Pero Pablo, entonces, no tenía madre ni hermano. ("¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Mateo 12,48). El también era "Cristo", su nombre de guerra. "Yo sé que esto es una locura", me dijo Pablo. "Pero está la sangre de los compañeros", me dijo. Se fue solo cuando se marchó, al atardecer, a la casa operativa en la que se refugiaba. ¿Qué había hecho yo, en los 19 años de su vida, para que ahora se fuera solo, sin padre, sin madre, sin hermano?. Su hermano y yo lo habíamos acompañado a tomar un taxi. Podría haber sido su último acto.

Cuando las preguntas superen la confusión, es posible que los miedos alojen sus tenazas paralizantes. Podremos regresar a nosotros mismos, podré encontrarme con mi hijo. Podremos reconocer el bien y el mal. Saber que hay bien y hay mal. Reconocer que no todos somos culpables de todo, pero que ninguno es inocente. Deberíamos empezar con las preguntas ahora, aunque no estemos a resguardo de los riesgos. O tal vez deberíamos, simplemente, dar testimonio. Para que yo pueda nombrar a mi hijo y entonces nombrarme.

Una palabra con historia

Ideólogo

Carlos Altamirano

La atribución del término "ideólogo" por parte del subsecretario del Interior, Octavio Gauna, a uno de los detenidos por el secuestro y asesinato de Osvaldo Sívak, bien vale como hipotético acicate para una revisión de esta palabra y de su nutrida carga semántica. En este repaso se observa su ligazón con el concepto de ideología, y también como éste es considerado como lo opuesto al conocimiento objetivo.

En la reunión de prensa en que se dio a conocer la primera versión oficial del desenlace que había tenido la investigación del secuestro de Osvaldo Sivak, el subsecretario de Interior afirmó que, según los datos a su disposión, el *ideólogo* del grupo que había raptado y asesinado al empresario era uno de los delincuentes capturados, el policía Bulletti. El funcionario no proporcionó más información en cuanto al modo en que el acusado desempeñaba ese papel. Pero, de acuerdo al conjunto de noticias ofrecidas en la ocasión y en los días que siguieron, la función de Bulletti había sido la que suele identificarse -en un lenguaje policial más tradicional- como la de "jefe", "cabecilla" o, cuando se busca subrayar la dimensión intelectual de la tarea, "cerebro" de una banda. Por otra parte, las características del personaje y las faenas en que aparecía implicado (las de un maleante con investidura policial) no eran de las que evocan el ejercicio de la inculcación doctrinaria, la agitación de ideas o cualquiera de las actividades que se acostumbraba a asociar, hasta ahora, con la noción de ideólogo.

Dicho más directamente: resultaba difícil sustraerse a la impresión de que la imputación del señor Juan Octavio Gauna ponía en circulación pública un nuevo uso -seguramente el menos honroso de los que había conocido- de este término tan corriente en el vocabulario político e intelectual de nuestro tiempo, un uso que la prensa registró pasivamente, acaso sin valorar como era debido la innovación. No se trata, por supuesto, de sugerir que el imputado carezca de ideas. Es seguro que, como todo el mundo, dispone incluso de una cosmovisión. Parafraseando un poco a Gramsci podría decirse, sin embargo, que si bien todo el mundo posee alguna ideología, no todos desempeñan -en la división del trabajo- el papel de ideólogos. Tampoco se trata de ignorar lo que podría llamarse el contexto de la declaración del subsecretario (comenzando por el ambiente de versiones y de sospechas que desde el comienzo anudaron, en torno al "caso Sivak", el delito y la política). O sea, no se trata de ignorar que: 1) la atribución de un papel ideológico al sujeto mencionado suponía alejar la posibilidad de que estuvieran involucrados -como inspiradores, cerebros, jefes, etc.- personajes de mayor rango, aun cuando en esa dirección apuntaban las declaraciones de los familiares de Sivak; 2) desde el propio Ministerio del Interior, su anterior titular había hablado, a propósito de este caso y de otros delitos, de la "mano de obra desocupada", eufemismo que remitía a individuos y grupos integrados a las tareas de represión bajo la dictadura militar, lo que reforzaba la impresión de que los responsables no eran delincuentes comunes; 3) la investigación había tenido vaivenes oscuros y trámites poco ordinarios, lo que se sumaba a la filiación judía de la víctima -dato que se reproducía en la mayor parte de los secuestros de personas acaudaladas- y a la identidad política que algunos atribuían a la familia Sivak, todo lo cual cooperaba a la atmósfera que rodeaba al crimen, así como incrementaba las sospechas que conectaban a sus ejecutores a una de las agencias del amenazador mundo de los "servicios".

Estos elementos formaban parte, sin duda, del contexto en que el funcionario hizo la imputación. Pero, ¿bastaban para propiciar el hecho de que el término ideólogo asumiera la acepción que lo convertía en atributo del tal Bulletti?

Es verdad que tanto "ideólogo" como la palabra de donde derivaba, "ideología", conocieron la mala fama intelectual y política desde sus mismos comienzos, lo que ha formado parte -podría decirse- de su afortunada carrera en el lenguaje de la cultura moderna. Recordemos un poco: Condorcet, Cabanis, Destutt de Tracy, Volney (el de *Las ruinas de Palmira*, uno de esos títulos que a los argentinos nos vienen a la memoria sólo porque forman parte de las lecturas juveniles de Alberdi o Sarmiento)... Los nombres de estos pensadores no son de los que evoca con orgullo la tradición filosófica francesa. Integran más bien un capítulo menor y un tanto vulgar para la vanidad espiritual de esa tradición. Contemporáneos de la revolución francesa y herederos del iluminismo (son sus representantes tardíos), no exhibirían ni el talento teórico de algunos de sus grandes antecesores, ni las virtudes literarias de los otros. La Ideología -término introducido por de Tracy-, o ciencia de las ideas, daría nombre a la escuela filosófica con la cual se los identificaría. Sobre la base de una teoría sensualista del conocimiento, que reelaboraba un filón empirista preexistente, la Ideología era concebida como una suerte de ciencia primera o fundante que debía dar cuenta de la formación de las ideas -mediante el análisis, la descomposición y la recomposición del proceso ideativo- a partir de la instancia original que eran las sensaciones. En ese saber primero -dado que las diferentes ciencias constituían diferentes combinaciones de ideas-, se articularían la lógica y la gramática (Georges Gusdorf, *La conscience révolutionnaire*. Les idéologues, 1978).

Nada, pues, más parecido a lo que se conoce como una gnoseología precrítica. Sin embargo, Gusdorf, en el largo volumen que lleva el título citado, y Sergio Moravia, cuyos trabajos eruditos sobre la escuela "ideológica" francesa el mismo Gusdorf reconoce como fundamentales (*Il tramonto dell'Iluminismo*, 1968 y *La scienza dell'uomo nel Settecento*, 1970), rescatan no el vuelo especulativo ni la novedad filosófica de la Ideología, sino la vasta y múltiple obra de investigaciones y estudios que sus adherentes animaron en el terreno que más adelante se conocería como el de las ciencias humanas (antropología, etnografía, geografía, etc.).

Pero los "ideólogos" no eran filósofos que sólo quisieran interpretar el mundo: querían también transformarlo, es decir organizarlo de acuerdo a un diseño racional. Liberales y antijacobinos se alinearon, en los sucesivos capítulos de la revolución francesa desde 1789 hasta el Imperio, junto a las alas moderadas del proceso. Su ideal era el de la república constitucional y de propietarios, regida por "notables" bajo la guía espiritual de los "supernotables" que eran los propios intelectuales-ideólogos. Actuarían a la manera de grupo de presión, un poco como nuestros nacionalistas y, como éstos, serían más bien desafortunados en sus experiencias políticas. Tuvieron ocasión, es verdad, en los años que sucedieron a la caída de Robespierre -los años del Directorio y de la república burguesa- de promover algunos de sus grandes proyectos de reforma en el campo de la organización institucional de la cultura y el saber (ordenamiento de la instrucción pública, de la universidad, de la investigación científica). Fuera de este terreno -en que hicieron su contribución mayor a la historia intelectual francesa, según Gusdorf-, la acción política no fue propicia para la asociación de sabios que se identificaban con la escuela "ideológica": eran otros, individuos y grupos menos ilustrados, pero más prácticos y hábiles (incluso para instrumentar las aspiraciones de los ideólogos), los que terminaron controlando las relaciones de poder.

El percance político que les dio su mayor (mala) fama posterior, la imagen de oscilación entre el oportunismo y la abstracción doctrinaria (A. Illuminati, *Società e progreso nell'iluminismo francese*, 1972), fue el de la alianza con Napoleón, a quien apoyaron en el golpe de estado del 18 Brumario. Mejor dicho: tomaron parte en la preparación del pronunciamiento que llevó a Napoleón al poder y abrió paso a la dictadura militar y a la instauración del Imperio. Bonaparte, un ex jacobino de amplias lecturas, había cultivado el trato con los miembros de la escuela y éstos lo escogieron como el hombre de la situación, la espada republicana capaz de restaurar el orden -contra los jacobinos, por un lado, y contra los partidarios del "antiguo régimen", por el otro- y ponerlo al servicio de las prerrogativas del talento ilustrado: un general "ideológico". La alianza duró muy poco. Ya en el poder, Napoleón demostró que tenía sus propios criterios acerca de cómo volver a la paz social y política: persiguió a los jacobinos, negoció con los monárquicos y devolvió a la iglesia su poder temporal. Demostró también que no estaba dispuesto a someter sus iniciativas al juicio de sus sabios aliados de ayer, de quienes pedía adhesión, no consejo. Ante el giro de las cosas, los doctrinarios de la Ideología se negarían a colaborar con el nuevo orden, lo que no hizo sino despojarlos de toda influencia -incluso de la que habían logrado en el campo de la organización cultural-, para terminar en un silencioso exilio interior que duró hasta la caída de Napoleón.

El general no perdonaría nunca a los intelectuales su orgulloso distanciamiento. En realidad, fue él quien acuñó el término ideólogo -los teóricos de la escuela se reconocían entre sí como *ideologistes*, no como *ideologues*-, término al que le confirió valor irónico y peyorativo, y con el que acusaba a sus ex aliados de razonadores "metafísicos", retóricos hábiles para armar frases que pretendían que el orden y la autoridad se fundaran en principios doctrinarios, pero que carecían de sentido de realidad y eran incapaces de comprender los imperativos de la conveniencia política. (Como se ve, nada nos lleva por este lado a la imputación del señor Gauna, ni a las actividades del señor Bulletti.) Napoleón volvería contra ellos también, en más de una ocasión, el reproche de ser hostiles a la autoridad y al orden, de no haber hecho, en última instancia, más que conspirar contra esos principios desde 1789. (Aquí ya hay algo: la conexión del ideólogo con la infracción o, más bien, la conexión del ideólogo con la instigación a la infracción.) Aun después del descalabro de la campaña de Rusia, el general señalaría acusatoriamente a los ideólogos: "Es a la ideología, a esa tenebrosa metafísica que, al buscar con sus sutilezas las causas primeras, quiere fundar sobre esas bases la legislación de los pueblos, en lugar de adecuar las leyes al conocimiento del corazón humano y a las lecciones de la historia, a la que hay que atribuir todas las desgracias que ha experimentado nuestra bella Francia" (cit. en Moravia, *Il tramonto...*).

El episodio de Napoleón y los "ideólogos" ha sido considerado un caso arquetípico de las tribulaciones del intelectual moderno en sus relaciones con la política y el poder político (Z. Bauman, *Legislators and Interpreters*, 1987). Pero aquí sólo lo hemos evocado como parte de la prehistoria de las nociones de "ideólogo" e "ideología". No se ignora que el ingreso de esos dos términos al vocabulario de la teoría social y de la política modernas tuvo otra vía de acceso: la que abrieron Marx y el discurso marxista. En realidad, fue en el ámbito de la concepción materialista de la historia donde "ideólogo" e "ideología" asumieron el carácter de nociones de alcance general, liberándose de la referencia a la escuela filosófica que representó el último capítulo de la Ilustración francesa. De cualquier modo, en Marx y en Engels los términos poseen todavía un valor crítico o negativo, si bien los reformularon dentro de una teoría del proceso histórico.

En esta reformulación el concepto de ideología engloba el campo social de las elaboraciones intelectuales, y las formas que ella asume -místicas, religiosas, filosóficas, artísticas, etc.- son articulaciones de la "conciencia social", que corresponden a (y están determinadas por) las formas sociales de la "producción y reproducción de la vida material", base real de la existencia histórica. La ideología, el "medio ideológico", es asimismo el terreno donde los hombres "toman conciencia" de sus intereses dentro de los antagonismos que dividen el mundo social, lucha de clases arraigada en la estructura de la producción material que constituye no sólo la base sino también el foco de irradiación de las transformaciones históricas. Al proporcionarle sus formas y sus figuras, la ideología opera como un sublimador de esos intereses, confiriéndoles significados y fines más o menos imaginarios. La ideología no es, pues, la verdad de la acción histórica.

El punto de vista "ideológico" (que, para Marx, es el punto de vista del "ideólogo", categoría asociada a la división del trabajo y a la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual) es el que invierte el orden de dependencia entre los fenómenos del mundo social -pone a éste cabeza abajo-, es el que pretende explicar las constelaciones discursivas por sí mismas y, más aún, el que supone que sean las ideas las que mueven la historia. En este sentido, la realización consumada del razonamiento ideológico sería el idealismo filosófico. Pero ni la ideología ni el ideólogo así entendidos equivalen al engaño o a la voluntad de engañar (como en ciertas imágenes iluministas de la religión y el cura): son configuraciones socialmente determinadas, etc.

En la evolución posterior del marxismo -en realidad, cuando el discurso de Marx se convierte en marxismo-, esta acepción crítico-negativa de ideología e ideólogo sólo se conservó en algunas de las interpretaciones del legado de los fundadores. Y dichas interpretaciones, muy variadas entre sí, por otra parte, han sido más frecuentes dentro de lo que Perry Anderson llama, extendiendo el significado original de la expresión, "marxismo occidental" (*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, 1977). A ese marxismo -en cuyas filas han predominado los filósofos y que desarrolló su principal línea de elaboración en torno a cuestiones epistemológicas y al análisis de los discursos sociales- pertenece la mayor parte de los textos donde la noción de ideología equivale a representación ilusoria de la realidad.

En las corrientes de mayor gravitación, por su trascendencia política y su peso institucional, el término ideología perdió su sentido crítico-negativo. Se volvió más o menos intercambiable por doctrina, sistema de ideas, pensamiento, ya sin referencia intrínseca a su opuesto: el saber verdadero (científico, crítico, materialista, etc.). En algunos casos, el marxismo mismo terminó por ser considerado una ideología, ideología científica o de clase, contrapuesta a otras, también caracterizadas por sus valencias de clase (ideologías burguesa, pequeñoburguesa, etc.). Más aún: a medida que el legado de Marx se fue convirtiendo en cuestión de autoridades institucionalizadas, que definían la interpretación recta frente a las heréticas, la tarea de controlar y administrar la ideología se transformó también en un cargo partidario.

Lanzados a la corriente por el discurso marxista, "ideología" e "ideólogo" hicieron su propia carrera en otros ámbitos del pensamiento social y político contemporáneo. La sociología del conocimiento, de la cultura, de la política, la historia social y diversas epistemologías, se apropiaron de ello, reteniendo, a veces, algún eco de su empleo marxista originario, y otras sin ningún vínculo con ese uso, cuando no en contra de él. Sería imposible resumir en pocas líneas la diversidad de acepciones que acompañaron al término ideología al conocer tal expansión (el libro de Kurt Lenk, *El concepto de ideología*, 1974, proporciona una útil, aunque parcial, selección de textos sobre el tema). Podría entresacarse, sin embargo, un elemento general dentro de esa diversidad de registros en que aparece la noción de ideología: reputada como inevitable o, por el contrario, posible de ser eliminada mediante la crítica, considerada como vehículo de los juicios de valor, como manifestación de actitudes afectivas (no teóricas) frente a la realidad, como racionalización de prejuicios o de intereses, en cualquier caso la ideología es lo contrario al conocimiento objetivo.

No quisiéramos demorarnos más en esta disgresión que nos lleva siempre a vías muertas si se trata de imaginar el recorrido que hizo el término ideólogo para acabar, tan naturalmente, como atributo del jefe de una banda de pistoleros. (Si ese jefe tiene, a su vez, otros jefes es una cuestión abierta, aunque se trata de otra cosas.) Pero, antes de concluir, quisiéramos volver a algunos de los reproches de Napoleón a los "ideólogos", de donde extraeremos una hipótesis enteramente especulativa -ideológica, si se quiere- sobre los efectos de la contaminación. Ya recordamos que el general censuraría a los "ideólogos", entre otras cosas, por haber impulsado la subversión de la autoridad y el orden desde 1789. No eran, pues, sólo espíritus especulativos y poco prácticos, sino incitadores de la transgresión. Ahora bien, hay una fuerte afinidad entre este reproche y la línea interpretativa conservadora de la revolución francesa: ésta habría tenido su causa en la obra de los philosophes y en la actividad impía de los hombres de letras, agrupados en logias y "sociedades de pensamiento". Tesis conspirativa para la cual la revolución no tenía en la sociedad francesa otras raíces ni otros focos de insatisfacción o de rebeldía política que no fueran las que habían estimulado y seguirían estimulando hasta el final las élites ilustradas (o, para emplear el término que se haría más frecuente en nuestro siglo: los ideólogos). Desde que Edmund Burke -contemporáneamente a la revolución- le diera su primera versión a esta línea interpretativa, la tesis, muy influyente en los círculos del tradicionalismo católico, habría de conocer variantes (con más o menos maquinaciones masónicas) durante el siglo XIX y hasta llegar al nuestro. Incluso François Furet (*Pensar la revolución francesa*, 1978) rescataría una de ellas por sus méritos sociológicos: la de Agustin Cochin.

Nacido no sólo para dar cuenta del acontecimiento revolucionario, sino también con el ánimo de condenarlo, el esquema conspirativo de la interpretación se convirtió con el tiempo en un modelo disponible para usos más actuales. En esta tradición, el ideólogo ya no sería alguien que anda en las nubes de la metafísica o tiene una representación imaginaria del mundo social. Sería, más bien, un personaje avieso, dedicado a erosionar las tradiciones y a complotar contra el orden constituído: un infractor o un promotor de la infracción. (No creemos estar forzando demasiado esta lógica contaminatoria: según Kurt Lenk (*El concepto...*), Hitler, en un discurso de 1923, responsabilizaba de la revolución alemana de 1918 a "ideólogos, criminales y bandidos".) Como todas las cosas del espíritu, y aunque no estuvieran entre sus manifestaciones más elevadas, tanto la interpretación como el esquema conspirativo hallarían en nuestro país, desde mucho tiempo atrás, gente hospitalaria y dispuesta a hacer un activo uso de ellos.

Para señalar un ejemplo cercano y nada libresco del eco que tuvo entre nosotros el esquema: todos podemos recordar que bajo el último régimen militar sus portavoces lanzaban periódicamente intimidatorias advertencias a los ideólogos, ocultos en sus guaridas tras haber corrompido con su prédica a los que se lanzaron a la violencia. La presunción del delito cayó también sobre las ideas. (Como en el modelo original, todo remitía a la obra de predicadores y la conspiración también había caído como rayo en cielo sereno.) Se puede pensar, es claro, que aquello era parte del lenguaje terrorista del régimen y que, después de todo, muchos intelectuales se habían hecho partidarios de la acción directa, cuando no se enrolaron personalmente en ella. Sin embargo, basta observar lo que ocurre en nuestros días para comprobar que no fueron las circunstancias inmediatas las que dictaron el esquema que asociaba al ideólogo con la maquinación de un complot. ¿No proviene acaso de la misma matriz el tema de la estrategia gramsciana como nueva forma, con sus correspondientes ideólogos, de la acción conspirativa? ¿O las referencias a la "infiltración" de la izquierda (en esta tradición la izquierda es el mundo de la Ideología por excelencia) en la cultura y los medios de comunicación, lo que supone que el individuo de izquierda sólo puede actuar en esos ámbitos como "infiltrado", es decir ilegítimamente? La naturalidad con que los diarios tradicionales suelen recoger estos productos del espíritu inquisitorial -cuando no los promueven, como en el caso de *La Prensa*-, revela que los círculos de la intolerancia de derecha no se hallan confinados en la cultura militar.

Para redondear, finalmente, la hipótesis: si ideólogo es el que instiga a delinquir contra el orden y la autoridad, ¿por qué el jefe, el cerebro de una asociación de delincuentes no ha de ser también un ideólogo? Las contaminaciones a que nos acostumbró el vocabulario persecutorio de algunos años atrás habrían creado las condiciones, por así decirlo, para que la imputación de ideólogo cayera sobre Bulletti. Pero, ¿no habremos abusado de una expresión ocasional y sin trascendencia para traer a colación toda esta historia? Es posible. De cualquier modo, cabe también preguntarse si en esas expresiones ocasionales no se descarga, a veces, algo de la ideología que se lleva sobre los hombros (incluso sin que el portador lo sepa, como suele ocurrir con la ideología según su definición marxista clásica).

EL KIOSCO DE LA ESQUINA DE LA FLOR CRECIO PORQUE LA EDITORIAL YA ES MAYOR DE EDAD
Y TIENE RAZONES PARA AGRANDARSE

Nuestros libros y nuestros lectores ya no cabían en el espacio habitual que ocupábamos en la Feria del Libro. Por eso, este año lo duplicamos. Visítenos, y podrá encontrarse mucho más cómodamente con Leo Masliah y sus dos novelas; con *La granada* y *La batalla* de Rodolfo Walsh; la última novela-testimonio del chileno Fernando Alegría: *El evangelio según Cristián el fotógrafo*; con Fontanarrosa presentando el Nº 13 de *Inodoro Pereyra* y su *Fontanarrosa y los médicos*; *Amulfo o los infortunios de un príncipe*, del novel fáustico Daniel Guebel y *Mingal*, la misteriosa y original obra de Jorge Di Paola; con el nuevo libro para chicos de Italo Calvino ilustrado por Juan Marchesi, *La ciudad cubierta de nieve*; con Ramón Plaza, cuya novela *Dónde queda ese país* exige una respuesta sobre la identidad argentina; con Paul Kon y Martín Kovensky recitando y dibujando *Sobras de arte*, un libro "moderno" y delirante; y con Umberto Eco y Ariel Dorfman y también el Nº 9 de la colección "Papeles del Sela", *El reto informático y sus implicaciones sobre América Latina* (Sela-Ibi. Edson Fregni); y *Sí, cariño*, con Quino firmando ejemplares y Alsina Thevenet celebrando el éxito de sus dos homéricas *Enciclopedias de datos inútiles*. Y mucho más, pero se nos acabó el espacio. Habrá que duplicarlo (el año que viene).

Ediciones de la Flor
1967-1988: Una editorial mayor de edad
Anchoris 27, 1280 - Buenos Aires
Stand Nº 63 en la Feria del Libro

Conversación con Klauss Offe

Razón y política: el poder de las instituciones

Francisco Colom González

A pesar de la importancia de su obra, en especial sus estudios sobre el estado, Offe apenas ha sido traducido a nuestro idioma. Procede en cierta medida de la línea del marxismo de la Escuela de Frankfurt, pervive en él la intención de una sociología crítica que no se concibe a sí misma según el modelo positivista ni separada de la praxis social. La obra de Offe debe enmarcarse en el ámbito de esa nueva cultura política de izquierda que se ha visto obligada a cuestionar lo que Habermas calificó de "ortodoxia tácita" del marxismo occidental. Esta conversación fue publicada en *Leviatán* 39/40.

Buena parte de su trabajo en el campo de la sociología política puede entenderse como un análisis crítico de las relaciones institucionales de poder en los sistemas políticos del capitalismo tardío. Ese carácter crítico queda expresado en su rechazo del modelo de análisis pluralista/típico de la sociología liberal, que da por supuesta una diáfana correspondencia entre los mecanismos políticos de representación, competencia y decisión. Por el contrario, Ud. ha resaltado las restricciones institucionales que parlamentos y partidos políticos ejercen sobre la formación democrática de la voluntad, así como las relaciones existentes entre los mecanismos reproductores de la economía capitalista y las posibilidades de tematización de motivos políticos en la esfera pública. Para este tipo de análisis ha recurrido Ud., en el curso del tiempo, a distintas tradiciones teóricas (marxismo, teoría de sistemas, teoría de la decisión racional) e incluso se ha definido sin reparos como metodológicamente ecléctico. ¿Existe en su obra, pese a ello, algún tipo de perspectiva metodológica básica para el análisis de las relaciones políticas de poder en las sociedades tardocapitalistas? Me refiero en concreto al esquema tridimensional del concepto de poder elaborado por Steven Lukes, suponiendo que acepte Ud. semejante división.

Quisiera decir, en primer lugar, que considero la obra de Lukes sobre el poder, así como otros ensayos suyos, de suma importancia y estímulo. Sin embargo, no veo en ella un desarrollo, siquiera esquemático, de una teoría científico-social. Respondiendo a su difícil pregunta, debo decir, honestamente que no existe semejante figura argumentativa básica que subyazga metodológicamente a todas mis reflexiones. Mi pretensión no es elaborar una filosofía de las ciencias sociales o una teoría sociológica de la acción, sino que posee quizá un carácter más bien normativo. Esa norma es, en cierto sentido, una norma de racionalidad. A partir de ella se plantea la siguiente cuestión: ¿bajo qué condiciones pueden recobrarse para la conciencia, comprobarse y ser tenidas en cuenta las consecuencias fácticas de las acciones de los sujetos? Es por tanto la norma de la responsabilidad la que en calidad de principio normativo cuestiona empírica y teóricamente aquellas situaciones en que obramos "ciegamente", en cuáles de ellas dichas acciones provocan efectos secundarios, costes sociales y brutalidades, sin que se llegue a pedir cuenta de las mismas.

A este respecto existen en la tradición marxiana dos conceptos que considero sumamente importantes. Uno de ellos es la idea de una contraposición entre apropiación privada y producción social. La privacidad de la producción es, sin embargo, aparente. En realidad, cuando entramos en relaciones de mercado, cuando producimos, generamos una socialidad inconsciente, irresponsable e incontrolable de nuestra vida. Esta desproporción es quizá en parte inevitable, incluso inocua, pero muchas de las cosas que hacemos sin poder controlarlas voluntaria y conscientemente no son ni necesarias ni inocuas, sino perjudiciales, explotadoras, destructivas y peligrosas. El otro concepto relevante de la obra de Marx -la famosa frase del *18 Brumario*- afirma que los hombres realizan su propia Historia, pero sin conciencia de ello. Ahí se halla implícito el ideal de un control consciente del carácter social de las relaciones vitales. No es, pues, una teoría elaborada, sino este normativo normativo de una crítica de la sociedad lo que me lleva a plantear las cuestiones de las que me ocupo.

Relacionado con esta cuestión puede mostrarse que el sistema de las relaciones de dominación política se presenta bajo la pretensión legitimante de su generalidad, es decir, bajo la pretensión legitimante de normas universalistas, mientras que, por otra parte, da prueba de selecciones inintencionadas o ilegitimables, de efectos encubridores o discriminatorios, de unilateralidades y particularismos no percibidos. Resulta interesante investigar, en el sentido de la citada norma de la "responsabilidad", en qué consisten dichas unilateralidades y en qué instituciones se dan. Eso es lo que pretendo hacer, para lo cual todas las tradiciones teóricas, como la teoría de sistemas, el materialismo histórico, la teoría de la organización y la teoría de la decisión racional son bienvenidas en la medida en que permitan identificar esa distorsión contenida en las instituciones y prácticas políticas de todo tipo.

En este contexto se da obviamente un dilema consistente en que las instituciones poseen siempre la doble naturaleza de posibilitar la acción colectiva, por una parte, mientras que excluyen y hacen imposible determinadas formas de acción por otra. El principio de las reglas de juego o reglas constitucionales es siempre tal que se posibilita una determinada acción mediante la que, a su vez, se excluye otra. La fuerza de la gravedad ofrece una buena analogía: sin ella no podríamos caminar, pero precisamente *porque* existe no podemos volar. Siempre se paga un precio por las instituciones (como la legalidad, por ejemplo), pero el hecho de que se pague semejante precio no es en sí un argumento contra las instituciones. El único argumento contra ellas consistiría en que pudiese demostrarse que favorecen de forma unilateral y particular, que, como dice Marx, representen una generalidad ilusoria, una generalidad no auténtica. Esto significa, positivamente, que la crítica de las instituciones no incide en su cualidad quasi natural como institución, es decir, en su función excluyente de acciones, sino en el carácter discriminatorio e interesado de esa unilateralidad, es decir, en el hecho de favorecer con ventajas a determinados actores y discriminar a otros. Tan sólo en esa medida puede una teoría de las instituciones ser crítica.

En este sentido, ¿ha de entenderse su obra como una "crítica de la ideología"?

Sí, es una crítica de la ideología en tanto que las instituciones del Estado moderno se miden por su pretensión de universalidad -una pretensión por la que también ellas mismas se consideran y legitiman; por ejemplo, la regla de las mayorías-. Ahí se muestra que determinadas cuestiones decisivas se ven prejuzgadas en favor de los detentadores de posiciones sociales de poder precisamente en aquellas formas institucionales en que son planteadas dichas cuestiones. El problema es, pues, la relación entre las formas de dominio político y las posiciones sociales de poder, posiciones que no se asientan tan sólo sobre la propiedad, sino también sobre el poder militar, la división sexual del trabajo, etc.

Estos son ejemplos de cómo puede realizarse un análisis crítico-ideológico de las instituciones, en donde éste no constituye tan sólo una crítica de la ideología, sino una prueba de la particularidad de las mismas. Semejante demostración presupone, sin embargo, la anticipación de formas económicas, culturales y político-institucionales dotadas de una racionalidad *más elevada*, y ésta está, por su parte, gravada con la falibilidad de semejante anticipación.

Nuestra siguiente pregunta se refiere al surgimiento de nuevos criterios políticos de racionalidad en la vida pública. En su ensayo "Social preconditions of corporatism and some dilemmas of democratic theory" *(1984) menciona Ud. tres tradiciones en lo que respecta al papel de las instituciones políticas y a la concepción del poder: a) por una parte, las tesis liberales postularían una función restrictiva y represiva de ese poder, adjudicándole a las instituciones políticas una cierta función "protectora"; b) por otra parte, los modelos socialdemócratas verían el poder como un medio colectivamente generado para la consecución de objetivos sociales; de ahí podría deducirse una interpretación "instrumental" de las instituciones políticas; c) existiría, por último una perspectiva "autonomista", que podría retrotraerse hasta los primeros escritos políticos de Marx y a la obra de Rosa Luxemburg. Desde esta perspectiva se pondría en cuestión la efectividad de los mecanismos institucionales de representación para la defensa de determinados intereses emancipatorios.*

Puede percibirse en el fenómeno de los Verdes en Alemania una cierta repercusión del tercer tipo de argumento, al menos en lo que respecta a la defensa de una práctica extrainstitucional combinada con la actividad parlamentaria. En este contexto me gustaría hacerle dos preguntas.

Ciertamente no puede definirse a los Verdes como un partido convencional, y entre sus objetivos existen algunos que son difícilmente conciliables con un sistema social básicamente capitalista. Ud. ha señalado en su obra los límites absolutos que la lógica de la economía capitalista prescribe al margen de la acción política. ¿Cómo valora entonces el ascenso y las perspectivas de los Verdes?

¿Nos encontramos, quizá, ante una desintegración del modelo burgués de esfera pública?

Permítame que precise la triple clasificación que Ud. ha mencionado al principio.

Pienso que la historia de la teoría política desde el siglo XVII puede reflejarse correctamente, aunque de forma muy simplificada, si distinguimos (y así lo hizo ya T.H. Marshall a principios de los años cincuenta) tres fases sucesivas en la estructura constitucional de los países occidentales. En la primera fase se trataría de la relación del Estado con el ciudadano, del poder político con respecto del "citoyen" individual, que se caracteriza por la *amenaza* del poder del Estado absolutista al individuo, es decir, por los peligros que ese poder estatal representa para su vida y su propiedad. Ese problema en la relación entre Estado y ciudadano se ha solucionado, en la medida en que efectivamente se haya solucionado, mediante el principio de un compromiso jurídico del poder estatal, comenzando con el habeas corpus y seguido por las garantías a la propiedad y al tráfico mercantil fundamentadas según la teoría del contrato o el derecho natural. Una segunda fase de ese desarrollo, que tiene su punto de partida a finales del siglo XVIII en el ámbito de las revoluciones francesa y americana, se correspondería con la idea de que el Estado no es tan sólo una amenaza potencial para el ciudadano particular, sino también un instrumento potencial de todos los ciudadanos para la actuación de la sociedad civil sobre sí misma, es decir, un instrumento de transformación. Esta es la concepción democrática del Estado, que alcanza a comprometer jurídicamente el poder de éste conforme a la idea liberal del Estado de derecho. La instrumentalización del poder estatal tiene lugar en la mayor parte de los países occidentales alrededor de la primera guerra mundial mediante la generalización del derecho al voto y la parlamentarización del gobierno. Tras la segunda guerra mundial se daría la fase más reciente en el desarrollo de la estructura política de las instituciones, que consiste en la consideración del Estado ya no tan sólo como amenaza potencial o instrumento de actuación, sino como una instancia de la que *dependen* el ciudadano y amplias categorías de ciudadanos en lo que respecta a sus condiciones materiales, físicas, sociales y culturales de vida. El ciudadano se ve frente al Estado en una relación de cliente, de necesitado, como alguien que depende de él para la preservación de su existencia y de una justicia social niveladora. Esta es la idea del Estado de bienestar. Estas tres tradiciones en conjunto han dado lugar al modelo democrático-liberal del Estado de bienestar e intervencionista.

Se trata de tres etapas superpuestas en la construcción de la estrucutura política de las instituciones democráticas occidentales. Sin embargo, ha surgido una situación al final del último período, cuyo origen probablemente será señalado por futuros historiadores a mediados de la década de los 70, en la que ya no se mantiene incuestionada la legitimidad y la capacidad funcional de esta triple articulación del sistema de organización política. Ese fenómeno consiste en que la *libertad*, efectivamente, puede ser soslayada y destruida, pero en todo caso no puede preservarse únicamente mediante la sujeción jurídica del poder estatal. Se trata, en definitiva, de que con los instrumentos de la democracia electiva representativo-parlamentaria y de la democracia competitiva de partidos, determinadas cuestiones, determinados temas, no son susceptibles de consideración en los procesos de formación de voluntades y decisiones. Se trata, además, de que el Estado de bienestar se muestra como una figura que introduce elementos destructores de libertad, elementos tutelares, autoritarios y manipulativos en la relación entre Estado y ciudadano sin que, a su vez, pueda conservar con seguridad sus funciones de seguridad social y de prestación de servicios. Frente a esta constatación negativa y decepcionante han reaccionado los movimientos sociales de protesta y los nuevos partidos, como por ejemplo los Verdes, compuestos de un espectro muy heterogéneo de motivos políticos. Entre ellos se encuentran motivos libertarios, comunitarios, antiestatalistas, críticos del crecimiento, socialistas-anticapitalistas, conservador-comunales, etc. En este sentido pienso que el surgimiento del partido Verde es un fenómeno que indica, como Habermas ha dicho, el agotamiento de las energías utópicas del Estado social democrático-liberal. Estos movimientos sociales y nuevas fuerzas políticas resaltan los déficits y protestan por los vacíos que se han generado en el curso del desarrollo acumulativo de los sistemas políticos occidentales, carencias que hoy son particularmente agudas.

Sin embargo, esta nueva política ha sido hasta ahora, en cierto modo, una política de resistencia. ¿Cómo podría, no obstante, combinarse un uso instrumental del poder con una práctica extrainstitucional llegado el punto en que, dicho con sus propias palabras, la "preservación de existencias valiosas" exige la "realización de mejoras"? ¿No sería preciso pagar por esa "política de realizaciones" un cierto precio de profesionalización política y caer de nuevo en el eterno dilema de la representación política, es decir, en la contradicción entre autenticidad y efectividad?

Creo que el dilema está bien visto. La izquierda ha fluctuado hasta hoy entre dos soluciones al problema que Ud. señala. *Una* de las soluciones consiste en corregir o compensar las carencias y fallos de la política institucional mediante formas anti-institucionales de praxis política. El ejemplo clásico para ello es la construcción que Rosa Luxemburg propuso en el debate sobre la huelga general: la opinión de que la forma política, es decir, sindicato y partido, debe ser controlada y compensada mediante formas de espontaneidad y de política no institucional, es decir, por la política de protesta de los movimientos de masas y de rechazo espontáneo a la cooperación. La confianza en sí mismos de los movimientos sociales se deriva también de este modelo antitético de pensamiento. Pero, sin embargo, surge aquí un "dead-lock", un bloque recíproco entre política institucional y no institucional.

La otra forma, minoritaria, de respuesta de la izquierda a este dilema consiste en oponer a las falsas instituciones otras instituciones "correctas", es decir, procedimientos y organizaciones políticas de las que pueda esperarse que no muestren la unilateralidad y los déficits de las instituciones políticas existentes. Según esta línea de pensamiento político la tarea crítica, y constructiva a la vez, a desarrollar debería consistir en una reconfiguración y renovación de las instituciones de manera que no exista *ningún motivo duradero* para una praxis política extrainstitucional.

Una de las contraposiciones se da, por tanto, entre instituciones injustas y política no institucional; la otra, entre instituciones justas e injustas. Ambas salidas no han sido suficientemente distinguidas en la historia de la política de izquierdas. Ello tiene en buena parte que ver con la renuncia por parte de la izquierda a la pretensión, o al menos a la tarea, de desarrollar una teoría política propia. El marxismo, en particular (como Norberto Bobbio muy agudamente ha señalado), ha marginado la teoría política y mantenido que el problema de las instituciones se solucionaría *tras* la revolución (puesto que se trata tan sólo de la "administración de las cosas"), mientras que *antes* de la revolución habría que abordar las instituciones con un cinismo imperturbable.

Creo que ésta es una postura errónea. El marxismo ha abogado por no tomar en serio las instituciones y por ello ha desatendido la labor teórica y práctica para introducir innovaciones en ellas. Hoy se da el mismo problema entre los Verdes. Una parte de ellos opina que la política institucional es "per se" una política que se inclina hacia limitaciones y particularismos ligados al poder -de un modo similar a como Robert Michels señaló el efecto de una "ley de bronce de la oligarquía"-. Esa fracción fundamentalista de los Verdes ve una eterna contradicción entre forma y contenido, entre objetivos políticos e instituciones políticas, y por ello cultiva una relación cínica con respecto al "monopolio estatal de la violencia". Otra fracción de los Verdes, minoritaria, mantiene la opinión de que ha de reconocerse ese monopolio estatal de la violencia así como la juridicidad de las acciones políticas, su estre-

chez institucional, pero también de que han de reorganizarse esas instituciones de manera que se neutralice en ellas la unilateralidad, la selectividad y los efectos injustos de encubrimiento e irresponsabilidad. Otto Schilly, por ejemplo, como representante de los "políticos realistas" entre los Verdes, o también Helmut Wiesenthal aquí en Bielefeld, están intentando definir e impulsar una práctica institucional que haga valer plenamente el contenido universalista de las instituciones sin que para ello se nieguen las reglas institucionales. Creo que el proyecto actual de la izquierda debe consistir precisamente en descubrir, emplear e impulsar instituciones y formas de actuación política, es decir, reglas de juego para la praxis política que satisfagan el criterio de las "instituciones justas" o de la práctica del universalismo. En este sentido yo diría que la profesionalización política -que, no obstante, no conlleva el aislamiento, el favorecimiento de la élite y la desactivación de las masas- es necesaria. Aun así sigue siendo un gran enigma la forma que deberían tener semejantes instituciones políticas, es decir, semejantes formas "inocentes" de compromiso colectivo. Considero interesante, tranquilizador y alentador el que un gran número de teóricos políticos (tanto en EEUU como en Europa) retome esa función positiva de la teoría política y acepte el desafío de superar la contraposición entre instituciones y política no institucional para volverse hacia la contraposición entre instituciones buenas y malas, es decir, para dirigirse a mejorar las instituciones en lugar de a infringirlas.

De todo esto se desprende que nos encontramos en una crisis de legitimación del modelo político del Estado de bienestar. A ello se refiere nuestra siguiente pregunta. En su obra Problemas estructurales del Estado capitalista *defendía Ud. la validez del paradigma de la legitimación para el análisis de los sistemas políticos. Desde esa perspectiva, la cohesión de las sociedades capitalistas dependería de un patrón de integración social mediante el que se generaría lealtad de masas. Esa lealtad o legitimación sería una instancia autónoma en sí misma, no manipulable, que se vería tan sólo "sustancialmente aliviada" por los rendimientos y compensaciones del sistema económico. Posteriormente, en una entrevista con David Held y John Keane así como en otros artículos, ha reconocido Ud. haber experimentado un cambio de opinión sobre el tema. Así, Ud. mantiene actualmente que los problemas de legitimación cobran una forma procesual debido a la crisis del Estado de bienestar. Según esta interpretación, se generarían situaciones de insatisfacción generalizada a causa de los fallos funcionales de la economía, de manera que se llegaría a una puesta en cuestión de los fundamentos normativos del sistema político.*

Si, como Ud. afirma, nos encontramos ya en semejante fase de la crisis de legitimación, lo que se dejaría ver en el surgimiento de nuevos criterios de racionalidad política, ¿cree que sería posible una salida de esta crisis a costa de las instituciones democráticas dejando intocados los fundamentos del sistema económico? Con otras palabras, ¿sería posible que las consecuencias de la crisis afectasen más bien a la democracia liberal que al capitalismo?

Mi respuesta a la última parte de su pregunta es negativa. En los países occidentales, que en alguna medida conozco, creo que no hay que temer una destrucción abierta de las formas democráticas parlamentarias de competencia de partidos pese a los múltiples proyectos neoconservadores, neo-hobbesianos y a las corrientes populistas de derechas. No estoy en condiciones de juzgar en qué medida representa un

peligro grave semejante temor a una involución autoritaria y antidemocrática en los países que han llevado a cabo un tránsito a la democracia en los últimos veinte años. De momento quisiera considerar en todo caso como insuficiente, así soy de optimista, el potencial contrarrevolucionario en los países escandinavos y centro-europeos para llevar a cabo una ruptura constitucional abiertamente golpista. El problema no consiste en que las formas liberales y democráticas del Estado de bienestar puedan ser violentamente destruidas, sino más bien en que la confianza en la capacidad operativa y en la justicia de estas formas ha sufrido daños por la práctica de su utilización. Se da en la República Federal alemana, y creo que también en otros países occidentales, lo que cabría definir como un anarquismo pasivo que ciertamente no se encamina hacia la revolución, pero sí se siente desvinculado de cualquier fundamento normativo de las formas políticas que tenemos. En este sentido diría que la crisis de la democracia liberal del Estado de bienestar no consiste en que tenga frente a sí un fuerte oponente político-constitucional o una violencia fáctica que pueda destruirla, sino en que ha perdido su capacidad de convicción y no puede resolver con sus propios medios los problemas políticos y económicos a nivel nacional e internacional que a todos nos son conocidos. Tan sólo necesito mencionar los problemas de protección del medio ambiente y de preservación de los recursos naturales o los problemas de mantenimiento de la paz y del conflicto Norte-Sur a escala mundial[1]. También existen problemas de desorganización del mundo de vida y de la salud psico-social, que constituyen un bienestar subjetivo. Todas estas cuestiones se presentan como problemas insolubles con los medios institucionales actualmente disponibles de Estado de derecho, democracia y Estado social. Por el contrario, dichos problemas son a menudo tratados de una forma contraproducente, de manera que también al Estado de bienestar se le puede aplicar la fórmula de que en parte genera -o agudiza, en el sentido de un desentendimiento por su parte- aquellos problemas para cuya solución fue visto en otro tiempo como el único instrumento dotado de perspectivas. Esta decepción, este desencanto o pérdida de energías utópicas, muestra el agotamiento y la desecación de instituciones que en la medida en que son incapaces de mediar la acción responsable de la masa de ciudadanos frente a sí mismos reclaman complementos e innovaciones.

Esta crisis de legitimación y de gobernabilidad indicaría, según ello, una contradicción sistémica. En sus análisis del Estado de bienestar ha subrayado Ud. que su contradicción primaria consiste en que los mecanismos del subsistema económico deben enfrentarse con dos procesos lógicamente opuestos: por una parte, con un proceso de reproducción administrativa de la forma mercancía, guiado por la lógica del valor de cambio; por otra, con un proceso de desmercantilización generado por el propio Estado de bienestar y regido por la lógica del valor de uso. ¿Podría redefinirse esta contradicción como un conflicto entre dos tipos de intereses: por un lado, aquellos intereses que pasan por generalizados de manera directa en el marco del sistema económico (precios, salarios, pleno empleo, etc.) y, por otro, intereses que en principio no serían generalizables porque se hallarían situados más allá de la lógica de valorización del capital?

No veo por qué estos últimos intereses que se hallan fuera de los contextos funcionales de la economía no debieran ser generalizables. Ahí se dan principios de autonomía, autodeterminación, responsabilidad, felicidad y bienestar que sí pueden muy bien ser generalizables, en el sentido de que todos los individuos participan de ellos, si bien no son promovidos por un desarrollo centrado sobre el eje del crecimiento económico. Creo que la distorsión o la unilateralidad, y en este sentido la generalidad ilusoria o ilegitimidad de las instituciones, reside precisamente en que privilegian de una manera desproporcionada, unilateral y socavadora de la creencia en su legitimidad aquellos criterios de progreso y de desarrollo ligados con el despliegue de las fuerzas productivas, con el crecimiento económico, la fortaleza militar, el progreso científico, etc. Se trata de patrones de progreso de una tal significación dominante y privilegiados por las instituciones de tal manera que otros criterios de tipo moral o estético, los referidos al mundo de vida en general, se ven discriminados y eclipsados. Esto es lo que quiero decir con la antítesis entre mercantilización y desmercantilización. El sentido de las regulaciones del Estado de bienestar, el sentido de su organización, consiste en hacer valer un principio de dignidad humana y de autonomía dentro de los límites de lo económicamente realizable, y en donde ese principio no se configure sin más como derivado de desarrollos económicos. Es decir, consiste en garantizar los derechos humanos frente a las pretensiones de los procesos de valorización del capital. Protección laboral, reconocimiento de los derechos de representación sindical, seguridad social, etc., son ejemplos de ello. Se trata siempre de la antítesis del derecho de los hombres frente al derecho de las cosas. A lo que asistimos es al hecho de que las formas de regulación estatal de ambas esferas jurídicas han pasado a depender de procesos económicos, militares, burocráticos y técnicos incapaces por su naturaleza de incorporar aquellos intereses del mundo de vida que se pueden muy bien designar con la vieja expresión de "dignidad humana" o de "responsabilidad". Dichos procesos son esquivos y negativos frente a semejantes reivindicaciones, y creo que ese es justamente el punto de vista mantenido y contestado, no sólo por la política ecologista y pacifista, sino también por las nuevas iniciativas sociopolíticas representadas, entre otros, por los Verdes y por partidos social libertarios similares.

¿Ha de suponerse entonces que rechaza Ud. todo tipo de funcionalismo en ese proceso de privilegiación?

La expresión "lógica de privilegiación" es a todas luces central. Con ella se ofrece una caracterización certera para el análisis crítico de las instituciones políticas. La pregunta es quién resulta privilegiado. La respuesta a esta cuestión ya no puede darse tan sólo con el principio de valoración del capital. Resultan privilegiados intereses y estructuras sociales de poder ligadas, por una parte, al capital, pero también aquellas que lo están con una determinada racionalidad del pensamiento técnicoobjetivante así como con la privilegiación de principios masculinos, entendida en su más amplio sentido, de configuración de la vida. Probablemente carece de toda perspectiva

querer subsumir esos distintos principios, los usufructuarios y los beneficiarios del modo de funcionamiento de las instituciones dominantes bajo un sólo concepto. Resulta muy difícil encontrar una caracterización unitaria de nuestra sociedad en el sentido en el que Marx habló de la sociedad burguesa o capitalista. No es fácil envolver con un concepto lo que es dominante en formas de racionalidad y de lógica o en situaciones de dominación. Habermas habla de la acción regida y mediatizada por los subsistemas, y quiere decir con eso administración y mercado. Quizá sea ese todavía un concepto excesivamente estrecho, por cuanto que excluye las dimensiones específicamente militares y las dimensiones políticas vinculadas con la pertenencia a uno de los dos sexos. En definitiva, yo no dispongo de ningún concepto con el que poder concebir lo que Marx expresó mediante la fórmula del "capital", pero creo que queda clara la antítesis de que determinados ámbitos funcionales de la sociedad se ven favorecidos y obtienen un volumen de poder de veto frente a las instituciones políticas a costa de otros ámbitos deficitarios. Creo, por último, que el modelo que ya una vez designé con el término de "disparidades" refleja y recoge bien ese fenómeno.

Refirámonos de nuevo al problema del conflicto de intereses. Las estrategias neocorporativistas tendrían en ese contexto de una lógica de privilegiación el objetivo de redefinir el frente de conflicto a fin de posibilitar un ulterior desarrollo de la lógica de valorización. La capacidad de negociación de esos actores colectivos reside en su posición central en el proceso productivo. ¿Significa esto, en su opinión, que en las sociedades tardocapitalistas únicamente son capaces de conflicto y de éxito, en el marco de la vida política pública, aquellos intereses organizados que afectan a las cuestiones de la producción? ¿Hay que suponer que las reivindicaciones situadas más allá de los parámetros del sistema económico han de verse siempre obligadas a recurrir a formas no convencionales de protesta?

Mi respuesta en ambos casos es negativa. Como ya he dicho anteriormente, el concepto de producción -y Touraine ha mantenido argumentos similares- supone una caracterización excesivamente estrecha para definir las estructuras privilegiadas del racionalismo occidental, que de hecho lleva a una distorsión no universalista de la praxis de las instituciones políticas. Tampoco creo que todas las formas excluidas o discriminadas de intereses, necesidades, lógicas y desiderata deban ser forzosamente relegadas a formas no convencionales de protesta. Este no tiene por qué ser el caso si, como he dicho, resulta posible renovar o innovar las instituciones políticas de manera que también haya en el sistema de sus reglas de juego lugar para esos intereses oprimidos o marginados a los que no puede renunciar ninguna asociación política.

Esta cuestión nos lleva al problema de las clases sociales. Ud. ha afirmado repetidamente que los conflictos políticos en las sociedades del capitalismo tardío deben entenderse como conflictos de clase. Sin embargo, también ha señalado Ud. que la categoría de "trabajo" ya no puede ser mantenida como sociológicamente clave. Las reglas de juego político-constitucionales, cuestiones lingüísticas, religiosas y éticas serían elementos catalizadores de la relación entre posición en la estructura y acción social. Semejantes elementos tendrían incluso más importancia que el criterio de propiedad para la definición del concepto de "clase". El problema fundamental de este concepto parece entonces ser un problema de "traducción" entre los dos niveles citados.

A este respecto ha valorado Ud. la reformulación del concepto de clase en términos de estrategia de la acción llevada a cabo por Jon Elster (Bemerkungen zur spieltheoretischen Neufassung des Klassenbegriffs bei Wright und Elster, *1985). Así, las clases sociales serían estrategias de optimización estructuralmente inducidas y sus portadores. A pesar de ello, esta definición sería insuficiente para poder explicar la génesis y el desarrollo de la identidad colectiva de los portadores de semejantes estrategias. ¿Podría Ud. aclararnos su opinión actual respecto a esta cuestión? ¿Cómo definiría las clases sociales, si es que ha de conservarse en absoluto semejante concepto?*

Creo que sólo resulta posible conservar este concepto con grandes modificaciones, y me gustaría referirme con ello a dos problemas que yo mismo no puedo resolver completamente. En mi opinión, los dos problemas de una teoría marxista convencional de clases parecen consistir, primero, en la constatación de una fragmentación dentro de las propias clases. La condición de "asalariado" no lleva a formas homogéneas de acción colectiva, sino que podemos ver una nueva e importante aparición en los países capitalistas avanzados: las llamadas interclases o nuevas clases medias, las cuales, en virtud de su posición económica, son asalariadas pero, sin embargo, no son subsumibles bajo el concepto de proletariado en lo que respecta a su función política. Por el contrario, muestra un tipo muy distinto de ambiciones político-morales, de formas de vida y de asociación. No tiene ningún sentido considerar esto como un retroceso o como un estancamiento, sino que estoy convencido que las nuevas clases medias constituyen un factor sociopolítico autónomo. Esto se refleja también en los nuevos movimientos sociales, que están impulsados fundamentalmente por esas nuevas clases medias.

El otro problema de la teoría de clases convencional lo veo en que *un número creciente de personas y de funciones no pueden en absoluto* ser cabalmente codificado bajo categorías de clase. Me refiero a aquéllos que permanecen en forma temporal o duraderamente fuera del mercado de trabajo y, por ello, fuera también de las economías familiares unidas a dichos mercados de trabajo. Se trata, por tanto, de personas que se conducen "periféricamente" con respecto al sistema de trabajo social y de la familia patriarcal. Marx daba por supuesto que las familias, como pequeños colectivos, comparten el destino de los miembros de las mismas que participan en el mercado de trabajo. En el marxismo aparece, justamente en el *18 Brumario*, la categoría global de subproletariado o lumpenproletariado. A él debería añadírsele hoy en día la categoría de lumpenburguesía, es decir, un grupo de personas que permanecen fuera del mercado de trabajo o relativamente marginales al mismo sin mostrar, no obstante, los caracteres de absoluto empobrecimiento que Marx reservó para el lumpenproletariado.

Existe un segundo bloque de problemas que resulta del carácter absolutamente cuestionable de lo que tanto en Lukács como a veces en las nuevas teorías de la decisión racional de Przeworski, Elster y Wright se da por supuesto. En Lukács, el desacoplamiento entre la posición socioeconómica, por una parte, y el tema político-asociativo y estratégico por otro, está determinado por el concepto de "reacción racional" frente a la situación. Lukács parte de la existencia de una opción racional claramente discernible para todos los participantes con la que los actores reaccionan frente a sus recursos. Existiría una forma racional en el empleo de los recursos disponibles en una situación socioeconómica dada en torno a la cual gravitarían la acción colectiva y los frentes de conflicto. Eso es totalmente cuestionable: quizá existan varias *racionalidades*. Por tomar un ejemplo: puede decirse que si una persona es esclava entonces existen, supuestas unas necesidades humanas normales, cuatro reacciones "racionales" frente a esa situación de esclavitud. En primer lugar, la reacción de iniciar una lucha de clases contra el esclavista. En segundo lugar, la reacción de llevar a cabo una mejora de las condiciones de nutrición y de trabajo del esclavo mediante una política reformista. Tercero, la reacción de desertar individualmente, es decir, de huir de la situación de esclavitud. Por último, es posible la reacción de esforzarse por ascender socialmente a una situación de esclavo superior o de capataz de esclavos. Consideradas sistemáticamente pueden registrarse estas cuatro posibilidades en un esquema cuyos ejes se definen por las dimensiones "salida" frente a "voz" o bien reacción "individual" frente a reacción "colectiva". La "deserción" colectiva sería la revolución, la lucha colectiva por la mejora (voz) sería la reforma, la deserción individual sería la huida, mientras que la cuarta posibilidad consistiría en "reformar" individualmente, es decir, adaptación y ascenso social. No se da, por tanto, una reacción racional *unívoca* -o, al menos, únicamente si se conocen de forma adicional las normas culturales, identidades colectivas, experiencias y expectativas de los actores-. Algunos huyen, otros luchan, unos actúan colectivamente, otros lo hacen de forma individual, y la teoría marxista no tiene en la práctica ningún modo realmente convincente de determinar cuál es la racionalidad "superior" en el contexto de estas ideas rivales de racionalidad. Dicha teoría puede desactivar como oportunistas la acción individual frente a la colectiva o la acción reformista frente a la revolucionaria, lo que no significa, sin embargo, que esa desacreditación tenga como resultado una superioridad autoevidente de la "racionalidad revolucionaria" de la lucha de clases. Creo que hay que despedirse de esa noción simplista sobre la superioridad evidente de *una* racionalidad sobre las demás y, con ello, de uno de los supuestos fundamentales del marxismo clásico y de sus estrategias y expectativas políticas.

Me resulta mucho más esclarecedora al respecto la propuesta de Przeworski, que postula una relación circular entre clases y acción. Esa relación circular consistiría, por un lado, en que las clases muestran una acción típica, mientras que, por otro, la propagación y la práctica ejemplar de determinadas formas de acción pueden crear agregados y coaliciones de clase. Pero no de clase en un sentido económico, sino entendidas como asociaciones activas y movilizables, con una fuerte determinación cultural, de actores políticos colectivos que se orientan por determinados modelos de progreso político y social. Si eso es cierto, resulta muy difícil codificar tales alianzas formadas por los portadores de exigencias y proyectos políticos en categorías de clases socioeconómicas. Los revolucionarios no tiene necesariamente que ser trabajadores, ni los trabajadores ser por fuerza revolucionarios, sino que más bien lo que se entiende por revolución consiste en alianzas o movimientos interclasistas en los que también intervienen categorías de tipo regional, étnico, lingüístico, confesional, sexual, de edad, etc.

¿Puede entonces hablarse, por lo que respecta al problema de la acción colectiva, de una ruptura epistemológica en su obra o se deja explicar de una forma lógica y unívoca su evolución desde la teoría de sistemas hasta la teoría de la decisión racional?

Probablemente no soy la persona más adecuada para responder a esta pregunta. Yo no veo ninguna ruptura; veo más bien, en comparación con otros intelectuales que han trabajador en este campo, al menos aquí, en la República Federal alemana, una cierta continuidad que se deriva del planteamiento descrito al comienzo de esta

gandhi

- O'CONNOR: CRISIS DE ACUMULACION
- VATTIMO: INTRODUCCION A NIETZSCHE
- HELLER: SOCIOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA
- WILLIAMS: MARXISMO Y LITERATURA
- BÜRGER: TEORIA DE LA VANGUARDIA
- HABERMAS: ENSAYOS POLITICOS
- GOODWIN: EL USO DE LAS IDEAS POLITICAS
- THERBORN: LA IDEOLOGIA DEL PODER
- BILLOUDOT: CRECIMIENTO Y CRISIS
- ABERCOMBIE: TESIS DE LA IDEOLOGIA DOMINANTE
- VON BEYME: LOS PARTIDOS
- OFFE: CAPITALISMO Y ESTADO
- BENJAMIN: BERLIN DEMONIACO
- WALLRAFF: CABEZA DE TURCO
- TODOROV: TEORIA DE LA LITERATURA DE LOS FORMALISTAS RUSOS
- GOLDMAN: ENSAYOS SOBRE LA TEORIA DE LA CRISIS

- SHOLEM: WALTER BENJAMIN, HISTORIA DE UNA AMISTAD
- ASTELARRA: LAS MUJERES PODEMOS
- TIMERMAN: CHILE, EL GALOPE MUERTO
- CASTEL: LA GESTION DE LOS RIESGOS

Libros Café Foro Cultural
gandhi
Montevideo 453
46-1994 - (1019) Cap. Fed.

entrevista. Obviamente, yo me veo inducido tanto por mis intereses como por mis obligaciones profesionales a asumir desarrollos que tiene lugar a nivel internacional en las ciencias sociales, a incorporar ofertas explicativas y, especialmente, a presentar contra-argumentos. Creo que para cualquier científico social que se interese por estas cuestiones el gran éxito de la teoría de sistemas representa una provocación con la que hay que enfrentarse. Lo mismo cabe decir de las teorías institucionales, de las normativas e incluso de las de la decisión racional. La sociología y la teoría sociológica se encuentran hoy en día bajo una gran presión: existe una rivalidad en torno a los campos objetivos y a los rendimientos explicativos por parte de la Historia, la filosofía, la economía, la biología e incluso de la literatura. Estos ataques contra la autonomía y la legitimidad del pensamiento científico-social tan sólo pueden ser rechazados -en la medida que de hecho puedan serlo- mediante una confrontación con los teoremas centrales y con las ideas paradigmáticamente rectoras de dichas disciplinas. Justa y precisamente porque no pretendo construir una teoría científico social paradigmáticamente pura debo asumir y seguir discusiones actuales, no para estar en boga y mantenerme oportunistamente en ellas, sino para aprovechar los conocimientos que pueden encontrarse en autores interesados y fascinados por problemas totalmente distintos a los míos debido a sus particulares orientaciones sociales, políticas y morales. Por eso pienso que no debería hablarse en mi caso de una ruptura, sino de un enriquecimiento y de una prueba continuada de determinadas ideas relevantes en el curso de una confrontación.

¿Cuáles serían entonces los rendimientos empíricos o normativos del paradigma de la teoría de la decisión racional para una sociología crítica como defensa frente a esos desafíos a la teoría sociológica mencionados por Ud.?

Creo que con el paradigma de la teoría de la decisión racional se están llevando a cabo muchos sinsentidos, y en particular el de creer poder sencillamente pasar de un modelo histórico-sociológico de supuestos sobre la acción humana a una antropología utilitarista como la que subyace a la economía política clásica desde Smith hasta Bentham. Todo esto es, con seguridad, falso. Creo que la significación de la teoría de la decisión racional se hace más obvia si se conectan sus éxitos más apreciables con una sociología del conocimiento de la misma. Considerado desde semejante perspectiva sociológico-cognoscitiva, el planteamiento de la teoría de la decisión racional muestra actualidad y capacidad explicativa para una sociedad en que las tradiciones, instituciones, normas sociales e identidades colectivas han perdido vínculos con el transcurso del proceso de modernización. En lugar de confianza y estabilidad, es decir, de una autocodificación sobreentendida de actores en grupos y culturas, ha aparecido un "juego" en el sentido del dilema del prisionero caracterizado de tal forma que cada sujeto percibe al contrario como un rival, es decir, como un actor del que puede esperarse todo (o más bien nada). Una estructura de inseguridad universal de expectativas tanto frente a los demás como frente al futuro explica la aparición de orientaciones estratégicas que pueden modelarse muy bien bajo la teoría de la decisión racional. Ahí residen sus rendimientos teóricos. Estos son, por tanto, distintos de los que dicha teoría *pretende* aportar. Frecuentemente pretende ésta poder explicar la "naturaleza" económica de fenómenos sociales no económicos, aspirando con ello a poder discutirle a la sociología su ámbito de competencias. Sin embargo, lo que muestra es cómo en una sociedad caracterizada por procesos de modernización y de individualización los hombres son *transformados* en el citado tipo de actores. Es precisamente en su orientación contra la sociología donde adquiere dicha teoría un valor sintomático. Para mí, el mejor ejemplo de esto lo constituye el hecho de que en una ciudad como Chicago haya surgido la Escuela de Chicago, con lo que no me refiero tan sólo a autores como Milton Friedman o Gary Becker y a su aplicación claramente reaccionaria e imperialista de la teoría económica neoclásica de la acción, sino a espíritus altamente productivos e imaginativos que imparten clase en Chicago (aunque no viven allí), tales como Jon Elster y Adam Przeworski. Estos últimos han logrado un éxito notable en la demostración de que el marxismo clásico arrastra consigo una serie de supuestos socio-ontológicos que hoy en día sencillamente ya no son actuales. Esa labor la han llevado a cabo mediante la sagaz aplicación y la enajenación de objetivos de una teoría de la acción que tan sólo es cierta en una sociedad ampliamente modernizada (es decir, en una sociedad en los límites de la anomia): la teoría económica de la acción del utilitarismo.

En este contexto estamos particularmente interesados por la vinculación de su obra con la de Habermas. Ud. ha señalado que las interpretaciones "economicistas" de la acción colectiva, esto es, su concepción como estrategias de optimización, muestran una especial dificultad para dar cuenta del problema de la identidad y de la colectividad de la acción. ¿Cómo juzga Ud. los rendimientos epistemológicos y normativos de la teoría habermasiana de la acción comunicativa? ¿No podría servir ésta como estabón teórico para explicar el problema de "traducción" entre los dos niveles ya anteriormente citados, es decir, entre los intereses vinculados con la posición en la estructura social y la identidad colectiva encarnada en la acción social?

Esa es una buena descripción del problema central de la teoría de Habermas, y he de decir que sigo con gran interés y fascinación el desarrollo y las discusiones en torno a la misma, en particular sus recientes aplicaciones en el campo de la sociología del derecho. Para mí, la tesis central de Habermas consiste en que la cohesión de la sociedad moderna se mantiene en virtud de la acción mediatizada y regida por los subsistemas, es decir, mediante crecimiento económico, redistribuciones socio-políticas, defensa militar y dominio burocrático. La tesis central es: no existe producción administrativa de sentido. La cohesión se mantiene (en la medida en que lo haga) mediante la validez de normas y principios modernos específicos que resuenan en la acción (si bien "contrafácticamente") y cuya validez ha de darse por supuesta en toda acción racional estratégica. Creo que esta idea de una síntesis comunicativa y no tecnocrática de la vida social, es decir, de una unidad de la vida social auto-organizada mediante la certeza de principios no impuestos por la lógica de la economía, lo militar, la ciencia o la administración, constituye un pensamiento fascinante y liberador en los escritos de Habermas. Sin embargo, esa idea presenta numerosos objeciones que pueden subsumirse bajo la siguiente fórmula: ¿en qué consiste la facticidad de lo contrafáctico?, ¿en qué consiste la validez de algo reconocible por el análisis lógico-linguístico como necesariamente presupuesto y que, sin embargo, no está presente como tal ni es susceptible de aflorar a la conciencia en los actos de habla y en las acciones de los individuos? Posiblemente la legitimidad de la Modernidad sea algo presente en las sociedades modernas tan sólo desde la perspectiva de pájaro de la observación sociológica, pero no en sus realizaciones vitales. De ahí yo extraería la consecuencia -y creo que en coincidencia con Habermas- de que las reglas institucionales de juego de nuestra vida política, económica, cultural y familiar deben reconfigurarse y completarse de manera que dichos principios se muestren y hagan realidad también en la praxis cotidiana y no gocen de la misma tan sólo como señales de teorías macrosociológicas construidas histórico-filosóficamente. Veo en ello la exigencia, en plena coincidencia con la obra de Habermas *Strukturwandel der Öffentlichkeit* y con toda su actividad político-publicística, de reclamar y hacer válidos esos principios en la praxis social en lugar de evocar meramente su facticidad contrafáctica. Ahí hay, desde luego, una gran cantidad de trabajo institucional, político-constitucional y jurídico por hacer.

En sus análisis de los nuevos movimientos sociales Ud. ha insistido particularmente en la base social de sus militantes. Dichos movimientos serían menos susceptibles de integración por parte del sistema político que las iniciativas ciudadanas de los años setenta debido a su composición social más que a sus motivos específicos. Los nuevos movimientos sociales constituyen un ejemplo de actores colectivos cuya acción no se asienta sobre una disposición homogénea en torno a los medios de producción. Su base social se corresponde, sin embargo, con un modelo de sociedad en el que la programática del Estado de bienestar se ha desarrollado en un alto grado. ¿Significa esto, en su opinión, que el caldo de cultivo necesario para el surgimiento y la consolidación de este tipo de movimientos lo constituye una sociedad desarrollada según el modelo del Estado de bienestar? ¿Cómo juzga Ud. las perspectivas de una evolución política similar a la alemana como reacción frente a una cierta decepción con la izquierda tradicional en sociedades que pertenecen al modelo occidental pero que, como en el sur de Europa, no han gozado de ese desarrollo en un grado tan elevado?

La cuestión es clara e importante. Pienso que sería adoptar un modelo primitivo creer que cada país o cada sistema político debe recorrer una secuencia de fases y que los sistemas políticos menos desarrollados deben aguardar el desarrollo observado en los sistemas más desarrollados como su propio futuro. Los alemanes aprendimos en el período de posguerra que mirar hacia América significaba mirar a nuestro propio futuro con un retraso de veinte años. Ver ahí nuestro propio futuro no sólo es una idea estremecedora, sino también falsa, puesto que se dan múltiples fenómenos de asincronicidad o de aceleración y salto de fases y de motivos políticos. Así, por ejemplo, es conocido que el síndrome de los partidos izquierdistas, libertarios, verdes o ecologistas es algo que se ha expandido de una forma relativamente independiente del nivel de desarrollo económico y político de los distintos países europeos. Ese fenómeno se ha dado sencillamente por coyunturas políticas en parte autónomas frente a las estructuras locales o a los niveles de desarrollo. Considero que cuestiones internacionales tales como las ecológicas, las pacifistas y las del Tercer Mundo comparten una carga de evidencia tal que no puede vincularse la expansión de estos motivos a su contexto genético en los países más avanzados. La validez de dichos motivos no está relacionada con su génesis en determinadas estructuras, sino que se difunden por los diferentes sistemas y sus particularidades. Aquí hay que decir que, en lo que respecta a motivos como la autonomía, la liberación antiestatalista y la reivindicación libertaria de la dignidad humana, existen en los distintos países europeos raíces muy distintas que acaban convergiendo en nuevas concepciones de emancipación, dignidad humana, igualdad de derechos y autonomía. Existen motivos de carácter confesional, religioso, feminista, socialista de izquierdas y pacifista que, pese a la disparidad de su origen, convergen en determinados tipos de exigencias y de reclamaciones institucionales que pueden mover a reivindicaciones de tipo político. Creo que un modelo de comprensión del estilo base-superestructura en lo que respecta a la relación desa-rrollo económico/instituciones políticas/movimientos políticos es falso. Más bien tenemos que vérnoslas con procesos internacionales de difusión que, naturalmente, se ven promovidos y acelerados por las condiciones de comunicación de que disponemos en Europa, así como por el hecho de la integración supranacional de tipo militar y económico. El problema de la OTAN o de la política agraria y sus respectivas consecuencias ecológicas regionales son algo que afecta a Europa y no a naciones aisladas. El Estado-nación no es una *self contained political unit*, es decir, una unidad política cerrada en sí misma y relativamente autárquica. Tan sólo espero que semejantes similaridades en las líneas de conflicto político se destaquen con más relevancia de lo que en la actualidad se observa.

El XXXI Congreso del PSOE

Ante una nueva sociedad

José M. Benegas*

El mérito del socialismo español en el período 1982-1987 reside en haber desarrollado un proyecto político de dimensión nacional, pues de tal naturaleza eran los problemas no resueltos en 1982, afirma Benegas. Hasta entonces todo eran incertidumbres sobre el futuro del país

Tras cinco años de gobierno socialista, hoy, cuando afrontamos el último tramo del siglo XX, y por primera vez a lo largo del mismo, España tiene ante sí un futuro de esperanza y progreso. Todas las trabas internas y externas que a lo largo de este siglo han impedido nuestro desarrollo como pueblo pertenecen ya al pasado. Hoy, por primera vez en mucho tiempo, dependemos de nosotros mismos, de nuestra propia capacidad para construir un país moderno, eficiente, solidario, que avance hacia la sociedad del bienestrar y sea respetado en el concierto internacional.

El cambio de las reglas del juego para que pueda aflorar el dinamismo de una sociedad libre y moderna ha sido nuestro principal mérito y contribución en el período 1982-1987, pero es también nuestro principal riesgo como partido en el futuro. Hemos sido muy eficaces a la hora de resolver los problemas históricos del país. Ahora tenemos que mostrar la misma eficacia afrontando los problemas de una sociedad moderna contemporánea. Desde esta perspectiva, el proyecto socialista comienza a tener dificultades derivadas de tres cuestiones: la descalificación de la política económica por parte de los sindicatos, las nuevas demandas sociales emergentes y nuestra propia capacidad de gestión, las desorientaciones derivadas de nuestro debate ideológico todavía inconcluso sobre el futuro del socialismo. A estas tres cuestiones haré referencia en las siguientes líneas.

Los sindicatos

Los sindicatos afirman estar en contra de la política económica del Gobierno y, sin embargo, no han aceptado la invitacion para debatirla. En los últimos tiempos, la descalificación hacia la misma es global. Sin embargo, parece obvio que el Gobierno ha acertado en el diseño de su política económica. Al menos, así lo corrobora la incontestable realidad de los datos sobre nuestra economía. La economía española crece a un ritmo que dobla el del resto de Europa. El empleo neto a crecido en los últimos dos años en una cifra equivalente a la fallida promesa de 1982. En cinco años, la inflación ha pasado del 14% al 5%. Las inversiones privadas productivas nacionales y extranjeras han aumentado de un modo sustancial en los dos últimos años. Parece, por tanto, posible que en 1988 haya más márgenes que en el pasado para hacer una política de más amplios objetivos sociales, aunque con la lentitud y la cautela propias de un país que solamente despega de un horizonte de pobreza, de crisis.

El Gobierno socialista se ha movido en un difícil equilibrio combinando los principios de solidaridad colectiva con las lecciones de la crisis, una crisis no keynesiana que no admitía por ello, como debería ser obvio, una respuesta de tipo keynesiano. La alternativa que habría sido progresista en los años cincuenta (hacer crecer los salarios y el empleo a la vez) no era posible en los ochenta. Reactivar la inversión para crear empleo ha requerido de una política de moderación salarial, algo muy mal entendido por los trabajadores con empleo, pero necesaria para ser solidarios con los que no lo tienen.

Es el socialismo español, con una buena mayoría social y una economía en crecimiento, la opción política que puede tener la fuerza moral para impulsar en el futuro un proyecto de organización social moderno, justo, solidario y eficiente.

Por ello, los sindicatos no deben confundir su necesaria independencia con la confrontación permanente ni la discrepancia reivindicativa concreta con la descalificación global de la política del Gobierno. El verdadero pacto de izquierda que necesita este país a la salida de la crisis debe girar sobre el modelo de crecimiento futuro. Es preciso reagrupar a las fuerzas del progreso de este país (partido socialista y sindicatos, fundamentalmente) en un gran acuerdo sobre el modelo de crecimiento. El partido socialista tiene la obligación de plantear una y otra vez este debate y esta necesidad a los sindicatos. Los dirigentes de los sindicatos, que son hombres de izquierda, deben entender que es preciso el reagrupamiento de las fuerzas de progreso para seguir avanzando en la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, y por ello no deben refugiarse en una estrategia meramente reivindicativa. La necesidad de la confluencia de las fuerzas de progreso debemos entenderla todos para no tener que lamentarlo en el futuro, porque podemos estar ya en el filo de la navaja.

Cambios

La sociedad española de hoy tiene bastante poco que ver con la de hace tan sólo cinco años. Los cambios introducidos por el Gobierno socialista han despertado una nueva dinámica social. Emerge una nueva clase empresarial, la clase obrera cambia su perfil, surjen pujantes algunas economías regionales y los ciudadanos en general plantean nuevas exigencias al Gobierno. Esta nueva dinámica es uno de los grandes activos que tiene hoy la sociedad para abordar el futuro.

En buena medida, este dinamismo se traduce en nuevas exigencias sociales al Gobierno socialista que tienen una doble vertiente. En primer término, que los servicios funcionen. Que España funcione (objetivo no alcanzado todavía). Seamos autocríticos. Hemos tenido una gran capacidad para orientar y resolver los problemas históricos del país (de los heredados ya sólo queda el terrorismo). Dudo que hayamos tenido la misma eficacia para resolver los problemas que afectan directamente a la vida cotidiana de los ciudadanos (desde la sanidad a la justicia, desde la Universidad a la lucha contra la droga, desde el transporte aéreo a Correos, desde el tráfico rodado a la seguridad ciudadana, desde las infraestructuras necesarias al funcionamiento eficaz de la Administración). Resueltos los problemas históricos, es necesaria una mayor eficacia en la solución de los cotidianos.

Existe otra manifestación de este nuevo dinamismo que se traduce en el afloramiento de nuevas reivindicaciones planteadas desde múltiples sectores sociales al mismo tiempo. Unas son corporativas y otras no. En todo caso estamos ante un problema que debemos meditar en el próximo congreso: corremos el riesgo de que las nuevas demandas sociales vayan por delante del proyecto socialista. En muchos casos, además, pueden ir más allá de los recursos públicos disponibles para satisfacerlas. Por ello sigue siendo esencial la explicación de las etapas y del gradualismo del proyecto socialista desde una actitud de diálogo con los sectores que las plantean. Asimismo se requiere señalar con claridad que las prioridades de las solidaridad hay que establecerlas en relación con las principales víctimas de la crisis económica: los jóvenes sin empleo y los desempleados de larga duración. Sin olvidar que atender la construcción de los servicios universales de educación, salud, pensiones, servicios sociales, para avanzar hacia la sociedad del bienestar.

El hecho de que el socialismo sea la fuerza política impulsora de la transformación económica en España enfrenta a éste con la necesidad de revisar viejos dogmas y concretar nuevos principios. En este terreno hay que debatir y clarificar, entre otras cuestiones, la función del Estado: cuánta intervención y qué tipo de intervención pública se consideran necesarias.

Debido a que el régimen franquista era altamente intervencionista, los socialistas hemos tenido que actuar liberalizando, flexibilizando los mercados financieros, los mercados de bienes de servicios y, en la medida necesaria, el mercado de trabajo. La concepción del mercado como un sistema de asignación de recursos necesario es, por tanto, algo que hemos aprendido en la práctica, como respuesta necesaria, desde el ejercicio del poder, a una situación de excesivo intervencionismo y autarquía.

Guiados por un espíritu crítico es como podemos enjuiciar la función de la empresa pública, porque su existencia no se debe a nuestra labor sino a una política de aluvión y prebendas practicada por el régimen autoritario. Enjuiciémosla, por tanto, con un sentido pragmático: de acuerdo con la efectividad que pueda tener dentro de una política industrial en la que el Estado crea marcos adecuados para la definitiva modernización de la empresa española.

Esto no significa que no tengamos en cuenta las imperfecciones económicas del mercado ni su inoperancia como mecanismo de redistribución y justicia social. El mercado no es un mecanismo perfecto de asignación de recursos económicos. Hay que intervenir para corregir las injusticias que genera. Esto reafirma la necesidad de políticas microeconómicas: en el mercado de trabajo, en la política industrial, en el sistema financiero, en la política regional, en las infraestructuras económicas. El mercado no redistribuye la renta, tan sólo distribuye recursos. Por eso el Estado, lo público, deberá seguir siendo la instancia básica que asegura la provisión universal de servicios básicos como la sanidad o la educación, al tiempo que organiza la solidaridad con los desempleados y los nuevos marginados.

Tanto el tipo de intervención que el Estado debe practicar como el ámbito de la misma parece que apuntan hacia un concepto más amplio de democracia: la democracia social del Estado *no cerrado*, la democracia económica como instrumento básico de lucha contra la explotación en una economía de mercado que incluye la competitividad económica para garantizar el máximo crecimiento posible apoyada por un Estado que organiza la solidaridad y la justicia social en la sociedad. Ganar la batalla de la crisis económica, y de la modernización del país, organizar la solidaridad social y definir las pautas de una nueva democracia económica y de nuevos mecanismos de redistribución de la renta deben constituir objetivos fundamentales del proyecto socialista en los próximos años y, por consiguiente, temas de reflexión en el XXXI congreso.

---

* José M. Benegas es secretario de organización del PSOE.

La reforma política en la URSS

Octubre, la perestroika y el socialismo

Fernando Claudín

Este trabajo de Claudín fue leído personalmente, hace poco tiempo, en un debate organizadopor la Academia de Ciencias de la URSS. Uno de los pocos extranjeros invitados, el director de la Fundación Pablo Iglesias pudo comprobar que ahora sus libros ya no están, allí, prohibidos.

Contaba el historiador y sociólogo italiano Guglielmo Ferrero, que al fin de la primera guerra mundial un viejo mandarín chino escuchaba en Pekín, silencioso y atento, a una personalidad de la izquierda europea que hacía una larga y ditirámbica apología de la revolución francesa. Cuando el europeo hubo terminado el mandarín movió dubitativamente la cabeza y comentó: "sí, sí, la revolución francesa ha sido un gran acontecimiento, pero es aún demasiado reciente. Para comprenderlo y juzgarlo bien hay que ver a dónde conduce todo esto".

Tan sabia precaución parece aun más apropiada para juzgar, desde nuestra actual perspectiva, la revolución rusa y, en especial, el rumbo que tomó a partir de la conquista del poder por los bolcheviques en noviembre (octubre) de 1917. Aunque han pasado setenta años, los debates que tienen lugar sobre esta cuestión, las opiniones tan contradictorias que se expresan y, sobre todo, lo que está sucediendo en la URSS, muestran que todavía es pronto para llegar a una conclusión suficientemente fundada sobre las consecuencias definitivas del proceso histórico abierto por el golpe de octubre. El actual discurso oficial confirma, en efecto, lo que diversos sovietólogos occidentales, así como críticos soviéticos, habían comprobado hace tiempo: el régimen sociopolítico nacido de octubre está lejos de corresponder, hoy por hoy, a los ideales socialistas de los revolucionarios del año 17, y algunos de sus aspectos, de los episodios que han jalonado su historia, inducen a pensar que no eran vanos los temores y las objeciones -políticas y teóricas- que entonces expresaron los socialistas no bolcheviques e incluso sectores del propio bolchevismo.

Este sistema atraviesa ahora una crisis que, a juzgar por los propios datos oficiales, tiene un carácter general, global; es, a la vez, económica, política, ideológica, moral. De ahí que su superación requiera reformas radicales, que incluso se caracterizan como una "nueva revolución", pero ¿puede afirmarse que la *perestroika*, tal como se presenta hasta ahora, significa un remedio suficiente? Y, por otra parte, todavía es incierto el resultado final de la aguda pugna entre reformadores y conservadores que se desarrolla actualmente en los aparatos de poder y en todos los sectores de la sociedad soviética. La derrota de los reformadores tendría graves consecuencias no sólo para la URSS y para los otros países donde existen regímenes de tipo soviético, sino para el mundo en general.

Por todas estas razones -y podrían aducirse otras como, por ejemplo, la falta de una historia objetiva, sin ocultaciones ni deformaciones, de estos setenta años del régimen soviético- la sabia prudencia del mandarín chino resulta muy aconsejable a la hora de abordar los temas que nos ocupan. Una cosa me parece clara: lo que está en juego con la *perestroika* es si la sociedad soviética iniciará un curso que la aproxime cada vez más a un verdadero socialismo, o si -por el contrario- se acentuarán y consolidarán los rasgos que permitirían considerarla definitivamente como un tipo de sistema social no capitalista pero tampoco socialista, con estructuras de dominación y explotación (aunque sea en formas distintas que bajo el capitalismo). De ahí que la *perestroika* sea seguida con extremo interés por los socialistas de todo el mundo y, concretamente, por los socialistas europeos. Su éxito tendría una importante influencia positiva en el futuro del socialismo, no sólo dentro sino fuera del bloque soviético. Y no sólo en relación con el problema de la paz.

Hasta ahora -sobre todo desde la época de Stalin- las formas y los métodos del Estado nacido en Octubre, y de su partido dirigente, han tenido un efecto negativo para el ideal socialista en las democracias europeas. Ello explica, en buena medida, el persistente declive de los partidos comunistas, y también ha sido perjudicial para la acción de los partidos socialistas democráticos. Para que esta imagen del sistema soviético en el movimiento obrero y socialista europeo se modifique en un sentido positivo, será necesario que los objetivos de la *perestroika* se cumplan realmente, sobre todo en lo referente a avances efectivos en el terreno de las libertades políticas y culturales, de los derechos humanos, de la democracia en general. También, sin duda, en el terreno de la eficacia económica y del mejoramiento de las condiciones de vida, pero en este capítulo los socialistas occidentales saben bien, por propia experiencia, que no es fácil ni rápido superar las crisis económicas, cualesquiera que sean sus causas y manifestaciones. En cambio lo otro -la libertad en sus diversas formas- depende más de la voluntad y sinceridad de los reformadores.

En todo caso parece llegada la hora de que entre los reformadores soviéticos y los socialista europeos se inicie un debate a fondo que incluya los problemas más importantes para el presente y el futuro del socialismo en las sociedades industriales sometidas a las transformaciones derivadas de la revolución científica y tecnológica. Pero para que este debate sea fructífero deben cumplirse determinadas condiciones. Es elemental, en primer lugar, que no se considere "ingerencia en los asuntos internos", ni se atribuya intenciones malévolas, la crítica -por muy radical que sea- de tales o cuales aspectos de uno u otro sistema. La izquierda occidental considera normal que los propagandistas, teóricos y políticos soviéticos ejerzan sin contapisa alguna su crítica del sistema político y socioeconómico de los países democráticos. Parecida actitud deberán observar los políticos y especialistas soviéticos respecto a las críticas que se hagan a su sistema en el marco de un tal debate. En segundo lugar, la discusión no debe estar coartada por consideraciones diplomáticas o de prestigio, ni por disciplinas mecánicas de partido. Y en tercer lugar -sin pretender agotar la cuestión- sería conveniente que los científicos sociales soviéticos -análogamente a como sucede con los de las democracias occidentales- pudieran responder libremente, sin necesidad de autorización gubernamental, a las invitaciones de los centros de estudio de los partidos socialistas y de las instituciones académicas en general.

Entre los problemas más polémicos que pueden figurar en un tal debate, y al que deseo dedicar lo fundamental de mi intervención hoy, destaca indudablemente el de la democracia. "La democratización de la sociedad" -ha dicho Mijail Gorbachov en su discurso dedicado al 70º aniversario de la Revolución de Octubre- "es el alma de la *perestroika*, y de cómo avance esta democratización depende tanto el éxito de la propia *perestroika* cómo, y se puede decir sin pecar de exageración, el porvenir del socialismo considerado en su conjunto." En efecto, el socialismo no es concebible sin democracia. Cuando en un pasaje anterior de esta intervención he utilizado la expresión "verdadero socialismo" -para indicar hacia dónde puede ir la evolución del sistema soviético si prospera la actual reforma- o he señalado que, en caso contrario, se consolidarían las "estructuras de dominación y explotación" que hasta ahora están presentes en dicho sistema, estaba abordando, de hecho, el problema de la democracia. Desde un punto de vista marxista el concepto "explotación", que está ligado al de "alienación", significa que el propietario de los medios de producción dispone de una parte del producto creado por el trabajador sin que éste tenga ningún poder, ni jurídico ni fáctico, sobre el fruto de su trabajo. Así ocurre bajo el capitalismo con la apropiación de la plusvalía. Y así ha sucedido y sucede bajo el sistema soviético, desde el momento en que el dueño efectivo de los medios de producción -el Estado- determina el excedente y dispone de él sin ningún control democrático de la sociedad. En el marco del capitalismo el desarrollo de la democracia y el fortalecimiento del movimiento obrero han ido creando controles sociales, cada vez más amplios, lo mismo en la esfera pública que en la privada, sobre los procesos de apropiación y utilización de la plusvalía, reduciendo así el grado de explotación. De ahí que extender y profundizar la democracia, no sólo en el terreno político sino en el económico, sea el objetivo central de los partidos socialistas. También bajo el sistema soviético sólo un proceso efectivo de democratización podrá ir reduciendo el grado de explotación, es decir, el grado en el que el producto del trabajo escapa a todo control de los trabajadores. Y lo mismo podría decirse del grado de dominación presente en el sistema.

La historia del sistema soviético muestra la incompatibilidad de la democracia -de cualquier forma de democracia- con un tipo de poder que concentre totalmente en sus manos el aparato político, el aparato económico y el aparato ideológico. Todas las realizaciones que en otros órdenes puedan atribuirse al sistema soviético -rápida industrialización y culturización del país, victoria sobre el fascismo, etc.- no pueden ocultar este hecho evidente: la ausencia de democracia. Los mismos análisis oficiales, en los que se apoya la necesidad de la *perestroika* , y la profundización en la historia de la URSS, muestra que la "democracia socialista" no ha existido más que en el discurso, en la propaganda, no en la realidad. Cuando hoy se presenta como un gran progreso la posibilidad de elegir entre dos o más candidatos, y no uno solo -previamente seleccionado por los mecanismos del partido único- se está reconociendo que durante setenta años no existía uno de los principales elementos de la democracia. Y algo parecido podría decirse en relación con la actual apertura informativa y cultural: es "apertura" porque antes no había libertad en ese campo. Y así sucesivamente. Sobre estas realidades no se puede y no se debe tergiversar si de verdad se quiere abrir un proceso democratizador, porque justamente en esa carencia de tradiciones democráticas -primero en la antigua Rusia y luego en la Unión Soviética- estriba la principal dificultad para la democratización que requiere la *perestroika*.

Es cierto que la democracia puede revestir formas, que no existe un modelo único, ni desde el punto de vista de la ciencia política ni de las experiencias prácticas, pero ciertos rasgos son universales y sin ellos no puede hablarse de democracia. Me refiero a un conjunto de libertades bien conocidas y entre las que existe una estrecha interdependencia, de manera que la ausencia de alguna de ellas pone en entredicho la efectividad de las otras. No puede haber plena libertad de expresión si no hay libertad para organizarse políticamente. Y no puede haber verdadera libertad de elección de los representantes del pueblo a todos los niveles si no hay libertad de expresión y de organización. Pero no es necesario insistir en cosa tan evidente. Ello no quiere decir que existan libertades en estado puro, ni democracias pefectas. Nadie niega las imperfecciones y carencias de las democracias occidentales, que están plenamente a la vista de todo el mundo, precisamente porque existen las libertades antes aludidas. Y actualmente se acentúan los fenómenos negativos, no sólo bajo los efectos de la crisis económica, con la grave secuela del paro, sino porque los mecanismos de representación política, de participación ciudadana, se van quedando anticuados respecto a los cambios sociales y culturales. Pero la solución no está en menos democracia sino en más democracia, en un desarrollo y perfeccionamiento de sus formas jurídicas y de su práctica concreta; en avanzar más resueltamente en el campo de la democracia social. Una de las principales superioridades de la democracia sobre cualquier otro de los regímenes políticos conocidos reside en su capacidad de autocorrección, en garantizar los cauces legales a través de los cuales la sociedad puede intervenir pacíficamente para cambiar de representantes, de gobierno y de política.

Como es bien sabido, la cuestión del pluralismo político -entendido como existencia de diversos partidos- es una de las que suscita más divergencias entre los reformadores soviéticos y los socialista europeos. En este debate sería conveniente distinguir dos enfoques: uno que podríamos llamar táctico, y otro de tipo estratégico o teórico. Parece de sentido común que al cabo de setenta años de partido único, sin apenas tradiciones democráticas pluripartidistas, sería bastante irrealista proponerse la inmediata libertad de creación de partidos políticos. Es más: podría resultar peligroso para el éxito mismo de la *perestroika*. La historia muestra que en los procesos de este género es arriesgado -como dice Gorbachov- "quemar etapas". ¿No ha sido, precisamente, el afán de "quemar etapas", una de las causas principales de los errores y tragedias sufridos por la sociedad soviética desde octubre de 1917? Pero este aspecto táctico no debe impedir el análisis teórico del problema o, en otros términos, hacia dónde debe ir el proceso de democratización iniciado. Un análisis que debe plantearse, al menos, dos cuestiones fundamentales: 1) ¿Cuál es el balance histórico de los efectos que ha tenido la existencia de un solo partido en la formación y desarrollo del sistema soviético? y 2) ¿Las actuales estructuras y contradicciones sociales de la sociedad soviética no requieren, objetivamente, para que de verdad pueda funcionar democráticamente, la existencia de varios partidos? (Evidentemente no nos referimos a la creación arbitraria de partidos desde el propio poder actual, sino a la posibilidad legal de que la sociedad civil pueda crear partidos que expresen una u otras opiniones políticas.)

En relación con el balance histórico que exigiría, claro está, un largo análisis- me limitaré a algunas reflexiones. Es plausible suponer que la existencia de un solo partido pudo favorecer, en circunstancias excepcionales -guerra civil, guerra mundial- la concentración y movilización de recursos y esfuerzos, pero es dudoso que haya sido un factor positivo en el curso de la edificación pacífica de la nueva sociedad, cuando era necesario explorar caminos nuevos, debatir libremente alternativas, analizar científicamente experiencias inéditas, buscar un amplio consenso social. Si durante la NEP, por ejemplo, hubieran podido actuar los otros partidos socialistas, en lugar de ser definitivamente ilegalizados y aplastados al terminar la guerra civil, tal vez se hubiera evitado el estalinismo. Al no existir una vida política abierta, con cauces democráticos legales para las diversas se dirimieron en el seno del partido, mediante una lucha implacable entre los diversos grupos y líderes, sin participación de los obreros, campesinos e intelectuales. Triunfó la opción que no sólo era contraria a los últimos consejos de Lenin sobre la necesidad de mantener la alianza con los campesinos, sino contraria a la gran mayoría de la sociedad y a importantes sectores del partido. Por eso tuvo que recurrir al terror para imponerse.

Una reflexión semejante podría hacerse en relación con el intento reformador de Jruschov. También entonces el debate político, la búsqueda de las mejores vías para dinamizar y liberalizar el sistema, no puede desarrollarse abiertamente, mediante la confrontación entre diversos proyectos y programas, de manera que todo el mundo pudiera formarse un juicio y apoyarlo a través de elecciones democráticas de los representantes de unas u otras opciones. De ahí que la lucha se desarrollase también en el seno del partido único, a través de un sordo enfrentamiento de grupos, de espaldas a la sociedad, que desembocó de modo sorpresivo -para los soviéticos y para el mundo- en la destitución de Jruschov. En realidad, la fórmula de partido único en el sistema soviético nació de circunstancias históricas muy concretas, aunque fuera favorecida por una cierta interpretación teórica del marxismo. Habría que preguntarse si esa fórmula, que hizo posible el triunfo inicial del bolchevismo, no se transformó después en un obstáculo a lo que hoy se pretende con la *perestroika*: la participación real -y por tanto democrática- de los trabajadores e intelectuales en la construcción del socialismo, y si en lugar de "acelerar" esta construcción no condujo a una colosal burocratización y a una creciente ineficacia económica. Sin hablar ya del terror estaliniano. Habría que preguntarse si al cerrar el camino a los compromisos entre diversas tendencias socialistas no hizo inevitable la dictadura de Stalin y luego el estancamiento bajo Bréjnev.

En cuanto a la segunda cuestión -si un solo partido político sino por varios. Y cada vez es más corriente, en la medida que la sociedad se hace más compleja y son menos nítidas las fronteras entre las clases, la existencia de partidos interclasistas. Sin entrar ahora en la discusión sobre la existencia o no en la URSS de clases dominantes y clases dominadas -mi posición al respecto es bien conocida- y partiendo del propio análisis oficial, de los estudios sociológicos y económicos, es innegable la existencia de intereses sociales contradictorios, que pueden adquirir carácter antagónico. Pero aún suponiendo -y es demasiado suponer- que sólo hubiera intereses sociales diversos y no contradictorios, ello no excluye en absoluto que pueda haber diversas opciones económicas y políticas, aunque todas se sitúen en la perspectiva socialista. Con mayor razón en una situación de crisis como la actual. Una verdadera democratización debería incluir que tales opciones pudieran formularse libremente, difundirse en los medios de comunicación y en actos públicos, presentarse ante los electores y solicitar su apoyo. ¿Cómo aplicar este elemental principio democrático sin partidos políticos u otras organizaciones equivalentes? El nombre es lo de menos, lo que cuenta es la función. Lo importante es que la sociedad tenga la posibilidad efectiva de intervenir en las cuestiones generales, en las grandes orientaciones políticas y económicas, y no sólo sobre los problemas de su empresa, barrio u organización específica, cuando estos últimos ya están predeterminados en lo esencial por aquellas grandes orientaciones. E intervenir no sólo aceptando o rechazando las propuestas que vengan del poder -hasta ahora las posibilidades de rechazo han sido prácticamente nulas- sino formulando otras que surjan de ella misma. La sociedad soviética ha alcanzado ya un grado de complejidad estructural y un nivel cultural que hace anacrónica la existencia de un partido único, portador de la verdad y único centro de las decisiones importantes.

Es evidente, no obstante -insistiendo en lo dicho anteriormente- que el proceso de democratización iniciado no puede resolver de golpe este problema. Sería irrealista y posiblemente peligroso para la propia *perestroika*. Pero antes o después llegará el momento en que el problema haya madurado no sólo como cuestión teórica sino práctica. Si se avanza en la *glasnost* y en la democratización interna de las instituciones existentes -partido, sindicatos, komsomol, organizaciones culturales, soviets, etc.- esta misma democratización limitada, controlada y sectorial creará una dinámica que entrará en contradicción con sus propios límites y con las necesidades objetivas de la sociedad. Una anticipación de ello es el surgimiento de los llamados clubes o grupos informales y el establecimiento de vínculos entre ellos.

La maduración de esa contradicción marcará el momento crucial de la *perestroika*, el momento en que habrá de cruzar el Rubicón y entrar en un nuevo continente: el de una auténtica democracia, con un fuerte contenido social, de signo socialista. Ello representaría, en efecto, una "nueva revolución", porque sería un cambio de sistema, pero no para volver al capitalismo sino para avanzar realmente hacia el socialismo. O bien, llegado ese momento, las fuerzas conservadoras, e incluso algunos de los actuales reformadores, dan marcha atrás e imponen el repliegue hacia los viejos y experimentados métodos de decidir todo en el *bunker* del partido único. No hace falta decir que los socialistas europeos, toda la izquierda europea, desean que se abra camino la primera alternativa.

La ética católica y el espíritu del caudillismo

Leopoldo Allub

En distintos lugares de América latina se da como constante cultural la existencia de patrones de dominación incompatibles con la competencia y el pluralismo, pero que resultan efectivas para la adquisición y ejercicio del poder.
Para Allub, que intenta explicar este fenómeno, la "ética católica" habría plasmado un tipo de personalidad y de comportamiento político que él llama el "espíritu del caudillismo".

Este trabajo es la resultante de alguna observaciones que realicé en distintos países y regiones de América Latina, en los cuales viví buena parte de mi vida profesional, vinculada con ciertos patrones regulares de adquisición y ejercicio del poder notoriamente desviados con respecto al comportamiento político de las personas e instituciones de las democracias anglosajonas. El fenómeno en cuestión, con sus matices culturales y sociodemográficos, ha tomado diversos nombres, según las épocas y lugares, y los científicos sociales han utilizado diferentes herramientas conceptuales para interpretar ciertas estructuras oligárquicas de dominación las cuales, aunque incompatibles con la competencia y el pluralismo, resultan indudablemente efectivas para la adquisición y ejercicio del poder. Ellas establecen una peculiar relación entre el Estado y la Sociedad y, aunque ligadas a nuestro pasado histórico y cultural, no parecen estar destinadas a desaparecer con el proceso de modernización capitalista como bueno parte de la literatura imagina. Llámense "caudillismo", "caciquismo", "corporativismo", "clientelismo", "coronelismo", etc., sus diversas variantes, que van desde el viejo caudillo rural del siglo pasado hasta el caudillo contemporáneo tipo Somoza, Stroesner y demás, muestran como constante cultural la existencia de patrones de dominación basado en la eliminación de la articulación espontánea de intereses de los grupos sociales con los aparatos del estado, a quienes se obliga a interactuar con los mismos a través de estructuras verticales de poder en cuya cima casi siempre se encuentra un líder o caudillo reconocido. En este ensayo me referiré específicamente a uno de los aspectos importantes que parecen contribuir a explicar este fenómeno, el cual se emparenta con nuestras tradiciones culturales, más allá de que en la causación global influyan también otros factores. Me refiero, concretamente, a la "ética católica" la cual, ligada a nuestras tradiciones culturales iberoamericanas desde el origen mismo de nuestra nacionalidad, habría plasmado un tipo de personalidad y de comportamiento político que, parafraseando a Max Weber, llamaré el "espíritu del caudillismo".

En diálogo contrapuntístico con Weber, definiré el "espíritu del caudillismo" como un tipo de ordenamiento "racional" del comportamiento exterior que se caracteriza por estar orientado hacia la búsqueda y conquista incesante del poder, motivado por una "fuerza interior" anclada en nuestro *ethos* cultural católico. El caudillo, paradigma del comportamiento político ibérico-católico, personaje central en el *Facundo* de Sarmiento y de novelas como *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, *Huasipungo* de Jorge Icaza, *Los de abajo* de Mariano Azuela, *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, *Cuentos de Pago Chico* de Roberto Payró, *Fin de fiesta* de Beatriz Guido, etc., posee la característica de ser un líder local o regional con poder casi absoluto en lo económico, político y social sobre un área geográfica determinada, que puede ejercer violencia física o moral para que sus deseos se impongan y que es reconocido como una persona importante por líderes externos de orden superior en el ámbito local, regional o nacional.

La evidencia histórica comparada muestra que el caudillo (también el "cacique" en países con población indígena sedentaria) no es un fenómeno exclusivamente rural o suburbano con una fuente de poder restringida al monopolio de la producción o comercialización de ciertos productos agrícolas, como por ejemplo en México el maíz y el aguardiente. Sus bases también pueden consistir de una amplia gama de productos y servicios típicamente urbanos, generalmente imprescindibles para las clases menos pudientes. Así, por ejemplo, el monopolio del transporte colectivo, el control del crédito rural, el acceso a la disponibilidad de viviendas de interés social, la adjudicación de las licitaciones de obras públicas, los medios de comunicación, etc. Todas ellas pueden ser también nuevas fuentes de poder a partir de las cuales el caudillo contemporáneo edifica su estructura de dominación caudillerii y la consolida. Se trata de un tipo de poder organizado piramidalmente de modo tal que cada caudillo está conectado a otro u otros de rango superior, con los que forma una estructura de dominación sellada en base al intercambio de "favores". En su cima se encuentra siempre un referente "influyente" en el orden nacional. La función del caudillo no es la de articular las demandas de los grupos sino la de *controlar* su autonomía a fin de facilitar su encuadre político con fines electorales, a cambio de favores recíprocos.

Este intercambio de favores posee curiosas implicaciones. Allí donde el poder nacional se ve en la necesidad de asegurarse cierto tipo de control regional, el caudillo deviene en un personaje funcional, en tanto dicho poder se encuentre en proceso de consolidación o gestación o experimente la competencia de otro centro de poder, también de base nacional. Por ejemplo, cuando partidos nacionales compiten entre sí, ellos pueden necesitar el "favor" o apoyo de caudillos regionales o provinciales. En segundo término un "favor" jamás puede ser denegado sin mengua del "honor" de quien lo pide. Por ello, los caudillos jamás piden favores más allá de lo razonable porque no se debe hacer "quedar mal" a la persona a quien se le formula el pedido. A cambio de ello, el poder superior le garantizará que conservará cierta autonomía de control político local aun después de haberse producido un cambio en los eslabones superiores. A pesar de que el poder del caudillo es derivativo de otro de orden superior, su continuidad se explica porque cumple eficientemente el papel de impedir demandas que, por excesivas, resulten imposibles de cumplir. La base de esta relación es, por cierto, la "amistad", el parentezco o la familia.

Este patrón cultural de dominación, que Octavio Paz y Richard Morse vinculan con la tradición patrimonialista heredada de España, es sólo en apariencia "irracional". En efecto, en la versión clásica weberiana la racionalidad emergió en Occidente debido a la influencia del calvinismo y del puritanismo. Para Weber el protestante acumulaba riquezas en el ejercicio de una profesión porque la posesión de ellas era indicio de que el Señor, que es el operante hasta en los más ínfimos detalles, está con la criatura. Así, pues, el protestante no tiene otra disyuntiva que hacerse rico, pues Dios suele derramar sobre los elegidos sus dones.

Sin embargo, Weber se refería a un sólo tipo de racionalidad: la económica. Desde una perspectiva diferente podríamos explicar que así como el protestante acumula riquezas, en la cultura iberocatólica el caudillo acumula *amigos* porque son el instrumento "racional" para la conquista o conservación del poder político. Los amigos se logran haciendo favores y uno es tanto o más poderoso cuanto más amigos posee. Así como en lo económico el universalismo expresa la necesidad de dar libre impulso a las fuerzas del mercado, en la cultura caudilleril lo "racional" es el particularismo porque no existe base más segura para la conquista y consolidación del poder que los lazos de amistad, de sangre y de familia. Allí donde el capitalista concentra capital, el caudillo concentra poder y por ello se resiste a delegarlo.

Weber toma como paradigma de la relación protestantismo-capitalismo a Benjamín Franklin, en quien es posible rastrear la máxima "el tiempo es dinero". Esta visión ascética de utilización práctica del tiempo se concilia con la necesidad de servir a los propósitos de acumulación del capital en ejercicio de una *profesión*. Tal vez no sea exagerado decir que el *shopkeeper* sea la profesión por excelencia para los miembros de las sociedades protestantes, en tanto que en los países iberoamericanos el ideal cultural es representado por el "hombre público", vocación para la que nadie duda de su propia idoneidad. No importa el nombre con que designemos a estas personas que se sienten llamadas por la política -caudillos, caciques, padrinos, etc.-, su procedimiento es el mismo: el uso altamente racionalizado de las relaciones personales para la obtención, consolidación o mantenimiento del poder. El paradigma de nuestra cultura política es, sin duda, Maquiavelo, quien predicaba la necesidad de que el Príncipe tuviera la amistad del pueblo pues, de otro modo, carecería de recursos en tiempos de adversidad.

Weber consideraba que la noción de la predestinación entre los protestantes los privaba del sacramento de la confesión. Ello coadyuvó al desarrollo de una disciplina en todos los órdenes de la vida cuyas consecuencias fueron de gran importancia en la acumulación de capital y en la formación del espíritu burgués y racional. Sin embargo, Weber no nos explica otras impensadas derivaciones. Así, por ejemplo, la predestinación, muy fuerte como concepto entre los calvinistas y ausente entre los luteranos, transforma casi en irrelevantes a los intermediarios en las relaciones entre el Señor y la criatura. Según esta concepción del mundo, el hombre está irremediablemente obligado a seguir solo la senda hacia un destino ignorado, dispuesto desde la eternidad. No había quien pudiera ayudarle, ni el predicador, ni los sacramentos. El creyente, entonces, se veía obligado a plantearse de manera incesante si pertenecía al círculo de los elegidos. Este planteo conduce a la búsqueda de una consistencia entre la ética individual y la pública y a la conciliación entre los fines y los medios. Los católicos, en cambio, podían disponer del sacramento de la confesión para lavar culpas. Los santos, santas, vírgenes, etc., son los intermediarios a quienes se puede solicitar un "favor" para llevar el prodigio a las más altas cumbres y el sacerdote es el que dispone de las llaves del poder para un indulto seguro. La resultante es la existencia de una dicotomía entre la moral privada, accesible sólo al confesor y por consiguiente a Dios, y la moral pública. De igual modo, el hecho de que cualquier falta podría redimirse acudiendo al intermediario con humildad y contricción tiene varias consecuencias importantes. En primer término asegura un lugar central a la institución mediadora, en este caso la Iglesia Católica, en la relación entre Dios y la feligresía, ya que la salvación no está librada a la propia alma. En segundo término el crimen más horrendo puede ser cometido y perdonado por la autoridad eclesial (la confesión) y permanecer en el anonimato, con lo que se consagra el divorcio entre los fines y los medios y entre la moral pública y privada, debilitando así todo justificativo moral. Esta secularización de los medios es precisamente el sustrato de lo que se ha dado en llamar "maquiavelismo" en política, de quien los seguidores de San Ignacio de Loyola fueron sus practicantes más conspícuos. Fue esta tradición, heredada de la práctica política de la concepción orgánica de la sociedad en la versión neotomista del jesuita Suárez, la que plasmó, por cierto, el pensamiento y la concepción de buena parte de nuestra clase política en tiempos de la independencia. Y es esta visión la que conflictúa permanentemente con la tradición demoliberal anglosajona.

En síntesis, hablaríamos entonces de dos consecuencias diferentes para la conformación de la cultura y la personalidad política de los iberocatólicos y de los anglosajones que resultarían de las diferencias en las matrices ético-religiosas que forjaron las respectivas instituciones políticas en ambos territorios: el espíritu caudilleril y corporativista, plasmado de la ética católica heredada de la versión neotomista del jesuita Suárez; y el capitalismo competitivo y la democracia, derivada del puritanismo protestante. Este fenómeno tuvo particular importancia en Iberoamérica ya que los estados precedieron en el orden temporal a la formación de las sociedades nacionales. Bajo el signo de la contrareforma y la filosofía de los "primeros principios" se operó un sincretismo entre lo religioso y lo político, entre el estado y la sociedad que contribuyó a exaltar la importancia del *poder* en las relaciones sociales, aunque no a identificarse plenamente con él (Borges sostiene que robar dineros públicos en nuestro país, más que un delito es considerado una "picardía", lo que se explica porque el argentino considera al estado una abstracción insoportable).

En el contexto ibero-católico, la estructura de valores apoya la meta de llegar a ser un hombre público, caudillo, líder o patrón, lo cual justifica la adquisición de amigos, el equivalente del burgués que acumula capital en la cultura protestante. Por ello resulta "racional" todo aquello que signifique agregación de poder mediante lazos de amistad, compadrazgo y de familia. Fenómenos tales como la no delegación del poder, la "inaccesibilidad" de los funcionarios que se autobloquean con ejércitos de teléfonos y secretarias, el estar siempre "rodeado" de amigos, el uso calculado del tiempo para darse importancia (el llegar "tarde" deliberadamente a las citas), etc., pueden ser vistos como signos de ineficiencia, si se los juzga con los criterios económicos. Pero son formas altamente racionales cuando se persigue como meta la obtención o mantenimiento del poder.

Tecnología y sociedad

Escenas de la vida digital

Guillermo Ortiz

En los umbrales del año 2000,
en una sociedad en permanente cambio,
los límites entre ciencia y ciencia-ficción parecen esfumarse.
¿Cómo será la vida de una familia-tipo en esos lustros?
¿Habrá de enfrentarse a un
nuevo concepto de felicidad o a un hastío modernizado?

"¿Dónde está la vida que perdimos viviendo?
¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el conocimiento? ¿Dónde está el conocimiento que perdimos con la información?"

Thomas S. Eliot

La luz se filtra tímidamente por los amplios ventanales. El vidrio esmerilado atenúa los primeros destellos de la mañana y los dos prismas verticales ubicados sobre los aleros, absorben la luz de más que pueda dañar los ojos del madrugador. Desde que adquirió el último despertador musical, los amaneceres de Aldo Pietrabuona son tranquilos, plenos de sosiego; despertarse con los acordes de la Sinfonía 40 de Mozart interpretada en cadencia de bolero, no le produce demasiada excitación. Además, al segundo puede saber la temperatura exacta y el estado del tiempo en general porque su despertador musical está adaptado a cada vaivén atmosférico y cuando aparece Mozart es porque está sereno y el cielo despejado. Ya llevaba muchos días con las polonesas de Chopin, es decir con lluvia y viento. La sonda barométrica que su mujer instaló en el balcón parece funcionar a las mil maravillas. No hay de qué quejarse. La voz de su mujer le dice que el pan y el café están listos. De hecho se preparan solos al conectar la cafetera con el reloj memoria multiuso. Estira su mano y busca a su compañera entre las sábanas: se enreda con un cable al acariciar una superficie fría y pulida. La microreproductora es la solución para cuando Silvana tiene que salir temprano y no quiere despertar a Aldo. Allí le graba los primeros saludos, las palabras afectuosas o no y las recomendaciones domésticas. De todas maneras a Aldo le nacen las sospechas: ¿qué tenía que hacer Silvana un sábado a las ocho de la mañana?. Procura alejar los malos pensamientos. Prejuicios antiguos del siglo XX, que lo dicen. Se levanta y va al baño: el espejo le devuelve la mirada de un hombre que ya superó las curvas más pronunciadas de su vida. Es un rostro al que se le acabaron los paisajes. Comprende que le han quedado cosas por hacer y decir; pero el físico le pesa y el destinatario principal de sus palabras está muerto. A pesar de Mozart y el sábado apacible, el recuerdo de su padre guarda la exactitud y la tristeza de un reloj. De pronto, lo sobresalta una voz imperativa que repite un mecánico y metálico saludo semiahogado y barrunta una serie de horarios y actividades. Silvana había conectado el ordenador de la casa, no más grande que una vulgar caja de zapatos colocada en uno de los estantes del modular principal del living-comedor. Es una agenda oral perfecta sin raspaduras ni olvidos. Con la primera taza de café, Aldo corre a recibir el informe en la pantalla-mural de su dormitorio; ocurre que la otra, en la minicentral informatizada de la cocina, su hijo Walter, le está dando un vistazo a los periódicos del día. Si no estuviera tan caro el pasaje, le dice a su padre, le gustaría irse para estas vacaciones de excursión a la luna, en esas visitas guiadas a las estaciones habitadas permanentes que se inauguraron a principios del 2005. Al igual que su abuelo cuando se extasiaba con el trabajo de los pescadores y la carga y descarga de los barcos en las caminatas solitarias y solariegas por el puerto de Taranto, su ciudad natal, su nieto se entusiasma con las tareas de acople y aprovisiona-

CEDINCI

miento de las naves en sus escalas a otros planetas. A todo esto, Aldo no puede desayunar tranquilo; el ordenador le recuerda su impostergable visita al médico; el pequeño automedidor para la presión arterial está marcando por sobre el índice normal. Su alarma incorporada se lo recuerda con chillidos ininterrumpidos. No se le escapa nada.)

Los botones y las pistas

No es una novedad que la creciente y meteórica aparición de las nuevas tecnologías hayan causado y causen un especial impacto en la vida cotidiana de las gentes. Antes del final del siglo, la mayoría de nuestros movimientos cotidianos, nuestros esfuerzos y descansos estarán rodeados por la impávida escenografía de números e imagenes. La informática y la electrónica como nuevos dioses de un olimpo de teclas y mensajes cifrados (Aldo no pudo escapar al nuevo fenómeno: comprende esa mañana que su vida gira y se organiza en torno a una corte faraónica de artefactos color crema). Es el reino callado de lo digital. El dedo como nuevo ordenador, monarca indiscutido y universal del imperio intraducible de lo numérico. Un destino de pantallas y consolas. Uniforme y múltiple, diverso e idéntico a sí mismo. Artículos periodísticos dedicados al tema, libros y revistas especializadas hablan de la conformación y solidez de un mercado cada vez más expandido. "La sociedad digital" es un trabajo de reciente aparición elaborado con el apoyo de la Comunidad Europea por los sociólogos y economistas franceses P. A. Mecier, F. Plassard y V. Scardigli, del Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París; un exhaustivo examen que, partiendo de la comprobación de un desarrollo fatal permite a los autores darse el lujo y la fatiga de reflexionar en relación al futuro próximo: "El descubrimiento del vapor y los principios de la electricidad hicieron desaparecer el instrumento que se sujetaba con la mano, en provecho de la palanca cuyo manejo ponía en marcha ruedas, bielas, motores y grúas. El automóvil aun repleto de volantes, palancas y pedales es una supervivencia de este período que no ha caducado del todo. Pero mañana será el reino de los botones y los dedos", aventuran. Las salas de control de las fábricas automatizadas se ponen en funcionamiento con la punta de los dedos mientras sospechamos estar en los umbrales de un nuevo analfabetismo. Los niños modificaron los signos de su lenguaje. La caduca escritura dejó lugar al "basic", curiosa parafernalia de signos desconocidos.

Pero la revolución técnica no sólo está en el hogar y el trabajo sino que es también patrimonio de calles y carreteras. Algunas autopistas alemanas están equipadas con un sistema colocado bajo el pavimento consistente en un anillo de inducción, que sirve para registrar, al paso de cada vehículo, la velocidad exacta a la vez que informa al ordenador central de cada automovilista, los riesgos de embotellamiento, las próximas desviaciones obligadas que presenta el camino y las condiciones meteorológicas.

(Ahora, antes de salir, pasea por su jardín. La cortadora de césped cumple el recorrido programado. El automóvil eléctrico de su vecino es un murmullo acariciante. Su perra Leticia juguetea entre las rosas. "Los técnicos que la diseñaron son gente de confianza", piensa. Merced al procedimiento de cloriación podrá reproducirla después de su muerte, lo que le permitirá obtener una gemela, tan encariñado que es con los animales. Su mujer regresa agitada, lo saluda vagamente y se introduce en la casa. Sentada frente al videotext, "tipo visiófono", teléfono con televisor, teclea desesperada. En diez segundos aparece sonriente la cara algo ingenua y superflua de su agente de seguros. Silvana partió en su busca y no lo encontró; el hombre ensaya una disculpa mediocre a la vez que le da el precio por asegurar el sistema digital telefónico de servicio integrado que le permite telefonear y al mismo tiempo presentar textos o gráficos en las pantallas de los interlocutores. "Es para Walter, ¿vió?. A veces necesita corregir sus tareas escolares con sus amigos y no va a estar saliendo a cada rato", argumenta. "De acuerdo", contesta el rostro, para disolverse, en un montón de puntitos azules que se evaporan al instante).

La inteligencia de silicio y la biblioteca

Cuando a fines de 1959 se contruyó el primer circuito de semiconductores con varios transistores sobre una minúscula pieza de silicio, nacía la microelectrónica. Con el tiempo, en 1mm2 de silicio fue posible inscribir 100 mil unidades de información. Hoy ya se fabrican 500 mil funciones transistorizadas en un solo chip, sin ruidos molestos ni grandes centrales.

(Silvana que terminó el diálogo con su agente de seguros de quien por otra parte Aldo desconfía, toma una pequeña cajita de la que extrae un disco de diez centímetros de diámetro. Releer a Flaubert le lleva tiempo y aprovecha para eso los fines de semana. Desde que consiguió los discos compactos pudo deshacerse de esas estructuras obsoletas que son los libros. El disco puede contener lo que una biblioteca de diez metros de pared de largo y hasta el techo ocupa. Ahora, la pared le quedó libre para acomodar el "Joven con saco azul" de su amado Modigliani.)

Oferta, demanda social y modernización

Los estudiosos franceses ponen el alerta sobre una serie de reparos centrales de los que se desprendería la idea de que no es la tecnología por sí sola la que cambiará la forma de vida, sino las prácticas que se desarrollen a su alrededor. "La inserción de las nuevas tecnologías de la información en la vida cotidiana pone en juego la combinación de tres lógicas: una lógica técnica, que permite, por ejemplo, que pueda haber más de cien mil bits de información en el mismo chip; una lógica mercantil, que desemboca en el caso de la industria automovilística en producir coches deportivos en lugar de autobuses y en aumentar las posibilidades de velocidad en lugar de disminuir el consumo de gasolina. Y finalmente una lógica ampliamente social, dada por el entorno sociocultural en el que aparece el objeto técnico y que es la de las costumbres, actitudes y aspiraciones de los usuarios privados e instituciones".

La incorporación de nuevos aparatos se da junto con la convicción de que se trata de elementos indispensables para nuestra vida cotidiana. Pero cabe preguntarse plantean los autores qué ocurriría si esa difusión se ve enfrentada con fuertes descensos en el poder adquisitivo, y con una limitación en las rentas.

De ahí surge el imperativo de un encuentro entre la lógica de las necesidades con el desarrollo económico. "Si existe una expresión que debido a la imprecisión conceptual que la rodea, se beneficia de una moda imprevisible en el campo de las ciencias sociales, es la demanda social. Y podemos preguntarnos si en realidad no oculta la predominancia de la oferta, y si en definitiva no sirve para designar, bajo una pomposa expresión, la localización de mercados solventes". Y es que el predominio de la oferta obliga a la creación de nuevos usos, a forjar necesidades complementarias que en virtud de un discurso adecuado se convierten en primordiales. Así, todos somos protagonistas de la modernización, al aceptar como urgente y vital lo meramente sofisticado. Algo de esto ocurrió con el estrepitoso avance del reloj de cuarzo que ha terminado con los relojes tradicionales. No obstante, ninguna encuesta acerca de la calidad de vida de los europeos mostró jamás ni aproximadamente que sus aspiraciones eran la de disponer de la hora con una exactitud de milésimas de segundo. Por otra parte, "en las sociedades capitalistas occidentales avanzadas, los proyectos de modernización (que tiene que ver con las necesidades de adecuarse a un determinado asentamiento productivo industrial) se piensan como necesarios, pero se los separa del posible componente de modernidad. Esta es la forma de las actuales tendencias neoconservadoras: sí a la modernización por cuanto es útil al desarrollo capitalista, no a la modernidad, por cuanto en ésta se contempla un proyecto de sociedad diferente a la actual", señala el filósofo y arquitecto argentino Tomás Maldonado.

Libertad y vida privada

Sin duda la corriente informatización de los ficheros puede aportar detalles muy significativos sobre las personas que se quieran investigar. El panorama es insospechado. Por ejemplo, un simple extracto de cuenta bancaria permite por varios sistemas de información conducida, detectar los lugares que frecuenta el elegido, a qué se dedica, sus opiniones políticas y hasta sus presuntas suscripciones a material periodístico extranjero. En Francia, a principio de los ochenta, dos ambiciosos proyectos fueron motivo de discusiones severas. El GAMIN y el SAFARI. Mediante su puesta en ejecución podían centralizarse los antecedentes familiares, médicos y escolares de cada joven, a la vez que se conectaban los datos del último censo a las conmputarizadas centrales de policía.

Más allá de estos deslices, también fueron posibles (hay que ser justos) hechos como la coordinación del "Libro del Buen Amor" del Arcipreste de Hita, efectuada por computadoras de la State University of New York, permitiendo a los investigadores avanzar en sus estudios sobre la sintaxis de la lengua medieval. Así también se sabe que el banco de datos de la Universidad de California puede informar en menos de dos minutos, todos los usos de una voz griega, por ejemplo. También se ha llegado a... (Sobre el jardín se proyectan las primeras sombras. En la sala de videos se despatarran Walter y sus amigos. Todos pecosos y con gafas, característica que no les ha impedido programar un videojuego de ingenio sumamente complejo. Ahora, observan una película de aventuras en la que un niño a bordo de un avión birreactor infantil rescata de las llamas a su pequeña vecina tras posarse temerariamente sobre el techo de la vivienda presa del incendio. Una vez a salvo el héroe galáctico y picado de acné, invita a su amada a un paseo por las estrellas. A Aldo no le alcanza el presupuesto para regalarle ese birreactor a Walter. Y menos a partir de esta tarde cuando introdujo su "Tarjeta Individual de Reconocimiento" en la ranura del censor conectado a los ficheros del Registro Civil, obteniendo la baja laboral inmediata. Mientras se entretiene con la carrera de naves espaciales que trasmiten por TV en directo, acaba de confesarle a Silvana, su comprensiva esposa, que ya está algo cansado de la vida y ha decidido jubilarse).

CATALOGOS SRL
Distribuidora de libros
Importación
Exportación

Colección REINVENTAR AMERICA

NORBERT LECHNER (comp.), REGIS de CASTRO ANDRADE, GABRIEL COHN, ANGEL FLISFISCH, FRANZ HINKELAMMERT y LUDOLFIO PARAMIO

¿QUE ES EL REALISMO EN POLITICA?

JOSÉ ARICO

MARX Y AMERICA LATINA

Colección SABERES

TOMAS ABRAHAM

PENSADORES BAJOS (SARTRE, FOUCAULT, DELEUZE)

Siglo XXI Editores

NORBERTO BOBBIO y NICOLA MATTEUCCI (directores)

GIANFRANCO PASQUINO (redactor)

JOSÉ ARICO y JORGE TULA (redactores de la edición en español)

DICCIONARIO DE POLITICA

Libros

Javier Franzé

Norberto Lechner, Franz Hinkelammert, Gabriel Cohn, Ludolfo Paramio, Oscar Landi y Regis de Castro Andrade.
¿Qué es el realismo en política?
Buenos Aires, Catálogos Editora, 1987

Empeñarse en experimentar la política como búsqueda ética acaso ya sea una forma de condenarse a la desesperanza, a la derrota. La historia, con traza humana, se ha encargado de la desfascinación. Sin embargo, y siempre una vez más, la política convoca para una última acción que parece encerrar el momento de la reconciliación con la ética olvidada. Algunos prefieren el destierro pesimista, otros se empecinan y vuelven a andar otra vez hasta desafiar la incertidumbre. Porque ocurre que la sentencia del descalabro ético invariablemente la pronuncia el "realismo", esa sinuosa necesidad de cefiirse a lo que nos va quedando, a lo que hemos hecho, que para el caso es siempre poco. Y el realismo es la desgarradura de lo ético, como lo sabía el Camus de la posguerra cruzada por Combat y los renglones de "Moral y Política", como lo supo aquel intelectual visconteano absorbido por el "Grupo de familia".

Entonces, para ir asimilando el desencanto ético-político, imaginamos nuevos espacios de vacilación y nos interrogamos por el realismo, como modo de ver los límites que no querríamos admitir.

Este volumen es una compilación de los distintos trabajos generados en un seminario de CLACSO dedicado a la teoría del estado y la política en América Latina, que llevaba por título la pregunta que encabeza el libro. El foco de atención reflexiva es la vinculación, en el interior de los tránsitos a la democracia iniciados en latinoamérica, del realismo político y la democracia como forma de producir "estrategias realistas de democratización".

Ya en la introducción Lechner explica que el punto de partida analítico es la idea de responder qué es el realismo en política desde una óptica no conservadora, produciendo una desvinculación conceptual entre "realismo" y "statu quo". Esta escisión inaugura la problemática relación entre realismo y ética, tomada ésta como ideario de fines o bien de principios. Y si la ética es la contracara problemática del realismo, también lo es la utopía, porque como aquella parece destinada a ser un elemento de máxima fricción con una política realista, conformándose como el lugar desde donde se exige siempre un mayor caudal ético al hacer político. Así, ética y utopía se enlazan y realimentan como lados de un mismo concepto, para constituirse en parámetro insalvable del realismo, en su escollo. Paralelamente a lo utópico/ético, emergen como disyuntiva para el realismo la cuestión de la racionalidad política, la creatividad e imaginación administrativa, las distintas concepciones de lo político y lo real, la preservación de las formas democráticas y la delimitación de los posibles e imposibles sociales.

Los dilemas de la conflictividad en torno al realismo político se ejemplifican en la dificultad de precisar la noción misma de "lo real", en apariencia cargada de obviedad y evidencia. Este concepto ha sido fijado históricamente desde posiciones excluyentes y contradictorias entre sí, como ia más "dura" que entiende la realidad en términos de objetividad pura y la otra más "blanda", que la piensa como construcción social.

La complejidad de esta problemática genera una multiplicidad de enfoques, de miras y métodos de abordaje. El volumen que comentamos es prueba de esto, ya que en él conviven una diversidad de respuestas, pero con una unidad de preocupación y reflexión apoyada en nudos temáticos que reaparecen en cada ensayo. Entre éstos, se destaca la crítica a la idea de "necesidad histórica", esto es, de la historia como portadora de sentidos previos, de areas de despliegue inevitable. Lo históricamente necesario" queda desplazado como criterio de realismo político para abrir paso a lo "posible" de cada momento, período o coyuntura. Cae el telón para la historia como itinerario con puntos de arribo fijados de antemano. Vinculada a esta noción, la crisis del sujeto revolucionario (y su impacto en la utopía), es también lugar reiterado para el inicio de la reflexión. Los ensayos toman, asimismo, la concepción de la realidad como construcción, alejándose del objetivismo. Estos elementos reflexivos se van conformando en una suma que confluye en el tema central de la democracia en tanto esquema alimentado en el pacto, lo contractual, como diálogo, pluralidad y negociación, donde la confrontación y la lucha no ocupan ya sitios cénticos. Los diversos enfoques se inscriben, con mayor o menor fuerza, en este clima analítico.

El trabajo de Paramio se encamina por la problemática del realismo reflexionando sobre la contracara utópica. Su título es más bien una conclusión: "La utopía hecha pedazos", con el cual encabeza un análisis de esos que prologan polémicas. Y desarma todo lo que en el marxismo considera sustancialismo, reduccionismo fábula. El mito de la sociedad reconciliada, sin conflicto; la crisis del sujeto revolucionario; el concepto de naturaleza humana de Marx y la emergencia de nuevos movimientos sociales como símbolo de una problemática social renovada, son los puntos sobre los cuales va apoyando su argumentación en pos de clausurar viejos horizontes: la utopía ha estallado, nos dice, y parece más cómodo frente a la incertidumbre y la disolución de todo sueño armónico que con las certezas de un pasado que comienza a quedar atrás.

Hinkelammert vuelve la mirada a la revolución burguesa para encontrar el origen de la noción de política como arte de lo posible, y y sostiene que ser realista es saber que lo perfecto es imposible, una ilusión. Lo que no implica renunciar a la utopía, pero sí tomar conciencia de su imposibilidad. Por su parte, Lechner vincula el realismo con la definición sobre lo posible para utilizarlo como herramienta crítica de transformación, expresando que ser realista es estructurar políticamente el tiempo. Esto es, legitimar mediante la continuidad temporal el nuevo orden político, sincronizando las urgencias temporales subjetivas y los plazos objetivos. Cohn toma el tema del realismo desde el ángulo de la racionalidad política, para lo cual se apoya en las formulaciones de Weber y Habermas, en la hipótesis de que ambas son especulares en tanto se construyen en la dinámica de los intereses y la razón, la ciencia y la política, para buscar un fundamento racar la forma en que se fue construyendo lo que llama el "discurso sobre lo posible" como dato del realismo político. Es interesante su metodología en el sentido de que no por tratarse de un análisis de discurso (electoral en este caso) descuida los hechos históricos y el contexto material que los rodeaba. Es decir, no analiza el discurso en sí mismo, sino que lo pone en relación con elementos condicionantes, lo que a menudo no ocurre con este tipo de reflexiones, que suelen prescindir de la historia y los contextos no específicamente discursivos.

La noción de formación de los actores o sujetos políticos en el interior de la sociedad es abordada por Landi con una intención primera no desdeñable: la de alejarse de toda interpretación sustancialista. Y explica, como en otro trabajo que "si nos manejamos con el supuesto de que los individuos o las clases sociales tienen el carácter de subjectum (de todo lo real), el conflicto político no puede ser considerado sino como... expresión de algo preexistente, replegado y originario que otorgaría al individuo o a las clases sociales el carácter de sujetos"[1]. A esto Landi• denomina "obstáculo sustancialista". El riesgo de esta noción es que la política aparece como indeterminada en el afán de afirmar su carácter productivo. Ese énfasis termina por substimar la determinación que elementos como la estructuración y distribución del poder social en términos de grupos o clases sociales ejerce en la conformación de las identidades políticas. La negación del sustancialismo no puede asimilarse a la disolución de todo elemento que aparezca condicionando una actividad como la política, inscripta necesariamente en lo social. En definitiva, la óptica de Landi genera otro concepto explicativo de "todo lo real" la política como pura actividad discursiva, que todo lo produce y donde todo se resuelve. El hacer político, además de quedar reducido a lo discursivo (aunque este concepto aparezca en sentido amplio), deviene finalmente actividad autosustentada, autogenerada, que no reconoce nada "previo". Así como no es posible concebir la política como mero reflejo o extensión de disputas originadas en otro ámbito (generalmente la "base" económica), tampoco se la puede pensar inmune al peso de elementos materiales que operan estructurando la interacción de los sujetos, su posicionamiento en la organización que toma el poder y la relación de fuerzas que a partir de estas determinaciones se establece. Sin duda la política devuelve su influencia sobre lo estructural, conformando una relación de reciprocidad, pero en el análisis de Landi lo político en tanto productor absoluto se ubica ejerciendo una preponderancia unidireccional que suspende la interacción con el mundo socioeconómico. El lado oscuro de esa "inmunidad" abstracta no es más que un modo de afirmar el supuesto carácter neutral del orden social, entendido éste como el conjunto de los rituales institucionales; las condiciones de producción, circulación y recepción de los materiales discursivos; la lógica del mercado y el efecto de mediatización producido por la delegación de autoridad. En pocas palabras, lo que Pierre Bourdieu define como el "efecto de conocimiento" que producen las estructuras objetivas sobre las subjetivas, cuya traducción es el "contrato tácito de adhesión al orden establecido" dado como correlato entre el sentido común y el orden social.

Lo que en Landi parece constituir una potenciación de la capacidad del sujeto para producir transformaciones sociales, en tanto se le presenta generando su identidad mediante la "libre" actividad política, s obreviene una subestimación del poder precisamente simbólico que las estructuras organizacionales ejercen per se sobre lo subjetivo. En este desplazamiento, por sobreestimación de las condiciones materiales de los actores, tanto la relación que se establece entre los diversos sujetos sociales así como la que se configura entre éstos y las estructuras objetivas, son pensadas en términos de igualdad, cargadas de equidad, desatendiendo los rasgos de asimetría (diferencia) material y simbólica que las regulan.

[1] Oscar Landi. *Crisis y Lenguajes Políticos*, Cedes, 1984.

puntosur editores

• Manuel Caballero, La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana
• José Nun, Juan Carlos Portantiero, comp. Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina
• Julio Godio, Partidos, sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina
• Oscar Terán, Positivismo y nación en la Argentina

PUNTOSUR ENSAYOS DE PROXIMA APARICION

• José Aricó, La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina
• Hugo Vezzetti, El nacimiento de la psicología en la Argentina
• Oscar Landi, Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política
• Ana María Ezcurra, Iglesia y transición democrática. Ofensiva del neoconservadursimo católico en la Argentina

eBIpC CEDInC

El PCP Sendero Luminoso: aproximaciones a su ideología

Manuel Jesús Granados

Todo empezó como jugando, dicen las letras de una canción popular, que nunca fueron más reales y acertadas para designar el movimiento armado del Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso. Realmente, es necesario reconocerlo, todo empezó como jugando. Algunas torres eléctricas por allá, algunas bombas por acá, no presagiaban ni prefiguraban las dimensiones geométricas que habrían de alcanzar las acciones, que de provincias ayacuchanas, de las que nadie sabía su existencia, expandiéronse a localidades vecinas, llegando a tener en la actualidad una inquietante presencia nivel nacional.

Hoy el nombre de Sendero Luminoso es mundialmente conocido. Pero gran parte de su pensamiento político es desconocido, pues mantiene un extremo y cerrado hermetismo. Por lo general, ellos editan uno que otro folleto, de claras tendencias literarias, con un lenguaje metafórico, simbólico y que, muchas veces, aparenta no traslucir nada. Esto no es una característica nueva sino que es la continuidad de un estilo de trabajo partidario. Su sistemático silencio permite que las tentativas de explicación, en cuanto fenómeno político, sean muchas.

El desconocimiento parcial, y en determinados casos total, de su ideología, permitió que sus acciones iniciales fueran vistas como desprovistas de juicio e irracionales ante la opinión pública nacional o internacional. La realidad, como siempre, supera a las ficciones. Las acciones desarrolladas desde mayo de 1980 son el resultado de la aplicación práctica de un cuerpo de pensamiento: el tan propagandizado y totalmente desconocido "pensamiento Gonzalo".

Es conveniente partir de una trillada declaración de principios: no soy miembro del PCP SL, y por tanto no soy senderista. Ni lo seré nunca. En este sentido, tratar de interpretar algunos de sus planteamientos básicos en modo alguno significa que yo justifique alguna de sus acciones violentas. No existe, por consiguiente, la intención de hacer aquí una especie de apología, sino este trabajo es el puro y simple reconocimiento de una realidad que afecta a la sociedad peruana, que ya vive en los tiempos de la sangre y del fuego, como dijera Ernesto Sábato.

Hace doscientos años, dice el historiador Juan José Vega, la revolución de Tupac Amaru crecía en el horizonte nacional amenazando el poder colonial español. Corría el mes de mayo de 1780 cuando, en ocasión de ser ofrecido el sacrificio ritual, los dioses tutelares emitieron una profecía dirigida a Tupac Amaru por boca de Willaq Umu: "Debes hacer brillar el sol, y si no lo consigues totalmente, deberán pasar doscientos años para que vuelva a brillar". Si hay algo que nos enseña la historia es la inexistencia de las coincidencias, pues en mayo de 1980 el PCP SL inicia su lucha armada, como resultado de los acuerdos tomados en el IX Pleno de su VI Conferencia Nacional.

Los aniquilamientos

De acuerdo a la concepción marxista, la revolución es una lucha de clases y como tal significa el enfrentamiento de clases dominantes, apoyadas por el imperialismo, contra las clases dominadas. Pero clases dominantes no solamente son los grandes capitalistas, terratenientes o comerciantes, sino que también encuentra su expresión jerarquizada, en las zonas urbanas y rurales.

De acuerdo a ello, para el PCP SL, la concepción de la lucha armada (LA) es esencialmente rural, zona que se convierte desde el primer momento en el punto de confrontación básica. La lucha entre clases ha de empezar ahí. En ellas, los representantes del Estado y el capitalismo son las autoridades gubernamentales (alcaldes, tenientes gobernadores, policías, entre los más significativos); las autoridades campesinas (presidentes de comunidades, autoridades tradicionales); los pequeños comerciantes y burócratas. Todos ellos han de ser llamados "pequeños reaccionarios", y serán las primeras víctimas de un acoso generalizado. A este proceso, que tiene como finalidad el lograr la ausencia, sea por la eliminación física o el amedrentamiento, de estos naturales enemigos de la LA y del PCP SL, lo llaman batir el campo o matar la mala hierba de todos los pueblos.

De esta manera el acoso a los pequeños reaccionarios es selectivo, buscándose símbolos que sean fácilmente perceptibles por todas las personas. No es indiscriminado, hecho que sí ha de suceder, necesariamente con el transcurso del tiempo. Este acoso tiene, además, un trasfondo práctico: desean preservar a los miembros del PCP SL, en sus expresiones, los mejores hijos del pueblo, del ataque y delación que harán los pequeños reaccionarios, más temprano que tarde. Con ello evitan que los objetivos primordiales de su revolución sufran retrocesos y/o daños.

El acoso ha de abarcar, en consecuencia, a todos aquellos que física, moral o políticamente amenacen, real o potencialmente, al PCP SL. En este contexto, las nociones éticas del bien y del mal dejan de existir, siendo suplantadas por las nociones, revolucionarias, de a favor del pueblo o en contra del pueblo. Es conveniente señalar que no buscan la venganza, salvo excepcionales situaciones, pues el objetivo estratégico es la toma del poder, y todo debe ser subordinado a él.

Una de las preguntas fundamentales, y bastante común, era el por qué mataba PCP SL a campesinos que carecían de poder y riquezas. Una explicación es que los conceptos de riqueza y poder son mínimos en las zonas rurales, pero siempre existen. Un campesino poseedor de cinco carneros, terrenos un poco más grandes o una pequeña tienda, ya es visto como rico y ocupa, muchas veces, cargos gubernamentales o comunales. Es recreada, a niveles mínimos, la gran ilusión de la "decencia", sinónimo de riqueza y blanqueamiento; valores propios de un sistema feudal y semifeudal. Recuerdo que uno de aquellos senderólogos famosos, hace ya tiempo, me preguntaba el por qué de la matanza de comuneros de un distrito ayacuchano, conocidos suyos, buenas personas decía. Claro, los comuneros arrastran, se podría decir, el síndrome del blanco. A los blancos se los identifica con la gente decente, con el hacendado, con el diputado, con los doctores, y en virtud a esto, el comportamiento frente a ellos ha de variar enormemente respecto a cualquiera de los demás comuneros. A los primeros se los trata como a amos, mientras que con los segundos el trato es igualitario. Por eso, el campesino poseedor de bienes materiales empieza a adoptar las poses características de la gente decente: niveles de prepotencia, ostentación de su magra riqueza y trato despectivo a los comuneros más pobres. En un contexto en que surgen movimientos armados, como el actual, es natural y lógico que se alineen con la gente decente y las fuerzas armadas.

Conviene recordar, por otro lado, el problema del indio. Históricamente fueron aplastados, exterminados y embrutecidos por quinientos años de dominación. De acuerdo a esta premisa, muchos campesinos (indígenas) ya tienen una visión de resignación fatalista de su lugar en la sociedad, aceptando la dominación como algo natural. El PCP SL comprende tal realidad y lleva a la práctica el aforisma de que la revolución se debe hacer a favor de los campesinos que luchen, y en contra de los campesinos que defiendan al patrón que los explota, al cura que los engaña y a la autoridad que los castiga.

Por tanto, a los campesinos de los pobladas donde vaya desenvolviéndose la LA, y que no sean mayoritariamente simpatizantes, se les ofrece una alternativa: cooperar en silencio o morir, dejar que sus hijos sean enrolados a las filas del Ejército Guerrillero Popular (EGP) o morir. No hay otra solución. Para el PCP SL volverlos neutrales, por principio, es imposible; reeducarlos es una tarea muy grande cuando aún lo primordial es la LA; eliminarlos, es quizá la alternativa más conveniente.

Pero también esta actitud tiene un límite, pues tal política es igualmente aplicada por la contrasubversión. El terror tiene un límite. Cuando los campesinos son acosados, unos escapan a otros lugares, otros permanecen y se alinean con uno u otro bando (mayormente con el PCP SL), y la gran mayoría trata de mantener un estado de neutralidad. Por desgracia, estos últimos son los que sufren el fuego de ambos lados y tienden a ser eliminados masivamente. Es la figura de un sandwich, con el campesino en medio. De seguir esta tendencia, entre las fuerzas armadas y el PCP SL, decía alguien, podrían solucionar el problema del indio.

¿Qué este panorama es atroz y demencial? No lo es tanto si examinamos la historia mundial. De las matanzas de los antiguos asirios, persas, romanos, hunos, pasamos a las matanzas del mundo civilizado, que tiene una de sus máximas expresiones en la Alemania nazi. En el campo de las revoluciones socialistas, vemos que con Stalin hubo más de treinta millones de muertos; en la revolución cultural de Mao, la cifra llegó a casi cuarenta millones; los vietnamitas llegaron a seis millones; pero es con Pol Pot donde se aniquila casi la mitad de la población del país. En nuestra patria, hasta hoy, los muertos numerícamente no son muchos todavía. Si triunfara el PCP SL, ¿cuántos peruanos quedarían para contar la historia? ¿Un millón, medio millón? Para ellos, en la concepción marxista, estas "operaciones de limpieza" son necesariamente imprescindibles, a fin de enrumbar adecuadamente el destino. Las agoreras premoniciones vienen sucediéndose de1980 en adelante.

En las ciudades, la lucha adopta nuevas modalidades. Ahí sí, ya están presentes los exponentes medianos y máximos de las clases dominantes y el imperialismo. Una regla básica aplicada por muchos movimientos armados es el actuar contra blancos individuales, grupales o institucionales que puedan ser símbolos perceptibles. Así son atacados los bancos, las oficinas de entidades públicas y privadas, la luz (voladura de torres eléctricas), los locales políticos, las medianas y grandes empresas; acciones explicadas en la parte concerniente al sabotaje. También son llevadas a cabo sistemáticas campañas de aniquilamientos de miembros de las fuerzas armadas y policiales, que pueden o no haber peleado contra el PCP SL en Ayacucho y las zonas en emergencia.

Así, el aniquilamiento de policías, soldados y marinos, tiene varios objetivos. El principal de ellos es el mensaje implícito: no los olvidan y saben quienes son. Cuando los miembros de las fuerzas armadas y policiales son destacados a la zona de emergencia, generalmente, no utilizan sus nombres verdaderos. De ahí que resulte desazonador comprobar que el PCP SL sí los conoce. Cuando alguien es aniquilado, sean cuales fueren las circunstancias que rodeen al hecho, la primera medida tomada es averiguar si prestó servicios en la zona de emergencia. Si efectivamente es así, cunde el desassosiego, la cólera, el odio, la impotencia y finalmente, el temor a ser elegido como futuro candidato para un atentado. Si es alguien nacido en Ayacucho, su situación se complica aún más, ya que pone en peligro no sólo su vida, sino también la de sus familiares.

Consiguen con ello socavar la moral de las instituciones afectadas; nadie se siente seguro, y hay una especie de paranoia generalizada. Otro objetivo importante es el mantener, en contraposición, la moral en alto de los militantes del PCP SL, a la vez que se obtiene armamentos para ser utilizados en acciones de aniquilamientos futuros.

La incertidumbre generalizada es una arma sicológica a favor del PCP SL. Socava la estabilidad emocional de los miembros de las fuerzas armadas y policiales, haciéndolos proclives a cometer excesos en su trato diario con la población, y a ser totalmente desconfiados: no saben si el ataque vendrá de los jóvenes que conversan alegremente, de la jovencita insinuante, de la madre que lleva un bebé en brazos, del que se acerca a denunciar algo, del que pregunta por una dirección; el abanico de posibilidades es inmenso.

Los aniquilamientos, conscientemente, buscan despertar al león. Pero el león siempre estuvo despierto, incluso desde 1983 en que ejerció una represión indiscriminada en amplios sectores poblacionales de la zona de emergencia. La matanza de los senderistas presos el 18 de junio fue solamente un episodio más. Los familiares y amigos de los sobrevivientes, en uno y otro caso, ninguna razón tienen para defender al gobierno, y sí muchas para estar contra él.

Habiendo el PCP SL demostrado guardar poco respeto por la opinión ajena, era un misterio el por qué se abstenían de atacar a la Iglesia Católica y sus representantes, los sacerdotes. Los historiadores conocen de las intensas campañas de cristianización y extirpación de idolatrías realizadas por la Iglesia desde la época colonial, y que hoy le permiten ostentar una abrumadora cantidad de católicos en la población peruana. Con esta cobertura puede explicarse que Monseñor Ritcher Prada, obispo de la Iglesia Católica en Ayacucho, preguntado el por qué de la alta tasa de mortalidad infantil, dijera a la periodista Begoña Ibarra:

"Mira hija, la mortalidad infantil que se da en estas regiones no es propiamente por falta de alimento, sino más bien por falta de nutricionistas, de gente que venga y les enseñe cómo preparar comidas balanceadas. Esta gente de acá tiene alimentos. Tiene el maíz, que es de un gran poder proteínico; tiene la papa, un buen alimento; tiene el trigo; tiene la cebada. Que se le enseñe a balancear mejor una dieta para que los niños coman mejor lo que ellos tienen".

Entonces, ¿por qué el PCP SL no ataca directamente a la Iglesia Católica? La respuesta habría que buscarla en la estrategia del trabajo campesino. Al parecer, en la primera fase, de preparación de la guerra de guerrillas del PCP SL son respetadas las creencias de la población, ejerciéndose una discreta presión para que los sacedotes abandonen sus parroquias, en los poblados campesinos. Esto fue conseguido. En la segunda fase de la Guerra de Guerrillas (G de G), ya tiene importancia el definir una posición de lucha contra la Iglesia, aun cuando todavía no se den acciones individuales contra los sacerdotes. Siendo la Iglesia Católica un ente especial, ellos podrían considerar que merece un tratamiento especial, que será dado a partir de la tercera fase. Como dice el Eclesiastés todo tiene su tiempo.

Vino el Papa Juan Pablo II en 1985 y, en Ayacucho, terminó su discurso pidiendo con tono enérgico, en nombre de Dios, que abandonaran la violencia. A la noche siguiente tuvo la respuesta, en el apagón general, más conocido como el Papagón. La seguridad de no ser atacados va disipándose en las brumas del recuerdo, y hoy día muchos de altos dignatarios de la Iglesia ya anticipan que podrían ser blancos de atentados.

Desde los primeros actos subversivos, la Iglesia Católica mediante algunos teóricos y supuestos expertos en marxismo con que cuenta, fijó su preocupación en el PCP SL. Trataron y tratan de interpretarlo, pero sus esfuerzos van quedando en nada ya que los conceptos del bien y del mal aprisionan las interpretaciones. Ultimamente, después de trecientos años, una de las congregaciones guerreras de la Iglesia volvió a Ayacucho: los jesuitas. Son la punta de lanza de toda una estrategia de recuperación de la población bajo las banderas de Dios; pero, parafraseando, las palabras del sacerdote a los pobres de Ayacucho: Dios está pensando en ustedes; a estas alturas, es muy posible que los pobres respondan: pues a ver si deja de pensar tanto y hace algo por nosotros.

El autor de este trabajo -publicado originariamente en *Socialismo y Participación*/37-, un antropólogo peruano egresado de la Universidad de Huamanga, Ayacucho, es tal vez quien mejor conoce el pasado y el presente de Sendero Luminoso. Analizando su período de formación, Granados vuelve sobre la ideas fuertes y sobre la mentalidad dirigente del senderismo, sobre su cosmovisión y sobre sus creencias más arraigadas. Se trata de una mirada hacia el interior de un movimiento que hasta ahora se mantiene impenetrable a todo análisis y aproximación.

La línea de masas

Todo partido tiene una política definida en cuanto a su orientación poblacional, llamada línea de masas en el lenguaje marxista. La línea de masas del PCP SL es bastante similar a la del PC chino en cuanto a su enunciación; existiendo algunas diferencias que podrían catalogarse como avances y desarrollos de ella. La declaración, por lo demás esquemática, considera que la fuerza motriz de la revolución en el Perú ha de ser el campesino, especialmente pobre, con la clase obrera en el papel de clase dirigente, mientras que la pequeña y mediana burguesía pueden ser consideradas fuerzas auxiliares.

¿Cómo es aplicado este principio? En las zonas rurales, y antes de la presencia de la contrasubversión, la labor de concientización de la población campesina es hecha sin distinciones generacionales. El énfasis es puesto, naturalmente, en los campesinos pobres, sean éstos adultos o jóvenes, buscando fortalecer al PCP SL en el campo. Con la presencia de la contrasubversión, la concientización es polarizada, dirigiéndola en exclusiva a los campesinos jóvenes, futuros miembros de la milicia combatiente. Los adultos, por muchos factores a tomar en cuenta, mayormente no son confiables., demostrándose tal afirmación con un análisis de la composición generacional de las llamadas rondas campesinas de defensa civil: en abrumadora mayoría son campesinos adultos.

En las zonas urbanas, la concientización asume nuevas modalidades. Es orientada a los sectores pobres. Tomando el caso de Lima Metropolitana, abarca a los pueblos jóvenes en los que los sectores pobres están representados por los migrantes e hijos de migrantes en una segunda y hasta tercera generación. Acá es donde surge la diferencia. El énfasis de la labor concientizadora es puesta desde un comienzo en la población escolar y universitaria; no importa que sea indio, cholo o blanco: interesa la juventud. Incluso, el aspecto de la pobreza tiende a ser atenuado, pues se recluta jóvenes provenientes de todos los estratos sociales, sean éstos medios e inclusive altos.

Es necesario aclarar este panorama que aprenta ser contradictorio. En el Perú existe el problema del indio, pero también existe el problema del cholo. El conocimiento adecuado de esta realidad puede ofrecer una alternativa de triunfo. Desde las primeras acciones del PCP SL se crea un estereotipo del subversivo en la sociedad urbana: serrano, cholo, mal vestido, igual a senderista. Tal estereotipo no refleja correctamente la realidad. Algunos de los detenidos por supuestas actividades subversivas (hoy muertos en las matanzas de los penales el18 de junio), escapan a este estereotipo. El Perú es un país con una población mayoritariamente no-blanca, que se refleja en los rasgos fenotípicos más o menos indígenas de muchos de los detenidos, con lo cual es reforzada la imagen, idealizada, del senderista como un cholo serrano. Esa idea favorece enormemente el accionar del PCP SL en el medio urbano.

Desde 1971 el PCP SL extendió su influencia en las universidades peruanas, llegando a tener alguna presencia en ellas a fines de 1976; pero desde 1978, fecha en la cual se programa la LA, inicia una lenta y progresiva captación de estudiantes de las más exclusivas universidades particulares. Tal proceso tuvo, por su misma naturaleza estratégica, un lineamiento metodológico clandestino. Tuvieron dos razones para actuar así: por un lado, los estudiantes provenientes de las clases medias y altas de la sociedad son elementos fácilmente asimilables a la doctrina ideológica del PCP SL, ya que generalmente no cuentan con una ideología apropiada que les permita evadir dicha influencia; y, por otro lado, son jóvenes cuyos padres y/o familiares ocupan posiciones altas en la estructura gubernamental, en las fuerzas armadas, fuerzas policiales, partidos políticos, en la industria y el comercio, y de quienes, en determinados momentos, puede extraerse información valiosa para los fines del PCP SL.

La idea del egresado de la Universidad de Huamanga como presunto senderista está muy enraizada en la sociedad peruana; pero en nada es correcta. De esa idea, surge un problema. Dichos egresados tienen serias dificultades a la hora de buscar un trabajo para subsistir. Es obvio que nadie puede conseguir un certificado firmado por el Presidente Gonzalo de no ser senderista. ¿Qué depara el futuro a estos profesionales?

El sabotaje

¿Por qué no atacaron frontalmente, desde un comienzo, a las fuerzas policiales o unidades de las fuerzas armadas? La respuesta se encuentra en su concepción de la Guerra de Guerrillas: nunca se ataca si es débil y menos aún cuando la LA está en preparación. Sus acciones corresponden a una estrategia previamente diseñada. Es utilizada, en consecuencia, una variante sui generis de sabotajes sistemáticos, continuos y pequeños. Comenzaron las voladuras de locales de bancos, partidos políticos, oficinas públicas y privadas, primero a escala local y luego nacional. Tales acciones, además de voladuras de torres y los consiguientes apagones obligaron al surgimiento de infinidad de interpretaciones, siendo una de ellas la pregunta de por qué no se atacaban a los símbolos del Estado, como son los altos oficiales, líderes y funcionarios prominentes del gobierno, a comerciantes de éxito; en lugar de estar atentando contra puertas y torres eléctricas. Desde un inicio, estas acciones fueron catalogadas como actos demenciales (se habla por esos tiempos de la supuesta locura de los senderos), y posteriormente se acuñó el término de terrorismo, concepto utilizado en una política de guerra sicológica contrainsurgente. Pero no era, ni por desgracia es, terrorismo. El terrorismo es propio del accionar de grupos que adolescen de la falta de una concepción ideológica, siendo proclives a expresiones de ira descontrolada y ciega.

¿Cuáles eran los criterios básicos -podemos interrogarnosque normaron los primeros atentados?

a] En primer lugar, obtuvieron la primacía del factor tiempo. Lograron fijar la atención del Estado en los atentados, mientras ganaban el valioso tiempo necesario para dar los últimos toques a la primera fase de la Guerra de Guerrillas ya pronta a iniciarse. No les prestaron la suficiente atención como para que se hicieran los esfuerzos necesarios para vencerlos. Los atentados inicialmente, ocurrían en puntos tan alejados, que mayormente carecían de importancia. Por otro lado, forjaron un núcleo importante de activistas que desarrollaron una gran experiencia práctica, y que posteriormente serían los encargados de formar a nuevos equipos en el manejo de los explosivos, capaces ya de expandir la experiencia lograda a nivel nacional. La estrategia utilizada es característica de partidos enmarcados en una vertiente ideológica: uso de la paciencia. Las variantes tácticas cumplían así los esquemas previstos.

b] Fueron demostrando la vulnerabilidad de las instituciones afectadas, la impotencia de las fuerzas policiales y las de las fuerzas armadas para evitar tales atentados. Estos siempre adoptaban nuevas y distintas modalidades que causaban sorpresa por su simplicidad. Con ello se acrecentaba el sentimiento de inseguridad en la población. Ya nadie, hoy en día, se siente seguro. Es fácil verificarlo examinando la cantidad increíble de agencias de seguridad que han proliferado. El sentimiento de vulnerabilidad da paso a la sensación de inseguridad y ésta, a su vez, al temor.

c] Con su persistente presencia pusieron en evidencia que las fuerzas policiales, primero, y después las fuerzas armadas, carecían de una adecuada y correcta política antisubversiva. También, de paso, minaron la credibilidad en las palabras de los altos funcionarios del gobierno. Cuando el Dr. Pércovich, ministro del Interior en el régimen belaundista, prestaba declaraciones afirmando que ya el terrorismo delincuencial había sido derrotado, al día siguiente sucedía, simultáneamente una descomunal escalada de apagones y atentado en Lima y en el interior del país. Era obvio que el PCP SL estaba a la espera de tales declaraciones, ocasionadas por la engañosa calma de semanas sin atentados. A tal punto coincidían declaraciones y atentados, que la población se veía obligada a suplicar que no se hicieran ya más declaraciones triunfalistas.

d] Buscaron un lento pero progresivo desgaste económico de las instituciones afectadas que, en última instancia, están representadas por el Estado. Causaron daños que ocasionarían gastos en reparación y/o construcción, ayer insignificantes, pero sumados en conjunto, significativos hoy. ¿Cuánto han hecho gastar? Los cálculos más optimistas bordean los mil quinientos millones de dólares, que dicho sea de paso representan un porcentaje considerable de la deuda externa peruana. A la vez, dichos gastos fueron incrementados por el constante envío de más efectivos policiales y militares a las zonas convulsionadas, con crecientes costos de implementación de nuevas bases contraguerrilleras, el uso de helicópteros, aviones, pertrechos, etc.. ¿A cuánto ascienden esos gastos? Solamente pensarlo, da susto.

e] Adecuaron la tecnología de la guerra a la condición de semifeudalidad y semicolonialidad del país, así caracterizada por ellos. Sus armas son básicamente, la dinamita, granadas de fabricación casera, bombas, huaracas y algunas armas, generalmente arrebatadas a policías y soldados caídos. De un tiempo atrás se comentó y teorizó sobre una evidente alianza de narcotraficantes con los del PCP SL. De ser así, contarían con incalculables cantidades de dólares, que podrían facilitar la adquisición de armas altamente sofisticadas. La realidad contradice dichas suposiciones. Las armas sofisticadas no tiene correlación con la teoría militar de la Guerra de Guerrillas en un país atrasado. La LA en la concepción marxista del PCP SL adecúa y adopta las armas a sus necesidades y no es al revés. Recortan así una dependencia logística, algo muy peligroso para cualquier movimiento armado. De ser ciertos los comentarios de una supuesta alianza con los narcotraficantes, esto abriría espantosas y nuevas posibilidades.

f] Sabían que al ser calificados de terroristas, los teóricos de la contrasubversión, aplicarían un arma que dio resultado en otros lugares, por ejemplo, Argentina: el terror. Por su magnitud y no la forma no tan cortés en que fue aplicada, motivó la protesta de organizaciones defensoras de los derechos humanos. Así, consiguieron otro objetivo: presentar ante la opinión pública nacional e internacioal a las fuerzas armadas y policiales como entes sedientos de sangre y más terroristas que los propios terroristas. Es de recordar las intensas campañas a raíz de las denuncias sobre desaparecidos, masacres, torturas, detenciones arbitrarias, robos y violaciones. Hoy en día, en el Perú, entre la población existe una dualidad: unos temen más a las fuerzas armadas y policiales (los campesinos de las zonas rurales y pobladores de los pueblos jóvenes de Lima Metropolitana); otros temen más a los delincuentes terroristas (parte de la población urbana de las zonas rurales y las clases medias y altas limeñas). El PCP SL sabía también que su accionar no estaba enmarcado en una lógica de grupo terrorista, por lo que se preparó para cuando llegara el accionar represivo, jugando a ganador frente a ella. La realidad nos demuestra que su cálculo, aun cuando no fuera del todo correcto, sí se acercaba a ella.

El cuadro senderista

Existe un axioma fundamental: la perfección nunca ha sido amiga del gran número. Cuanto más reducido el núcleo dirigencial y los niveles intermedios, existen mayores posibilidades de resistencias a la represión, sea ésta selectiva o generalizada. De los cuadros disponibles del PCP SL, solamente los indispensables son utilizados para dirigir las acciones de sabotaje, G de G, y la LA en general. Otros tienen orientaciones precisas: crear nuevas células, desarrollar una amplia labor propagandística, planificar acciones, y, significativamente, concentrar todos sus esfuerzos en la lucha ideológica.

La formación de cuadros, personas entregadas en forma total al Partido, está enmarcada en las necesidades y planes inmediatos, mediatos y a largo plazo de la LA, en las áreas de inteligencia, operaciones de guerrillas, EGP, sabotaje, propagandas y apoyo. Las nuevas generaciones de cuadros han de ser, en lo esencial, jóvenes con una ideología definida. Me estoy refiriendo a cuadros, y no así a los militantes, que poseen otras características.

A semejanza de muchos otros movimientos armados, el PCP SL nace de un núcleo de cuadros que se dedica a preparar al Partido para las acciones futuras; pero la desemejanza surge cuando comparamos la labor de asimilación de nuevos contingentes. En el PCP SL este crecimiento se da sólo en los niveles bajos de la estructura partidaria, siendo negado el acceso a niveles superiores de dicha estructura para evitar, en lo posible, las infiltraciones. No es un secreto que hay una gran impermeabilidad y rígida organización en el PCP SL; demostrada en el desconocimiento parcial, a veces total, de las estructuras dirigenciales.

En este sentido -y siempre en nuestra descripción de la posible lógica interna del PCP SL- la selección de militantes de base que han de asumir el papel de nuevos cuadros es riguroso. A más de una lealtad acreditada, será imprescindible la juventud. Hay dos razones prácticas en las preferencias por los jóvenes.

Una posible razón radicaría en el hecho de que parte de los adultos, sea en las zonas rurales o urbanas, ya tiene un estilo de vida, una concepción del mundo establecida y, en el lenguaje del PCP SL, ya están contaminados por el sistema. Estos adultos llegarán a ser adversarios, pues cambiar su concepción ideológica será bastante difícil. Tales dificultades no existen con los niños y jóvenes, que absorben sin mayor resistencia cualquier nueva ideología, a la vez que presentan un rasgo muy interesante: son insensibles al dolor ajeno. No conocen la piedad pues, salvo ocasionales excepciones, no conocen el dolor, aun cuando hayan sentido en carne propia el hambre y la miseria de una sociedad injusta. Recuerdan que nadie tuvo compasión de ellos, especialmente los bien comidos, y a la hora de los ajustes de cuentas (aniquilamientos) la piedad es vista como un sentimiento deleznable. La ideología se impone y anula los síntomas de remordimientos, enseñándoles que todo acto tiene por fin una causa doble: liberar al pueblo del capitalismo y la feudalidad, expresadas en la miseria, el hambre, y las injustas diferencias sociales.

La segunda razón, probablemente sea originada por la certeza de saber que los diez o más servicios de inteligencia, que operan en el Perú, tendrán como tarea primordial el infiltrar al PCP SL. Sabían, por lo demás, que uno de los aspectos básicos a tomar en cuenta, en cualquier guerra, es la información, comunmente obtenida por el infiltramiento de hombres y/o mujeres. Mas, con el PCP SL hay un pequeño problema: muchas de sus células están compuestas por menores de edad. Cualquier agente de inteligencia debe tener una edad mínima de 17 a 18 años, sea oficial o personal de tropa, edad por encima del límite puesto en la formación de algunas células. Además, a ningún agente se le puede proporcionarnas clara formación marxista, pues de veras podría convertirse en senderista y ser un agente doble, con saldo ya se sabe para quien: Claro que lo dicho anteriormente no niega la infiltración, que puede darse a niveles partidarios de base, pero se imposibilita en los niveles partidarios altos.

Se ha proyectado la imagen del senderista como la de un ser engañado por ideas ajenas y sin capacidad de raciocinio. Tal imagen, a riesgo de equivocarnos, no nos parece correcta. El cuadro senderista no es un robot, no está engañado, ni su mente programada por ideologías extranjeras. Es al revés, ellos están convencidos de ser los portavoces, los gérmenes de un nuevo mundo: la patria del Presidente Gonzalo. Están convencidos - lo dicen siempre- de que son distintos y mejores que los demás, sosteniendo tales ideas sin importarles las acusaciones de sectarismo, fanatismo y demencia. Incluso la opinión del mundo no cuenta para nada. Los cuadros encarnan el Pensamiento Gonzalo, combatiendo por ella a la medida de su capacidad. Nace en este punto su disciplina vertical y el acatamiento sin límites a las órdenes de los niveles superiores, aun cuando éstas parezcan en algún momento, a ellos mismos, carentes de sentido; pero lo realizan, pues saben que cualquier esfuerzo, por mínimo que sea tiene un lugar en el inmenso rompecabezas de la estrategia aplicada por el Pensamiento Gonzalo.

El PCP SL tiene cabal conocimiento de la gran importancia de la información, o acciones de inteligencia, en un proceso de G de G y GPP. A todo grupo en armas le es vital en contar con la máxima información posible sobre los territorios geográficos donde actúa o mañana actuará. Realizan análisis de los espacios utilizables, de la población urbana y/o campesina, de sus conflictos sociales, étnicos, económicos, políticos. En lo posible efectúan seguimientos de personas y grupos de poder que representen al gobierno. ¿Cuál es la finalidad? Cada lugar es caracterizado como favorable o desfavorable, observándose la capacidad económica implícita, los puntos débiles y fuertes de los organismos o individuos representativos del sistema, así como las peculiaridades geográficas que puedan favorecer determinadas acciones. Tarde o temprano, todos sus objetivos políticos y, por tanto, militares.

Ya el PCP SL ha demostrado una gran capacidad de información. Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que muchas o casi todas (por supuesto que hay excepciones) de las instituciones públicas y privadas, especialmente las de valor estratégico, están debidamente infiltradas. Lo mismo sucede con las fuerzas armadas y policiales. De allí, es muy probable, proviene la alucinante masa de conocimientos que poseen sobre las personas sindicadas como objetivos para el aniquilamiento y las precisas operaciones de sabotaje.

El PCP SL demuestra ser un movimiento planificado. Da la impresión que no dejan nada al azar; pues es un proceso de lucha armada, la suerte no existe, se crea. Lugar un alto nivel de información le brinda al PCP SL una inmensa capacidad de maniobra y evasión. Ello le ha permitido moverse con una gran dosis de certeza en sus etapas de lucha previstas. No llegó nunca a la arrogancia, momento en el que empiezan los primeros y, a veces, decisivos fracasos. Quizá una arrogancia inicial, y el asesinato de Ponce Canessa como gota que colmó el vaso, llevó a la inmolación de sus presos en el Frontón y Lurigancho. Pero a pesar de todo el PCP SL no se revolvió como fiera herida.

Las bases de apoyo

En los documentos del PCP SL se afirma que la lucha armada es la forma más alta de lucha de las masas, consistiendo dialécticamente en conquistar espacios, defenderlos y consolidarlos, para finalmente desarrollar la ofensiva estratégica. Su aplicación práctica comenzó en mayo de 1980.

En las zonas rurales, la concepción predominante fue la de construir Bases de Apoyo; normándose la proyección de cuadros por las modalidades propias de cada región así como por las diferencias en sus tradiciones históricas. Examinando las consignas emitidas, vemos que una muy importante fue el de conquistar bases de apoyo, en sucesivas campañas de conquista, construcción y defensa.

Una base de apoyo, en la concepción de Mao, comprende una determinada extensión territorial en la que el Partido mantiene un control total sobre las actividades productivas, sociales y políticas. En el Pensamiento Gonzalo, la concepción de una base de apoyo, asume nuevas modalidades. Así no les interesa mayormente el dominio territorial, sino la constante y efectiva presencia del PCP SL en un territorio determinado; sea en forma total (ausencia de la represión), o en forma parcial (presencia activa de la represión). Esta labor tiene como objetivo el conquistar espacios, no físicos, de influencia en la polarización social de cualquier población.

El PCP SL tuvo un control efectivo en muchas comunidades campesinas y hacía sentir su presencia en los poblados, casi hasta fínales de 1982. Es un lapso muy grande, teniendo en cuenta que desde 1974 se venía dando prioridad absoluta al trabajo campesino. En el lapso de dos años y seis meses que median entre mayo de 1980 y fines de 1982, el movimiento trató de consolidar las zonas controladas como futuras bases de apoyo. Las organismos de carácter público, tales como los Comités Populares, emprendieron la tarea de regular y organizar las actividades productivas (por ejemplo, se prohibió las ferias pueblerinas que permitían el intercambio de productos en las comunidades; error fatal para muchos senderólogos); redistribuyeron las actividades sociales en forma racional, con predominancia de lo comunal; llevaron adelante una política de ejecuciones de los elementos negativos (abigeos, violadores, pequeños explotadores); y, paulatinamente, llevaron a cabo la tarea que denominaron "batir el campo", consistente en la sistemática eliminación de las autoridades políticas (alcaldes, gobernadores, presidentes y dirigentes comunales). Las dos primeras medidas, tendían a construir una economía autárquica, enmarcada en relaciones sociales colectivas; mientras que las dos últimas buscaban la definición y polarización de la población en clases sociales.

Pero, paralelamente a estas cuatro actividades básicas, iba forjándose una de corte diferente: el adiestramiento de unidades guerrilleras, extraídas de entre la juventud campesina.

Pero el PCP SL sabía que llegado a un determinado punto, intervendrían las fuerzas armadas; por lo demás, única institución capaz de vencerla. Como una simple medida de precaución, natural en todos los que conozcan algo de la historia de las revoluciones, mantuvo sus cuadros más valiosos en la clandestinidad, a pesar de su gran dominio territorial y de fomentar los Comités Populares de carácter público.

Cuando el gobierno decide, en diciembre de 1982, que las fuerzas armadas sean las encargadas de restaurar el orden en la sierra, éstas aplicarón de inmediato los planes contrasubversivos ya planificados con mucha anticipación. Ante la presencia de la fuerzas armadas, el PCP SL tuvo que sufrir, solamente en parte, la desarticulación de los Comités Populares, cuyo carácter público les daba gran vulnerabilidad. El PCP SL se replegó, en consecuencia, a sus líneas, variando la táctica y dio prioridad a la preparación clandestina de más cuadros para continuar manteniendo una presencia, ya no activa como antes, sino selecta. Se dieron movimientos ofensivos en zonas distintas a las que contaban con la presencia de las fuerzas armadas, creándose nuevas zonas de enfrentamiento, mientras en las iniciales el proceso de adaptación continuaba. Y esto es algo que muy pocos entienden. No importaba para ellos el control del territorio, sino el afianzamiento del Partido en esas zonas. Ya Mao decía que estos procesos son necesarios, las pérdidas son destrucción pero, dialécticamente, también son construcción sobre lo destruido. Es clara su sentencia de que "en cuanto a la pérdida de territorio, a menudo sucede que éste sólo se puede conservar perdiéndolo".

Sabían, además, que las fuerzas armadas, con su inveterada costumbre ya probada en otras latitudes (Chile, Argentina, Uruguay, El Salvador, Vietnam, Nicaragua), iba a arremeter contra todo y contra todos creando una secuela de muertes, desapariciones y toda clase de tropelías menores. De acuerdo a esta lógica, los campesinos afectados por estas acciones, tenían varias alternativas: a) ponerse al lado de las fuerzas armadas y formar las rondas campesinas o de defensa civil, y convertirse automáticamente en blancos para el PCP SL; b) huir de los lugares convulsionados, migrando a las ciudades de Huanta, Ayacucho, Ica, Huancayo y Lima, para llevar una vida sin futuro ni esperanzas; y, c) rebelarse contra la injusticia social y contra los excesos de las fuerzas armadas, y tender puentes a su integración al PCP SL. La experiencia histórica demuestra que, en muchos lugares, la tercera alternativa es la más común.

La LA, los Comités Populares, los ajusticiamientos, y la posterior presencia de las fuerzas armadas, iban cumpliendo, cada uno, su parte en el ajedrez estratégico de la guerra revolucionaria del PCP SL.

Los símbolos sociales del sistema de vida, en el medio rural, iban siendo destruidos de una vez para siempre. Las relaciones familiares, las costumbres, las relaciones comunales, fueron cambiando irreversiblemente, aislándose de todo posible desarrollo normal. Incluso los técnicos y profesionales utilizados por el gobierno para impulsar acciones de desarrollo socio-económico, vía las macrorregiones y del hasta ahora famoso Trapecio Andino, van siendo aniquilados por el PCP SL. Estos lugares ya nunca más serán lo que fueron antes. El PCP SL ha conseguido su objetivo estratégico. Por uno y otro lado se obliga a los campesinos a una definición. El general Cisneros, célebre por la dureza de sus teorías contrasubversivas, decía que el campesino tiene que elegir donde quiere morir; si con Sendero o con las fuerzas armadas. Nótese que al campesino no se le propone una alternativa de vida sino solamente de muerte.

De 1983 en adelante se dieron otras campañas destinadas a conquistar, construir y defender las bases de apoyo. Pero ellas ya asumían nuevas características, además de las que había en las épocas de los primeros Comités Populares, teniendo prioridad la formación de las milicias, bases a su vez del futuro Ejército Guerrillero Popular. Esta es la etapa actual en la que se encuentra el PCP SL, ya con grupos guerrilleros que van aplicando su guerra de guerrillas que ellos llaman de alta movilidad.

El Pensamiento Gonzalo

Las ideas principales, pueden ser resumidas así: el aspecto principal marxista es la ideología. Como producto del enfrentamiento de las clases sociales, es un sistema de ideas que cuenta con un fin determinado: la toma del poder. Su fuerza radica en ella. De acuerdo a este axioma fundamental, el PCP SL cuenta con una ideología, el Pensamiento Gonzalo, que señala los pasos a dar. El PG, dialécticamente, es el resultado de la combinación de una concepción científica (el marxismo desarrollado) con la práctica científica (la LA). Ya no puede haber interpretaciones personales pues ya existe la interpretación guía. Este es el punto básico de divergencia y diferenciación con casi todos los movimientos armados que surgieron hasta el momento en Latinoamérica.

Haciendo una comparación, se puede afirmar que la revolución es un hombre. La cabeza es el PG, el cuerpo es el PCP, y los brazos y piernas son el EGP. Pero el PCP y el EGP nada son sin el PG. encarna la totalidad, dando la certeza en una futura victoria final, por considerar la línea correcta. Como dijera Mao, ésta es la *única garantía* para el triunfo.

Por otra parte, es importante señalar que comienzan a hablar del PG a partir de mayo de 1980; siendo hasta ese entonces conocido el sobrenombre de Puka Inti, el Sol Rojo. El proceso de transformación de Puka Inti a Pensamiento Gonzalo (PG), escapa a los fines del presente trabajo. El sistema de ideas enmarcado dentro del PG no puede aprenderse en folletos, que por otra parte son inexistentes.

Para el PCP SL el PG encarna una verdad: ser la cuarta espada del marxismo. Las tres anteriores fueron cumbres en el pensamiento marxista: Marx, Lenin y Mao. La consecuencia lógica de esta encarnación es la tarea de proteger, cueste lo que cueste, su libertad y desarrollo. Como el PG no es un sistema estático de ideas, es imprescindible volver inubicable a Abimael Guzmán Reynoso, sindicado como el Presidente Gonzalo, creador del Pensamiento Gonzalo. Para que viva el PG, si es necesario, se debe destruir todo lo que se le oponga, buscando espacios hasta conseguir el objetivo esencial del PG: el crear un gran mito subjetivo. Una cita puede aclararlo:

"Al pensamiento guía de nuestra jefatura, *a su política principal, que es combatir hasta alcanzar la victoria con la consigna de morir para invencer el gran mito subjetivo...*" (Declaración de un cuadro senderista prisionero a la prensa).

Una vez creado el gran mito subjetivo, ya no tendrá importancia que el Presidente Gonzalo sea capturado o muerto. Otros serán los encargados de aplicar su pensamiento y, si es posible, desarrollarlo dentro de los canales previstos hasta conseguir el triunfo de la revolución.

Mientras no estén dadas estas condiciones, el PG seguirá siendo un misterio para los teóricos de la contrasubversión y para la opinión pública nacional e internacional; se conocerá retazos de ella, pero no su totalidad. Todo ello motiva, por otra parte, el silencio tan característico del PCP SL. El silencio es una técnica de la guerra sicológica y como tal se es un arma muy fuerte, pues deversifica las opiniones y las interpretaciones, agravadas ya de por sí por la carencia de documentos. A la vez, el silencio permite la desubicación constante de la Jefatura Unica, no sabiéndose si en realidad están muertos o vivos, quiénes son, y los lugares aproximados de ubicación. Recordemos que la contrasubversión utilizará a expertos en lingüística, los que por análisis de contenido de declaraciones o documentos pueden identificar a determinadas personas. A esta labor contribuyen, concientemente, los servicios de inteligencia de las fuerzas armadas. La revista *Hermano Lobo* dice:

"Las informaciones 'soltadas' sobre el camarada Gonzalo, son por demás contradictorias. De la enfermedad a los riñones que requería diálisis continua, se pasó a la 'captura', a la muerte en combate; para terminar ahora con el asunto de 'psoriasis' y su viaje seguro al más allá. La prensa oficial ha 'matado', 'deportado', o 'desaparecido' varias veces a Manuel Rubén Abimael Guzmán Reynoso."

Al parecer los lineamientos básicos del PG solamente son enseñados a los militantes y cuadros del PCP SL, casi siempre en forma oral, vía cursillos. Nada tiene que decir el PG a los extraños. Es una manera de hacer sentir el desprecio a los enemigos; el pueblo tiene acceso, en alguna medida al PG, pero no así los demás. Estos cuadros y militantes, reafirman su lealtad al PG, pregonan que están luchando por ella y que *morirán* por su revolución. No hablan de un triunfo en vida, sino de la muerte necesaria para que viva y triunfe el PG.

¿Cuáles son las características y los nuevos planteamientos políticos enmarcados en el PG, como para poder ser considerado un desarrollo del marxismo? ¿Cuáles son las tesis clásicas del marxismo-leninismo-pensamiento Mao, que han sido desarrolladas? Cuando Abimael Guzmán vuelve de China, venía con el prestigio y el aura de haber desarrollado la tesis de la contradicción y las leyes universales de la negación. La respuesta a estas preguntas, líneas arriba, vinculadas a la creación del gran mito subjetivo, galantemente la cedo a las decenas de famosos senderólogos y violentólogos, de fama nacional e internacional. Podría ser, todo es posible, que yo tampoco la conozca.

La totalidad de los esforzados senderólogos, violentólogos y miembros de la inteligencia contrainsurgente, buscan explicar y conocer el PCP SL y el PG, a través de la vida pasada de Abimael Guzmán Reynoso.

Se ha reconstruido gran parte de la vida del Abimael Guzmán como estudiante, profesor universitario y como líder de una fracción del PCP Bandera Roja. Es a partir de cuando asume el liderago del PCP SL que sus huellas empiezan a esfumarse.

Los que conocieron a Abimael Guzmán en cualquiera de las etapas de su vida, lo señalan con un buen número de cualidades personales, las que irían perfilando al futuro líder. A lo ya sabido de su escuchar atento en las conversaciones, su disciplina académica, su trato respetuoso, se podría agregar, como rasgo principal, la lucidez de su pensamiento (el cuidado de los detalles insignificantes, pues sabía que las cosas pequeñas enmascaran, por lo general, los grandes acontecimientos). Sus exposiciones, de una gran claridad, eran seguidas por profesores, estudiantes y representantes de los organismos populares; en ellas, casi nunca se permitía polémicas. A los que gustan de pormenores, diremos que tampoco se permitía que nadie fumara, ni un cigarrillo. Todos estos rasgos concuerdan con el perfecto dominio personal que demostraba: no se le vio borracho, no se le conocían vicios privados. En suma, era un carácter altamente disciplinado.

Pero todos los que rastrean las huellas de Abimael Guzmán, no logran comprender un hecho esencial: que la ideología ha cambiado totalmente su personalidad. Ahora es otra persona, pues dejó atrás lo que Mariátegui llamaba la edad de piedra necesaria. El Presidente Gonzalo es la negación del Abimael Guzmán académico; ya es algo distinto. Ya no es ni será jamás lo que fue. Puede continuar siendo la misma persona, físicamente hablando, pero su pensamiento ya desechó o trata de hacerlo cada vez más, todo lo anterior; a la vez que va desarrollando más el nuevo estilo. Ha muerto un tipo de pensamiento y nace otro que es su negación, y es contruida sobre sus restos: es el Pensamiento Gonzalo. A estas alturas, el Presidente Gonzalo, ya no tiene viejos amigos, sino sólo tiene nuevos enemigos y seguidores. Y eso lo dicen sus documentos, las declaraciones de sus militantes presos, en quienes se encuentra una admiración sin límites, a tal punto que se declaren dispuestos a cruzar el río de sangre. ¿Cuáles son los significados de tales palabras y otras, como el de que la Jefatura está presente siempre con los combatientes en el instante supremo de la entrega total al fuego purificador de la LA? Recordemos y hagamos algunas relaciones:

Mao = una chispa puede *encender* la pradera
Un senderista = estoy dispuesto a cruzar el *río de sangre*
Declaración del PCP SL = La jefatura está con ustedes en el instante supremo de la entrega total al *fuego purificador* de la LA.
Consigna del PCP SL = *morir* para inventar el gran mito subjetivo
Incendio - Fuego Invencible - Río
Sangre - Muerte - *Mito subjetivo*
Fuego Purificador

Partamos de una hipótesis que no se les ha ocurrido a los senderólogos: el PCP SL no es una sola organización. El PG significaría la Jefatura Unica, el puente ideológico que une a varios niveles partidarios aparentemente desvinculados, que se entrecruzan llegando a formar el Frente Unico. Tal hecho explica las discordancias observadas en el curso de los acontecimientos: el PCP Ayacucho y Huancavelica parece ser algo distinto al PCP de Puno y éste, a su vez, del de Lima y éste del de Ancash o La Libertad. La astucia es la norma básica del accionar de cualquier partido insurreccional, por lo que son aplicados a gran escala por el PCP SL. De sus éxitos dan prueba los últimos seis años.

Se comprende, por las razones anteriores, por qué los cuadros dirigentes, siguiendo los pasos de la Jefatura Unica, son reacios a prestar declaraciones o conceder entrevistas. Con esta actitud fomentan una seria competencia entre los reporteros de la prensa escrita, hablada y televisada, quienes venderían su alma al diablo, para conseguir una entrevista al Presidente Gonzalo, que sería, a no dudarlo, el reportaje del siglo. Tal situación da origen a pequeñas artimañas como el de inventar "reportajes exclusivos", que a buena cuenta no son más que un ordenamiento y mezcla de declaraciones hechas por terceros o simpatizantes del PCP SL.

La Jefatura Unica es aún menos proclive a dar respuestas a los llamados para iniciar diálogos conducentes al restablecimiento de la paz, que se le hacen desde esferas gubernamentales, políticas, eclesiásticas y personajes. También este hecho ha de dar origen a un intenso movimiento de personas e instituciones que buscan lograr, cuando menos, una respuesta. Y si por un caso se diera el diálogo, mucho mejor para las personas que hicieron posible esto, pues ya pasaron a la historia como los "salvadores" del Perú. No prestan la debida atención a las palabras de militantes y cuadros del PCP SL, cuando afirman que el diálogo es chocolate con veneno por dentro, una estupidez. El diálogo significaría derribar un principio fundamental para ellos, no caer jamás en la capitulación. Y diálogo, para el PCP SL, significaría capitular, estar a merced del enemigo y jugar a perdedor con el destino del pueblo por el que lucha.

La contrasubversión

En general, la respuesta lógica a un movimiento subversivo es la contrasubversión. Ella obedece a la concepción de la seguridad nacional, siendo aplicada por el Estado y, en especial, por las fuerzas armadas. Su fin estratégico es la aniquilación del grupo o partido subversivo, utilizando para ello una variada gama de tácticas, acordes a cada situación enfrentada.

La contrasubversión tiene antecedentes académicos en los cursillos de perfeccionamiento militar de las grandes escuelas dependientes del Comando Sur de los Estados Unidos. En ellas, muchos individuos de las distintas instituciones militares asimilaron las técnicas y métodos, dicen que apropiados, para aplastar a los movimientos subversivos. Los curriculum de estudios de estas escuelas, abarcan desde sabotajes, inteligencia, logística, sociología, filosofía (estudian el marxismo como vacuna saludable), hasta las más sofisticadas expresiones de la guerra sicológica.

El Perú, a inicios de los años 70, tenía más de tres mil militares entrenados en dichas escuelas. Ningún país de Sudamérica, ni siquiera Brasil, llegó a tener tal cantidad. ¿Cuáles eran las razones? Una posible respuesta podría encontrarse en los escritos del general Mercado Jarrín que, al combatir las guerrillas de 1965, llegó a la estremecedora conclusión de que "un poco más de apoyo campesino, y a las guerrillas no las para nadie". Las fuerzas armadas optaron, en consecuencia, por afianzar sus moldes contrasubversivos, teniendo muy en cuenta la privilegiada posición estratégica del territorio peruano.

A mediados de 1980, las fuerzas policiales eran constantemente reforzadas en el número de sus efectivos, para controlar los actos aún llamados delincuenciales. Como una de las primeras armas, llegó un rochabús que, en soberbio lenguaje simbólico, bañó la fachada de la Catedral, situada al costado del local central de la Universidad de Huamanga. Posteriormente llegaron dos tanquetas; cierta noche una de ellas fue empapelada, no se sabe en qué momento, con afiches llamando a desarrollar la LA. Y así patrulló amenazante. De vez en cuando los cuerpos contrasubversivos de las fuerzas policiales crecieron hasta formar unidades, parcialmente autónomas, como los Sinchis, los Llapan Atic y la Seguridad del Estado. Se dio, también, una invasión de agentes de los servicios de inteligencia que, inteligentemente, paseaban por la universidad y las calles de la ciudad con el periódico izquierdista "El Diario de Marka", bajo el brazo.

Pero las fuerzas policiales tuvieron dificultades para controlar y anular al PCP SL, que aumentaba sin cesar sus acciones de sabotaje y ejecuciones hasta llegar a un hostigamiento generalizado. En diembre de 1982, el gobierno de Belaunde decide declarar a Ayacucho, Zona de Emergencia, encargando su dirección a las fuerzas armadas. Llegan, por fin, los "chicos malos": la infantería de la Marina de Guerra, los batallones antisubversivos del Ejército y los aparatos de la FAP. En una ciudad de 80.000 habitantes, la cantidad de policías y soldados crece a tal punto que, por esas épocas, se decía que Huamanga vista desde el aire parecía un bosque: verde por todo lado. La totalidad de jefes y oficiales, así como el personal de tropa, no utilizaban insignias ni galones de identidad, buscando un camuflage homogéneo que dispersara las venganzas, las denuncias y el ser blancos preferidos en los enfrentamientos. Pero en el Perú, los soldados y personal de tropa son escogidos, en abrumadora mayoría, entre los indígenas y cholos, resaltando con luz propia los oficiales, mayormente blancos.

En líneas generales, hubo dos formas básicas de actuación de las fuerzas armadas. Donde estaba el Ejército se desarrolla una política de captación, por la simpatía, de las poblaciones que positivamente se sabía no eran favorables al PCP SL; se apoya sus proyectos comunales, se llevaan médicos, medicinas, y por sobre todo se les brindaba un tenue sentimiento de seguridad. Con las poblaciones que se sabía eran aliadas del PCP SL, la táctica variaba, llegando a un estado bastante represivo. Pero es en los lugares asignados a la Marina donde se ha de presentar una serie continua de excesos represivos denunciados por la prensa y los comités de derechos humanos, que obedecían a una concepción de arrasamiento más que de captación. Lo malo es que así no se puede derrotar a un movimiento armado de las características del PCP SL.

En ambos casos se fomentó, desde un principio la organización de la población de las comunidades campesinas en rondas o montoneras, llamadas de Defensa Civil. Pero, este hecho da la impresión que ya estaba previsto por el PCP SL, ya sea por análisis estratégico y/o por el estudio de las experiencias de Vietnam, Argelia, El Salvador, Nicaragua y otros. Los cuadros del PCP SL afirmaban en sus documentos, desde comienzos de 1982, que aparecerían pronto los yanaumas (cabezas negras) o mesnadas de la reacción, organizados para oponerse a la LA y al PCP SL. Estos ronderos, a su vez, empezaron a llamar Akaumas (cabeza de caca) a los integrantes del PCP SL. En las comunidades campesinas éste se vio de los insultos más fuertes, lo cual señalaría la presencia de antropólogos en las fuerzas armadas. Todo guarda relación con el aforismo de que si hasta en Vietnam se necesitaba diez rangers para liquidar a un guerrillero; después se ha comprobado que son necesarios diez antropólogos para anular a un guerrillero.

Es en este contexto que sucede la matanza de los ocho periodistas en Uchuraccay, en enero de 1983, cuyas muertes hasta hoy siguen siendo objeto de investigación y búsqueda de culpables. A veces la. liebre salta por donde menos se piensa. La Dra. Cinthya McClintock, de la Universidad George Washington, escribió un artículo el 22 de julio de 1984 en la revista "Problems of communism", auspiciado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. En nuestro medio, dicho artículo fue reproducido por el diario *La República*. Hay una parte significativa:

Se declaró el estado de emergencia en ocho distritos de Ayacucho y Huancavelica, y el general Clemente Noel asumió el control de la zona. Cerca de 2.000 soldados y paramilitares fueron destacados a esa región. Helicópteros armados y aviones de reconocimiento despegaron con destino a la zona convulsionada. *Se afirma que la Argentina habría enviado también ayuda militar.*

En agosto de 1986, el Decano del Colegio de Periodistas Juan Vicente Requejo, denunció que los ocho periodistas habían sido asesinados por descubrir la presencia de oficiales y soldados de la marina argentina (de una distinguida actuación en la represión de los montoneros y el ERP argentinos).

A pesar del escándalo mundial que significó el caso Uchuraccay, no tuvo mayor influencia en el accionar del PCP SL, viéndose por el contrario favorecido por al campaña de desprestigio contra las fuerzas armadas. De paso, se aniquiló, de una u otra forma, una importante base antiguerrillera civil en Uchuraccay: lugar, por otra parte, poseedora de una valiosa posición geográfica.

Quizá, en algún momento, se aplicó la táctica contrasubversiva arrasadora, inspirada en el pensamiento franco y explícito del general Cisneros, de que "si para matar a dos o tres senderistas es necesario matar a ochenta inocentes, no importa" (Revista *Quehacer*). Dicha táctica dio origen a una cantidad impresionante de desaparecidos; que luego aparecían muertos, sin posibilidades de ser identificados y con señales de haber sufrido torturas. Eran los vericuetos de la guerra sicológica. Además, se tenía los cupos voluntarios y forzados, las pequeñas y grandes raterías, las requisas indiscriminadas de ganado, las violaciones y secuestros de toda mujer adolescente; hechos que en conjunto eran mensajes dirigidos a la población campesina, buscando su definición a favor de uno u otro bando. Los campesinos llegaron a vivir en un terror constante, sicológicamente agotador, que ya la experiencia histórica demuestra es mayormente negativo para los fines buscados por la contrasubversión. Hay que recordar que dicha táctica en ninguno de los lugares en donde fuera aplicada, ha dado buenos resultados. Se puede argumentar que triunfó en Argentina y Uruguay, pero es necesario aclarar que los movimientos guerrilleros desarrollados en ellas fueron básicamente urbanos, apoyados socialmente en clases medias, y carentes de una ideología definida: totalmente distintos al movimiento peruano.

Es por esta razón que la presencia de unos cuantos miles de soldados, marinos, policías, helicópteros, aviones y otros medios logísticos no afectan plenamente la concepción de la LA del PCP SL. Esto, por supuesto, no evita que el PCP SL se vea forzado a realizar retrocesos tácticos, así como a sufrir pérdidas en su aparato militar o partidario. La realidad de múltiples movimientos guerrilleros asentados en áreas rurales, indica que dado el área actual de movimientos del PCP SL, se necesitaría de por lo menos un millón de soldados para erradicarla en forma real. Y quizá ni así puedan eliminarla totalmente, tal como lo afirman algunos cuadros prisioneros del PCP SL.

Quien más se ve favorecido con la aplicación de esta táctica contrasubversiva es, paradójicamente, el PCP SL, al cual se pretende combatir. Un ejemplo. El asesinato de tres supuestos senderistas en un hospital, luego del ataque a la cárcel de Ayacucho, fue objeto y aún es objeto de una intensa campaña de satanización hacia la fuerzas policiales. Igual concepto merecen los descubrimientos de fosas comunes, los desaparecidos, pues hay muchos organismos preocupados por la vigencia de los derechos humanos. Un aspecto interesante es que entre las constantes denuncias de los excesos, más reales que supuestos, de las fuerzas armadas y policiales, frente a los excesos, también más reales que supuestos de los integrantes del PCP SL, la opinión pública pareciera hacer causa común, de una u otra forma, con el PCP SL. Este hecho, inconsciente por cierto, quizá sea producto del odio larvado hacia todo militar, especialmente en las áreas rurales, pues todos, en algún momento, tuvieron negras experiencias con ellos. La propaganda basada en la defensa de los derechos humanos magnifica estos sucesos, contribuyendo a presentar a la población, y de paso al PCP SL, como víctimas. Es, obviamente, una victoria política, de alcance estratégico, que favorece los objetivos trazados por el PCP SL.

Si éste era el panorama hasta antes de los sucesos del 18 de junio de 1986, con la matanza de los penales de Lurigancho y El Frontón, es de imaginarse cuál es el panorama actual. En los penales, los integrantes del PCP SL llevaron a la práctica uno de sus principios, no capitular nunca, a pesar del alto costo que significó el propiciar dicha situación límite. Demostraron que saben matar, pero también que saben morir. ¿Quién, tanto en el Perú como en el extranjero, no vio esa acción como una matanza planificada? Nadie. Muchos se sintieron felices de que se hubiera eliminado finalmente a los subversivos, pero amplios sectores poblacionales se pusieron, emotivamente, al lado de ellos. Hay una sentencia popular que puede resumir los hechos: el PCP SL metió aguja (300 militantes), y ha sacado barreta (serán incontables, a no dudarlo).

Por último, es conveniente señalar la creciente polarización de las clases sociales. Para las clases altas y medias, el terrorismo es el producto de la existencia de los indios y cholos, asentados en los pueblos jóvenes de Lima y en el área rural peruana. Alguien decía que en Miraflores y San Isidro, por no tocar ya La Planicie y otros lugares mucho más exclusivos, la reacción ante los atentados era una sola: de rabia inmensa. Entra un nuevo elemento, bastante importante, en el juego: lo racial. Estas clases, al igual que el Estado y los sectores más duros de las fuerzas armadas, se acercan, aún cuando sea desde una vertiente no ideológica, al PCP SL, en cuanto a conseguir el objetivo estratégico de aguizar las contadicciones. De estas clases emergerán, en su momento oportuno, los grupos paramilitares, con la consigna de matar y fondear a los comunistas, indios y cholos de miería.

Un ejemplo de integridad moral

El 8 de enero de 1928 fallecía en su chacra de Los Cardales el pensador socialista Juan Bautista Justo. Desaparecía con él uno de los tres jefes de la democracia argentina -con Yrigoyen y De La Torre- y la personalidad política e intelectual que más contribuyó a incorporar al "cerebro nacional" las ideas de justicia social y de emancipación de los trabajadores. En un movimiento socialista que, como el americano, estuvo siempre escaso de figuras que brillaran con luz propia, Justo sorprendió como un "fenómeno de destiempo", para usar la expresión con la que lo honró Gerchunoff, a pocos años de su muerte. No sólo porque unía a una formación doctrinaria inusual un conocimiento profundo de las grandes corrientes sociales. Sino también -y creo que esto es lo más importante- porque en ninguna otra parte pudo formarse alrededor de una personalidad semejante núcleo político de la excelencia y de la integridad moral e intelectual del que por muchos años condujo la vida del Partido Socialista Argentino.

Vinculado al movimiento socialista internacional, lector asiduo de sus principales publicaciones, estudioso de la problemática teórica y política del socialismo, traductor de El capital *ya a fines del siglo pasado, Justo fue por sobre todas las cosas un renovador espiritual. Como médico, un renovador de la cirujía argentina, que le debe aportes fundamentales para la época. Como político, un renovador de costumbres inveteradas que ocultaban con la retórica el interés mezquino de facción, que detrás de la puerilidad del gesto pretendían en realidad disimular la verdad. A diferencia de esta mentalidad de tribu que caracterizaba a la función política argentina, Justo bregó por hacer de ésta una función de la inteligencia, una actividad intelectual. En las condiciones específicas de la sociedad argentina trató de introducir en la vida política una acción socialista basada en la capacidad ideológica, política y organizativa de los trabajadores. Y a esta actividad dedicó toda su capacidad crítica y su voluntad de lucha.*

Cuando sobrevino su muerte, así, de repente e inesperada, Alejandro Korn, un intelectual de fuerte gravitación en la cultura argentina, pero que transitaba entonces por la política desde la vereda opuesta del conservadorismo, se sintió tan profundamente afectado por esa desaparición que le dedicó ese mismo día, en un diario de La Plata, una página admirable por la amplitud de su juicio y la generosidad de su reconocimiento. A 60 años de su muerte el país le ha retaceado a Justo un recuerdo equivalente en dignidad y nobleza de espíritu al que le hiciera Korn. El mundo del trabajo, en particular, no creyó pertinente recordar a quien tanto le debe, a ese amigo desinteresado q ue se impuso como tarea y finalidad de su vida transformar en derechos adquiridos las aspiraciones, por esos años negadas, de los trabajadores. Tal vez tuvo razón Gerchunoff al definir a Justo como un fenómeno de destiempo. En tal caso deberemos esperar de las generaciones venideras el juicio histórico comprensivo que las presentes, atraídas como están por la contemplación de su ombligo, hoy mezquinamente le niegan.

J.A.

Los textos incluídos fueron tomados de Alejandro Korn, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 506-507 y Juan B. Justo, *Obras*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947, pp. 272-273.

Juan B. Justo

Alejandro Korn

Sobre una línea recta, sin inflexiones ni desviaciones, se ha desenvuelto esta vida, sujeta en todo instante a la ley inmanente de su imperativo categórico. A esta fuerte personalidad ninguna influencia extraña pudo doblegarla, ningún provecho mancillar su austera integridad. Una gran pasión le animó, como a todos los grandes, prestó energías a su voluntad, pero jamás perturbó la clara impasibilidad de su mente. No tenía halagos para la flaqueza humana, no tenía el don de la mentira afable. Sólo irradiaba los destellos de un espíritu superior.

Reunía todas las condiciones necesarias para fracasar en nuestro ambiente político, donde hasta el talento estorba. Sin embargo, se impuso. No alcanzó, es cierto, las posiciones oficiales que en nuestro país se ofrecen a la viveza pedestre de todas las mediocridades. Ni aspiró a ellas. Era de la estirpe de los hombres que, como Alberdi, sin disponer del poder material, gobiernan sin embargo los destinos de su pueblo. Ejerció el amplio poder espiritual.

Pero no fue un divagador abstracto. También él sabía que la política es la ciencia de lo posible. Ninguna visión utópica, ningún lirismo revolucionario, aun en momentos de grave exaltación, hubo de extraviar la sensatez severa de su juicio. Sobre la misma realidad argentina puso la estampa de su mano creadora. Jamás con una frase demagógica aduló los instintos de la muchedumbre. Fue un maestro de disciplina: dio el ejemplo y despojó su palabra de toda intención retórica.

La organización de la república fue la obra de espíritus dirigentes, que le dieron al proceso histórico su ideología y sus normas. Pero las generaciones siguientes recogieron la herencia sin acrecentarla. Cuarenta años después de Caseros no había germinado ninguna idea nueva en el cerebro argentino.

La acción política se reducía a la gresca de oligarquías inorgánicas, sin discrepancias fundamentales, movidas por ambiciones personales, dispuestas a adaptarse al medio sin más propósito que el éxito inmediato.

El anhelo de una renovación espiritual nace a fines del siglo pasado, sin acertar con su forma concreta. En esas condiciones, Justo concibe la empresa de unificar incipientes tendencias de las masas proletarias, de crear una organización coherente con nuevos métodos, con una nueva conciencia, con una nueva ética, con nuevos fines. Hizo más aún: realizó lo que había pensado. Al frente de una ínfima minoría, inicia la educación democrática del pueblo, repudia los viejos hábitos de la política nacional y prosigue adusto e intransigente por la senda más áspera. A los contemporáneos la empresa les pareció ridícula. Hoy, al inclinarnos ante los despojos del gran organizador sabemos que realizó la obra más decisiva, fecunda y duradera de la época.

El incorporar a nuestro acervo la idea de justicia social, se ha superado por primera vez la ideología alberdiana y se ha renovado el contenido del pensamiento argentino. La obra de Justo desborda los límites de su partido. Sus mismos adversarios han debido plagiarlo.

Por eso también la obra de Justo no termina con su muerte. En eso se distingue de la obra de los efímeros, Es el privilegio de los grandes extender su acción más allá de la tumba. La vida les ha sido demasiado breve para agotarse.

Con orgullo los argentinos inscribimos el nombre de Justo en el número reducido de nuestros guías espirituales.

Al pasar a la historia le fijaremos su puesto al lado de sus pares, los próceres que han presidido esta perpétua aspiración de nuestro pueblo hacia destinos más altos.

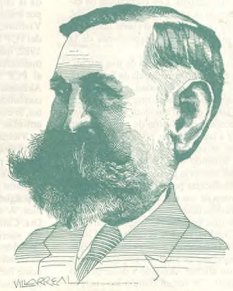
8 de enero de 1928

Porqué me hice socialista

Juan B. Justo

Hubo una época en mi vida en que salía yo todas las mañanas del hospital, después de pasar media jornada entre los enfermos, los lisiados, los inválidos, las víctimas variadas de la miseria, de la fatiga, de la explotación y del alcohol. Y cuando se hubo apagado algo en mí el orgullo del artífice que opera en carne de hombre, del obrero cuya materia prima son los tejidos humanos, cierto día, al retirarme fatigado, empecé a peguntarme si aquella lucha contra la enfermedad y la muerte que absorbía todas mis fuerzas, era lo mejor, lo más inteligentemente humano que podía yo hacer. Desbordaba siempre el hospital de carne doliente, sucedíanse los pacientes en la fila de los lechos, y en cada lecho, y no salían de allí sanos o mejorados, sino para caer inmediatamente otra vez entre los engranajes de una organización social que con la ignorancia y el vicio de las masas justifica el privilegio y la opresión. ¡Cuántas veces no aparté la vista, dolorido, de algún mendigo abyecto, a quien, conservándole la vida cuando llegó a mis manos como víctima del trabajo, había yo conducido a semejante situación!

¿Valía la pena empeñarse tanto en conservar otras vidas, fatalmente condenadas a un vil sufrimiento Gradualmente comprendí que había mucho de estéril e indigno en mi tarea, que aquella atención al cuidado de cuerpos lisiados y doloridos tenía en sí algo de fanático y unilateral. ¿No era más humano ocuparse de evitar en lo posible tanto sufrimiento y tanta degradación? ¿Y cómo conseguirlo sin iluminar la mente del pueblo todo, sin nutrirla con la verdad científica, sin educarla para más altas formas de convivencia social? Y la obra humana, la obra necesaria, se me presentó entonces como una infinita siembra de ideas, como un inmenso germinar de costumbres, que acabaran con el dolor estéril y dieran a cada ser humano una vida digna de ser vivida.

Y pronto encontré en el movimiento obrero el ambiente propicio a mis nuevas y más fervientes aspiraciones.

11 de marzo de 1910